

Julio Verne

PARÍS

EN EL

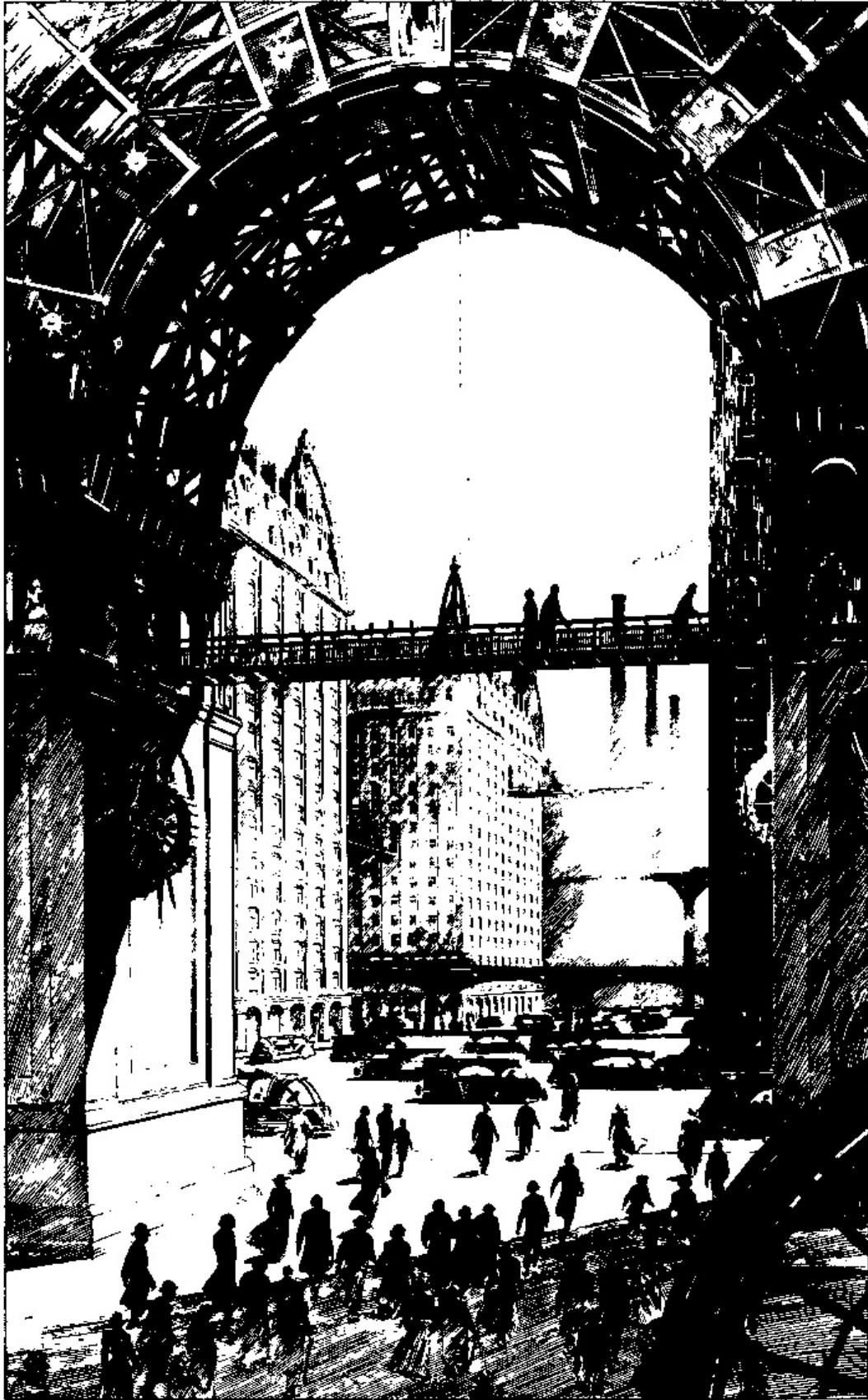
SIGLO XX



Annotation

París, 13 de agosto de 1960. La sociedad Nacional de Crédito Instruccional celebra su ceremonia anual en la cual se premian los logros académicos alcanzados por los jóvenes graduados franceses. En ediciones anteriores, la mayoría de los estudiantes premiados procedían de disciplinas tales como Matemáticas, Economía, Ingeniería, y Ciencias Naturales. La excepción de la regla, en el certamen de 1960, resulta ser Michel Jérôme Dufrénoy, un joven estudiante de Literatura, que trata de incursionar ambiciosamente en los terrenos de la poesía y la dramaturgia. Cuando Michel sube al podio a recibir su premio, es abucheado con numerosos insultos y sarcasmos. Es obvio que Michel es juzgado como un extraño en este mundo de los años sesenta dominado por el dinero y la ciencia. A pesar de ello, el joven tratará de hallar un lugar para sí dentro de la industrializada e insensible sociedad parisiense de la época.

El azaroso descubrimiento en 1989 del manuscrito de esta novela, al que durante mucho tiempo se dio por perdido, revela ciento treinta años después una obra extraña que renueva nuestra comprensión del escritor. Julio Verne manifiesta plenamente su dimensión de novelista en este cuento sombrío lleno de valiosas informaciones sobre la sociedad y la cultura de su época, así como de visiones fulgurantes sobre las sociedades urbanas de la nuestra. Son páginas llenas de profecías y predicciones que en su día el editor P. J. Hetzel rechazó y que por ello jamás llegaron a ser publicadas en vida del autor.



JULIO VERNE

París
en el siglo XX

Traducción de Julia Escobar

Texto original establecido por Piero Gondolo della Riva

Título original: *Paris au XXe siècle*

Traducción: Julia Escobar

Ilustración interior: François Schuiten y Colección Gondolo della Riva (Turín)

© 1994 Hachette Livre, département Hachette

Littératures / Le Cherche-Midi éditeur

© 2008 RBA Coleccionables, S. A.

Ilustración de portada: François Schuiten

Traducción cedida por Editorial Planeta S. A.

Notas de Véronique Bedin

ISBN: 978-84-473-5674-4

Depósito legal: M-53996-2007

Digitalización: vampy815

PRÓLOGO

La obra de Julio Verne nunca ha sido fácil de clasificar. ¿Iba dirigida a un público de gente joven o de adultos? ¿Era Verne sinceramente optimista y confiaba realmente en el progreso hasta que los sinsabores de la edad ensombrecieron sus últimas obras? ¿Inventó de alguna manera las tecnologías del futuro? ¿Era un escritor de verdad, habida cuenta que su editor le corregía y le regañaba sin piedad?

LEER A JULIO VERNE HOY

Julio Verne es objeto hoy en día de una ambigua rehabilitación. Para algunos críticos, el poeta de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, el narrador romántico del *Castillo de los Cárpatos*, ocultan a veces al testigo del progreso científico. ¿Por qué habría que escoger? *París en el siglo XX* debería permitir que se superara este debate.

A través de los defectos narrativos menores de un joven autor todavía marcado por el diálogo teatral asoma una vigorosa personalidad de anticipador en el sentido más exacto, más operativo y más contemporáneo del término. Su fuerza proviene precisamente de que no inventa nunca, sino que presta a lo real una atención aguda, casi hipnótica, hasta hacerle desvelar su secreto y manifestar sus posibilidades. Quien recuerde con placer la anatomía del aparato de Ruhmkorff que llevan los viajeros al centro de la Tierra, no podrá meterse en el metro sin oír secretamente el silbido de los tubos electroneumáticos que propulsan suavemente el ferrocarril de *París en el siglo XX*.

La información científica de Julio Verne en 1863 es precisa, actual y está perfectamente documentada. El motor de los gaseomóviles no es una vaga y misteriosa energía. Es el motor de explosión de Lenoir, inventado en 1859 y que no se aplicará al automóvil hasta Daimler en 1889. El «facsimil» no se transmite por magia, sino mediante el Pantelégrafo Caselli, inventado en 1859. Y, como ocurre todavía ciento treinta años después en algunas papeleras industriales, lo que convierte en pocas horas un tronco de árbol en una resma de papel es el procedimiento de Watt y Burgess elaborado en 1859.

Ahora, eso sí, las máquinas pueden ponerse a soñar, el sollado del *Leviatán IV* puede cubrirse de árboles y de flores, y los jinetes pisotear sus avenidas

cubiertas de césped...

Pero, en *París en el siglo XX*, Julio Verne no sólo cuestiona las máquinas, lo hace también con la sociedad, el dinero, la política y la cultura de su tiempo, a los que proyecta en el futuro. En este sentido, Julio Verne nunca será más moderno ni más ambicioso: el mercantilismo de Estado del Segundo Imperio, escrutado sin concesiones, devora a Michel y a sus amigos en 1960 tanto como el demonio de la electricidad, y no vemos que el tiempo haya desmentido demasiado al autor.

Hay que leer *París en el siglo XX*, y releer a Julio Verne, para recordar que son a un tiempo la razón y la poesía las que abren las puertas del futuro.

UN INVENTARIO RAZONADO DE SU ÉPOCA

París en el siglo XX es una novela de anticipación en todo el sentido del término, pero también es un inventario razonado de su época, lleno de sabrosas informaciones sobre el siglo XIX. Dichas informaciones, anotaciones y juicios merecen ser explicitados. Para no sobrecargar el texto de notas hemos preferido presentar al final de la obra un conjunto de explicaciones agrupadas bajo el título «Julio Verne y su época». Permitirán al lector curioso ahondar en el texto. En cuanto a este último, aunque sea manifiestamente un «primer esbozo», con todos los defectos que ello implica, se trata de un texto acabado cuya puntuación (a Julio Verne le gustaba el punto y coma que en él son como cesuras o respiros) hemos respetado lo mejor posible.

VÉRONIQUE BEDIN

PREFACIO

LA HISTORIA DEL MANUSCRITO

París en el siglo XX: un título, por así decirlo, mítico para los investigadores vernianos. Una novela de juventud de Julio Verne que permaneció inédita, con un tema muy seductor. Al no haber manuscrito ni detalle alguno sobre su contenido, se habría podido dudar de su existencia y habría sido arriesgado incluirlo en una bibliografía verniana si el hijo de Julio Verne no hubiera tomado la precaución de publicar la lista de las obras inéditas del escritor.

En efecto, a la muerte de Julio Verne, acaecida el 24 de marzo de 1905, una de las primeras cosas de las que se encargó Michel Verne, seguramente por consejo de Hetzel hijo, fue la de publicar lo más rápidamente posible la lista de las obras inéditas de su padre para que no le acusaran después de haber escrito personalmente, y de cabo a rabo, los textos que iban a aparecer bajo el nombre del célebre escritor. Con esta finalidad dirigió una carta, fechada a 30 de abril de 1905, al periodista Émile Berr, quien, además, había conocido a Julio Verne. Esta carta, que contiene la lista detallada de las obras inéditas del escritor, fue publicada por *Le Figaro* del 2 de mayo, *Le Temps* del 3 de mayo, *Le Mémorial d'Amiens* del 4 de mayo, *Le Monde élégant* (de Niza) del 7 de mayo, *Le Petit Républicain du Midi* (de Nimes) del 8 de mayo, *Le Bien public* (de Gante) del 10 de mayo, *Le Courrier Républicain* (de Tours) del 12 de mayo, *Le Populaire* (de Nantes) del 14 de mayo, ¡y quizá falten algunos periódicos en esta larga lista!

El pasaje de la carta de Michel Verne que aquí nos interesa es el siguiente: «[...] Las obras postumas de mi padre se dividen en tres partes [...] La segunda parte se compone de dos obras también anteriores, según todas las probabilidades, a los *Viajes extraordinarios*, pero muy interesantes en el sentido de que parecen presagiarlos. Una de ellas se titula *Viaje maldito por Inglaterra y Escocia*¹; la otra, *París en el siglo XX* [...]»

Los biógrafos de Julio Verne han citado a menudo este segundo título sin conocerlo directamente. Por ejemplo, en la lista de *Œuvres laissées par Jules Verne*, confeccionada por Charles Lemire, amigo amienense del escritor, en su importante biografía², se encuentra *París en el siglo XX* entre las obras inéditas anteriores a *Cinco semanas en globo*. Asimismo, un gran especialista en Julio Verne, Cornelis Helling, en el primer número del *Bulletin de la Société de Jules*

Verne (noviembre de 1935) cita *París en el siglo XX* entre los inéditos de Julio Verne.

Las cosas habrían quedado así si no me hubiera sido dado descubrir, en 1986, en los archivos privados de los herederos del editor Hetzel, el borrador de la carta con la que este último manifestaba a Julio Verne su negativa a publicar *París en el siglo XX*. Dicha carta confirmaba de una vez por todas que la novela había existido realmente, aunque hubiera desaparecido y no figurara entre los manuscritos cedidos por la familia Verne a la ciudad de Nantes en 1980.

Encontrado en la caja fuerte de Michel Verne, que se creía vacía y cuyas llaves se habían perdido, reaparece hoy y arroja una nueva luz sobre la totalidad de la obra literaria de su autor.

EL RECHAZO DE HETZEL

Pierre-Jules Hetzel, cuya capacidad para percibir una obra maestra es indiscutible (él fue el único entre todos los editores parisinos a los que acudió Julio Verne, que aceptó publicar *Cinco semanas en globo*), rechazó *París en el siglo XX*. Sus observaciones, sus críticas, sus argumentos se encuentran en las anotaciones a lápiz que figuran en los márgenes del manuscrito y en una carta (cuya importancia es capital para la comprensión de su punto de vista) que dirigió probablemente a Verne a finales de 1863 o muy al principio del año siguiente. Aunque la carta contiene un rechazo formal de publicación, en algunos casos las anotaciones que figuran en los márgenes del manuscrito parecen querer corregir o mejorar el texto con vistas a una edición, mientras que en otros casos atestiguan una voluntad firme de no publicarlo. Sin citar de una manera exhaustiva esas observaciones de Hetzel, me limitaré a indicar las más significativas.

Desde la primera línea, Hetzel corrige: no aprecia los neologismos de Verne. El título del primer capítulo («Sociedad General de Crédito Instruccional») suscita la observación siguiente (relativa a la palabra *Instruccional*): «palabra desagradable —mal hecha—, sobre todo para un principio. Está ahí como una barrera. Parece una palabra de Fourier. Evitar al principio los neologismos».

Muchas veces las observaciones del editor se refieren a la falta de interés que el manuscrito de Julio Verne presenta a sus ojos: «primer capítulo nada estimulante»; «no me va»; «para mí esto no tiene gracia»; «estos trucos no son afortunados»; «encuentro toda esta revista pueril»; «todo esto huele a caricatura. No hay medida, ni tampoco buen gusto». En algún caso la reacción de Hetzel es

más fuerte. El título *Que te abroches el pantalón*, dado por Julio Verne a una obra de teatro que tienen que desarrollar los empleados del Gran Depósito Dramático, hace exclamar al editor, anonadado: «está usted chiflado». Hetzel observa también que Verne utiliza demasiado a menudo la fórmula «profirió» en lugar de «dijo» y observa (refiriéndose al protagonista, Michel): «¡siempre profiere!».

Hasta aquí, nada más que observaciones que permitirían suponer la intención del editor de mejorar el manuscrito del joven escritor. Pero otras notas sugieren más bien un rechazo: «Querido amigo, esos grandes diálogos no son lo que usted cree. Parecen hechos a propósito, no están inducidos por las circunstancias. Este procedimiento está bien en la mano de Dumas, en un libro lleno de aventuras. Aquí, cansa»; «Todo esto es periodismo barato. Está muy por debajo de su idea». También: «su Michel se comporta como un ganso con sus versos. ¿Es que no puede llevar paquetes y seguir siendo poeta?»; «Por mucho que lo intente, todas esas críticas, todas esas hipótesis no me parecen interesantes»; «no, no, esto no está conseguido. Espere veinte años para hacer este libro. Usted y su Michel queriéndose casar a los diecinueve años». Esta última frase resultó profética, porque el hijo de Julio Verne, que se llamaba precisamente Michel, como el protagonista de *París en el siglo XX*, pidió la emancipación a los diecinueve años para casarse con una actriz. Otra observación de Hetzel aún más tajante: «nadie creerá hoy en su profecía:» y, cosa aún peor tratándose de un editor: «no va a interesar a nadie».

Los márgenes del manuscrito incluyen también anotaciones de Julio Verne tales como «por desarrollar» o «por detallar», lo que permite suponer que al principio se trataba de modificar el manuscrito con vistas a su publicación.

Sin embargo el rechazo fue tan definitivo que Julio Verne ya no volvió a intentar proponer a Hetzel esta novela. Ese rechazo fue manifestado por Hetzel en una carta sin fechar que debe remontarse a fines de 1863 o a principios de 1864. He aquí algunos extractos³:

Querido Verne, daría lo que fuese por no tener que escribirle hoy. Ha emprendido usted una tarea imposible y —como sus predecesores en cosas análogas— tampoco ha conseguido llevarla a buen fin. Está a cien pies por debajo de Cinco semanas en globo. Si la vuelve a leer dentro de un año estará de acuerdo conmigo. Es periodismo barato y sobre un tema nada afortunado.

No esperaba una cosa perfecta; le vuelvo a decir que sabía que estaba intentando algo imposible, pero esperaba algo mejor. Aquí no hay resuelta ninguna cuestión de futuro serio, ninguna crítica que no parezca una caricatura ya hecha y rehecha, y si algo me asombra es que haya podido usted hacer, como

en un arretrato y empujado por algún dios, algo tan penoso, tan poco vivo...

[...] Estoy desolado, desolado por lo que tengo que escribirle; miraré como un desastre para su buen nombre la publicación de su trabajo. Creerían que el globo fue una afortunada casualidad. Yo, que tengo El capitán Hatteras, sé por el contrario que la casualidad es esta cosa fallida, pero el público no lo sabrá [...]

En las cosas en que me creo competente —los asuntos literarios, nada nuevo— habla usted como un hombre de mundo que ha tenido alguna relación con ellas, que ha estado en los estrenos, que descubre los tópicos con satisfacción. No parece ni un elogio ni una crítica. Con esto está todo dicho.

No está usted maduro para un libro así, vuelva a intentarlo dentro de veinte años [...] Nada en este libro ofende ni mis sentimientos ni mis ideas. Sólo ofende a la literatura, que es muy inferior a usted mismo en casi todas sus líneas.

Su Michel es un pasmarote —los otros tampoco valen mucho, y a menudo resultan desagradables [...].

¿No tengo razón, querido muchacho, en tratarle como a un hijo, cruelmente, sólo porque le deseo lo mejor?

¿Volverá esto su corazón contra quien osa prevenirle con tanta dureza?

Espero que no, y sin embargo me he equivocado más de una vez sobre la capacidad de las personas para recibir una advertencia sincera [...]

Como el manuscrito de esta carta es un borrador conservado en los archivos privados del editor Hetzel, nadie puede saber si su texto fue modificado antes de ser enviado a Julio Verne. Además, la respuesta de Verne, si es que la hubo, está perdida y es imposible conocer sus reacciones. La manera general en la que aceptó, durante el periodo 1863-1870, las observaciones de Hetzel⁴ me hace pensar que tuvo que tragar de mejor o peor grado este rechazo sin quejarse demasiado.

¿Cómo podemos interpretar hoy el rechazo del editor? Parece difícil responder de forma categórica, porque disponemos de dos elementos que actúan a favor de la novela y que el editor desconocía. Por una parte, sabemos lo que ocurrió con Julio Verne *después* de la publicación de *Cinco semanas en globo* (y por lo tanto todos los elementos del mundo verniano, ya presentes en *París en el siglo XX*, nos interesan y nos fascinan en el más alto grado); por otra parte, conocemos el París del siglo xx y la comparación entre la realidad y las extraordinarias intuiciones del joven Verne no pueden dejar de asombrarnos. Aunque es verdad que Hetzel conocía muy bien a su público y que estaba al corriente de intentos análogos que otros escritores habían realizado antes que Julio Verne (el editor dice en su carta a Verne: «Ha emprendido usted una tarea

imposible y —como sus predecesores en cosas análogas— tampoco ha conseguido llevarla a buen fin.»). No hay que olvidar que *París en el siglo XX* iba dirigido a un público adulto y no se presentaba como una obra cómica del tipo de las que Albert Robida produciría años más tarde (*El siglo veinte*, *La vida eléctrica*, etc.). En este relato los personajes de Verne carecen a veces de verosimilitud (defecto que se repetirá a lo largo de la carrera literaria de Verne con algunos de sus personajes). Probablemente Hetzel se vio ante un libro que pretendía ser auténtico, serio, incluso trágico, pero cuyo autor parecía, por una vez, carecer de genio y que, sea como fuere, no correspondía al proyecto literario que el editor tenía para su joven autor.

LA FECHA DE COMPOSICIÓN

Como se ha podido ver más arriba, Michel Verne situaba la composición de *París en el siglo XX* antes de que su padre conociera a Hetzel. Según esto, Julio Verne, después de la publicación de *Cinco semanas en globo* (17 de enero de 1863), propuso un manuscrito elaborado con anterioridad. Sin embargo, la lectura atenta de un pasaje de la carta de rechazo de Hetzel, carta que se sitúa forzosamente entre la aparición de *Cinco semanas* («Está a cien pies por debajo de *Cinco semanas en globo* [...] Creerían que el globo fue una afortunada casualidad [...]»), y la de los *Viajes y aventuras del capitán Hatteras* («Yo, que tengo *El capitán Hatteras* [...]»), que se publicó por primera vez el 20 de marzo de 1864 en el primer número del *Magasin d'Éducation et de Récréation* del editor Hetzel, permite pensar que *París en el siglo XX* no debe de ser un manuscrito anterior a que Hetzel y Verne se conocieran. El pasaje es éste: «si algo me asombra es que haya podido usted hacer, como en un arrebató y empujado por algún dios, algo tan penoso, tan poco vivo». Para que Hetzel pudiera decir «como en un arrebató y empujado por algún dios» era preciso que estuviera al corriente del tiempo que Julio Verne había dedicado a la composición de esta obra. Probablemente este último le propuso, algunos meses antes, su proyecto (después de la aparición de *Cinco semanas en globo*), y al haber sido, en principio, aceptado, muy poco después sometió al editor su manuscrito, redactado, según la opinión de Hetzel, *demasiado* de prisa.

De todos modos, el manuscrito contiene elementos históricos (fechas, situación política) que no permiten situar su composición antes de 1863. La fecha de 1863 figura además en el manuscrito, a propósito de la guerra de Secesión.

EL PRELUDIO DEL MUNDO VERNIANO

De todos los textos de Julio Verne aparecidos después de 1863, el que parece presentar más analogías con *París en el siglo XX* es sin duda la humorada *Una ciudad ideal*⁵, a pesar de la profunda diferencia que separa ambos relatos. El primero es una novela que sucede en 1960 y que contiene una descripción del futuro; el segundo sólo es un cuento onírico donde el paseo que el autor realiza por su querida ciudad de Amiens en el año 2000 es el pretexto para poner de relieve los defectos de la ciudad en 1875. El futuro concejal se divierte y divierte a sus oyentes. Además, Julio Verne parece haber sacado algunas ideas del manuscrito rechazado de *París en el siglo XX*, convencido de que no va a utilizarlo de otro modo.

Éstos son algunos ejemplos de dichas analogías:

PARÍS EN EL SIGLO XX

Corre el rumor de que [...] van a suprimir las cátedras de letras para el ejercicio de 1962 [...] ¡A quién le importan los griegos y los latinos, que como mucho sólo sirven para proporcionar algunas raíces a las palabras de la ciencia moderna! [...]

¡Y ayer!, ¡ayer mismo!: *horresco referens*, adivinen si se atreven cómo ha traducido otro este verso del canto cuarto de las *Geórgicas*:

immanis pecoris custos

[...] *Guardián de una espantosa pécora.*

UNA CIUDAD IDEAL

—¡Hace al menos cien años que no se da ni latín ni griego en los liceos! ¡La instrucción es puramente científica, comercial e industrial! [...]

—¿Sabe usted cómo tradujo el mejor de los candidatos a la reválida de bachillerato

immanis pecoris custos?

—No.

—De la siguiente manera: *Guardián de una inmensa pécora*.

También un cuento de juventud de Julio Verne, que permaneció durante mucho tiempo inédito, titulado *La boda del señor Anselme des Tilleuls*⁶ contiene gran número de citas de versos de Virgilio en las conversaciones entre el joven marqués y su mentor Naso Paraclet.

Por otra parte, el verso *immanis pecoris custos immanior ipse* debió de gustarle mucho a Julio Verne porque lo volvió a introducir en el capítulo XXXIX del *Viaje al centro de la tierra* (en su versión aumentada de 1867), cuando los exploradores del centro de la tierra creen haber visto un inmenso ser vivo en medio de un rebaño de cuadrúpedos gigantes.

Volvamos ahora a *Una ciudad ideal*. Ahí encontramos nuevamente el tema del concierto eléctrico que figura en el capítulo XVI de *París en el siglo XX*, con la única diferencia de que en el primero de estos dos relatos cuando un pianista daba un concierto en París «a través de unos hilos eléctricos, su instrumento estaba en contacto con pianos de Londres, de Viena, de Roma, de Petersburgo, de Pequín» y, por supuesto, de Amiens, mientras que en el segundo, «¡doscientos pianos comunicados entre sí a través de una corriente eléctrica tocaban juntos de la mano de un solo artista!». Y esto ante diez mil personas y con un «estruendo espantoso». En el primer caso se trata de transmitir la música a distancia; en el segundo, de aumentar la potencia del instrumento.

Otros dos temas musicales vinculan *París en el siglo XX* con *Una ciudad ideal*: el de la música cacofónica que sustituye a la música tradicional, y el de las piezas de inspiración científica (*La Thiloriana, gran fantasía sobre la licuefacción del ácido carbónico*, en *París en el siglo XX*, y la *Fantasía en la menor sobre el cuadrado de la hipotenusa*, en *Una ciudad ideal*).

Las otras dos ciudades vernianas del futuro que se podrían comparar a las descripciones de París son Milliard-City en la novela *La isla de hélice* (1895) y Centrópolis (o Universal City, según las ediciones) en el cuento *In the year 2889*⁷, que fue escrito por Michel Verne con la aprobación de su padre y revisado más tarde por este último.

La acción de *La isla de hélice* se desarrolla en una época no precisada («En

el transcurso de ese año, no sabríamos precisar cuál dentro un periodo de treinta años», capítulo I). Milliard-City, capital de Standard-Island, la isla artificial de los millonarios, comporta algunas analogías con el París del siglo xx (por ejemplo las «lunas eléctricas» que inundan de luz las avenidas, capítulo VII). Pero, detalle importante, esta novela fue escrita unos treinta años después de *París en el siglo XX*.

La metrópolis americana del año 2889 (o 2890), Centrópolis (o Universal City), también recuerda en algunos detalles al París del siglo xx, pero su fecha es tan alejada que el autor se atreve a imaginar inventos y situaciones (el cielo surcado por millares de aerocoches y aerobuses, Gran Bretaña colonia de Estados Unidos) que le habrían parecido poco creíbles en 1960. El cuadro del siglo xxix que Julio (y Michel) Verne nos dan no es pesimista, al contrario del París del año 1960.

Julio Verne no debió de olvidar el manuscrito de *París en el siglo XX*. Por ejemplo, lo recordó cuando compuso en 1899 la novela *Bolsas de viaje*, que apareció en 1903. En el primer capítulo reaparece una metáfora científica que también se encuentra en el primer capítulo de *París en el siglo XX*: «Y, una vez dado el impulso, los bravos se prolongaron, gracias a la velocidad adquirida» (*Bolsas de viaje*); «El atropellado caudal del orador recordaba a un volante lanzado a toda velocidad; habría sido imposible frenar esa elocuencia a alta presión» (*París en el siglo XX*). En ambos casos se trata de una distribución de premios.

París en el siglo XX no es tanto el preludio de la obra verniana ulterior porque tal o cual pasaje se parezca al pasaje de alguna otra novela. Lo que vemos es la aparición del estilo de Julio Verne, con sus defectos y sus torpezas, cierto, pero también con sus méritos. Encontramos ya ese amor por las enumeraciones (de instituciones públicas, de escritores, de poetas, de sabios, de músicos) que anuncia claramente las futuras listas de peces, de insectos, de plantas, que los jóvenes lectores de los *Viajes extraordinarios* estarán muchas veces tentados de saltarse, pero que otros, por el contrario, apreciarán por sus cualidades poéticas. El humor está presente en todas partes. Y encontramos sobre todo esa capacidad de abrir las realidades de su tiempo para que puedan entreverse los sueños.

A mi entender, el aspecto más interesante de *París en el siglo XX* es el hecho de que esta obra se presente, por así decirlo, como una enciclopedia temprana de la sabiduría verniana, que permite rebatir algunas afirmaciones de los críticos. Por ejemplo, se ha sostenido que Julio Verne, optimista por

naturaleza en lo que respecta al destino del hombre y el progreso de las ciencias, había dejado de serlo debido a diferentes circunstancias: la guerra de 1870, su situación familiar (un matrimonio no demasiado feliz y un hijo extremadamente difícil, sobre todo durante el periodo 1877-1887). Y, después, el atentado de 1886, la muerte de Hetzel y la de una amante misteriosa llevaron a Julio Verne, al final de su vida, a un pesimismo que se refleja en sus últimas obras.

La lectura de *París en el siglo XX*, obra de juventud y autobiográfica por excelencia, demuestra lo contrario. El joven Verne que, bajo la apariencia del protagonista Michel, escribe versos y busca un editor tiene una visión trágica de las relaciones humanas, de una sociedad donde, si exceptuamos la existencia de algunos amigos, estamos solos (y en este sentido el episodio del vendedor de flores en el capítulo XVI es esclarecedor). El pesimismo está presente desde el principio de su obra. En realidad es una constante del pensamiento de Julio Verne que aparece aquí y allá a lo largo de su carrera literaria. No obstante, en *París en el siglo XX* este pesimismo está penetrado de un humor devastador y constantemente tonificante. Invita al lector a lanzar por sí mismo una mirada corrosiva sobre el mundo que le rodea.

PIERO GONDOLO DELLA RIVA

Mon cher venise - je decouvre
Je ne sais guere pour n'avoir pas
vous venir aujourd'hui - vous avez
entrepris un travail impossible - et
pas plus que vos devoirs dans des choses
antiques vous n'etes parvenu a le mener
a bien -

C'est a leur point de depart de
Ces devoirs en balles - Si vous vous
reliez dans une de vos devoirs d'aujourd'hui
avec moi - C'est de plus romain
et d'un air d'ajout qui n'est pas heureux -

J'ai attendu pour une chose parfaite
Je vous redit que je savais que vous
~~est~~ essayiez d'impossible, mais
j'attendais rien - Il n'y a pas de
une seule question d'aujourd'hui de
revoir, pas une critique que on ressemble
a une charge d'ajout fait et refait -
et si je m'attends a l'ajout vous
avez fait d'entrain et comme possible
par un bon une chose de possible, si

Facsimil de la primera página de la carta de rechazo de Hetzel
(col. Gondolo della Riva).

ACADÉMIE D'AMIENS

UNE VILLE IDÉALE

*Lecture faite dans la Séance publique annuelle
du 12 Décembre 1875*

PAR

M. JULES VERNE

DIRECTEUR DE L'ACADÉMIE

M DCCC



L XXV

AMIENS

IMPRIMERIE DE T. JEUNET

RUE DES CAPUCINS, 47

*Página del título de la edición original de la plaquette Una ciudad
ideal (col. Gondolo della Riva).*

¡Oh terrible influencia de esta raza que no sirve ni a Dios ni al rey, entregada a las ciencias mundanas, a las viles profesiones mecánicas! ¡Perniciosa ralea! Qué no haría si se lo permitieran, abandonada sin freno a ese fatal espíritu de conocer, de inventar y de perfeccionar.

PAUL-LOUIS COURIER

CAPÍTULO PRIMERO

La Sociedad General de Crédito Instruccional

El 13 de agosto de 1960, una parte de la población parisina se dirigía a las numerosas estaciones del ferrocarril metropolitano y se encaminaba por los empalmes hacia el antiguo emplazamiento del Campo de Marte.

Era el día de la distribución de premios en la Sociedad General de Crédito Instruccional, vasto establecimiento de educación pública. Su excelencia el ministro para el Embellecimiento de París debía presidir aquel acto solemne.

La Sociedad General de Crédito Instruccional respondía perfectamente a las tendencias industriales del siglo: lo que hace cien años se denominaba el Progreso había adquirido un desarrollo inmenso. El monopolio, ese *nec plus ultra* de la perfección, tenía en sus garras a todo el país. Se multiplicaban, fundaban y organizaban sociedades cuyos resultados imprevistos habrían dejado atónitos a nuestros padres.

El dinero no faltaba, pero hubo un instante en que casi quedó inmovilizado, cuando los ferrocarriles pasaron de las manos de los particulares a las del Estado. Así pues, abundaba el capital, y sobre todo abundaban los capitalistas en busca de operaciones financieras o de negocios industriales.

En consecuencia, no ha de sorprendernos lo que hubiera asombrado a un parisino del siglo XIX, entre otras maravillas, la creación del Crédito Instruccional. Esta sociedad funcionaba con éxito desde hacía unos treinta años, bajo la dirección financiera del barón de Vercampin.

A fuerza de multiplicar sucursales de la universidad, institutos, colegios, escuelas primarias, cursos preparatorios, seminarios, conferencias, asilos, orfanatos..., la instrucción, bajo cualquiera de sus formas, se había filtrado hasta las capas más bajas del orden social. Aunque ya nadie leía, al menos todo el mundo sabía leer, incluso escribir; no había hijo de artesano ambicioso, de campesino desplazado, que no pretendiera un puesto en la Administración. El funcionarismo se desarrollaba bajo todas las formas posibles. Más adelante veremos la legión de empleados que el gobierno gestionaba férrea y militarmente.

Ahora sólo se trata de explicar de qué manera los medios de instrucción tuvieron que incrementarse a la par que las personas por instruir. ¿No ocurrió lo

mismo cuando en el siglo XIX se quiso rehacer una nueva Francia y un nuevo París y se inventaron las sociedades inmobiliarias, los despachos de contratistas y el crédito inmobiliario?

Y construir o instruir es una misma cosa para los hombres de negocios, pues la instrucción no es, en realidad, más que un tipo de construcción algo menos sólida.

Esto es lo que pensó en 1937 el barón de Vercampin, muy conocido por sus vastas empresas financieras; tuvo la idea de fundar un inmenso colegio donde pudieran crecer todas las ramas del árbol de la enseñanza dejando al Estado el cuidado de talarlas, podarlas y descocarlas a su antojo.

El barón fusionó en un solo establecimiento los institutos de enseñanza media de París y de provincias, Sainte-Berge y Rollin, y las diferentes instituciones particulares; centralizó en él la educación de toda Francia; el capital respondió a su convocatoria, pues presentó el asunto bajo la forma de una operación industrial. La habilidad del barón era una garantía en materia de finanzas. El dinero afluyó. La sociedad quedó fundada.

Fue en 1937, bajo el reinado de Napoleón V, cuando lanzó el negocio. La tirada de su prospecto fue de cuarenta millones de ejemplares. El encabezamiento era el siguiente:

*SOCIEDAD GENERAL
DE
CRÉDITO INSTRUCCIONAL,*

Sociedad anónima constituida por acto celebrado ante el señor Mocquart y su colega, notarios de París, el 6 de abril de 1937, y aprobado por decreto imperial de 19 de mayo de 1937.

Capital social: cien millones de francos, dividido en 100.000 acciones de 1.000 francos cada una.

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN:

*barón de Vercampin, C. *, presidente, De Montaut, O * director de los
Ferrocarriles de Orleans*

Vicepresidentes

*Garassu, banquero, el marqués de Amphisbon, G O *, senador, Roquamon,
coronel de gendarmería, G. C. *. Dermangent, diputado, Frappeloup, *, director
general del Crédito Instruccional.*

Seguían los estatutos de la sociedad cuidadosamente redactados en lenguaje financiero. Podemos ver que no hay un solo nombre de erudito ni de profesor en el consejo de administración. Era más seguro para la empresa comercial.

Un inspector del gobierno vigilaba las operaciones de la compañía e informaba al ministro para el Embellecimiento de París.

La idea del barón era buena y singularmente práctica; por ello triunfó por encima de toda esperanza. En 1960 el Crédito Instruccional contaba con algo más de 157.342 alumnos, a quienes se infundía la ciencia por procedimientos mecánicos.

Confesaremos que el estudio de las bellas letras, de las lenguas antiguas (incluido el francés) se sacrificó casi por completo. El latín y el griego no sólo eran lenguas muertas, sino enterradas; todavía existían, para guardar las apariencias, algunas clases de letras, mal seguidas, poco considerables, y aún menos consideradas. Los diccionarios, los *gradus*⁸, las gramáticas, las antologías de temas y de versiones, los autores clásicos, toda la profusión de libros como los *De Viris*, los Quinto Curcios, los Salustios, los Tito Livios se pudrían tranquilamente en los estantes de la antigua casa editorial Hachette; sin embargo, los compendios de matemáticas, tratados de descriptiva, de mecánica, de física, de química, de astronomía, los cursos de industria práctica, de comercio, de finanzas, de artes industriales, todo lo que se relacionaba con las tendencias especulativas del día, se adquirían por millares de ejemplares.

Para resumir, las acciones de la compañía, centuplicadas en veintidós años, valían ahora 10.000 francos cada una.

No insistiremos más en el estado floreciente del Crédito Instruccional; los números lo dicen todo, según un proverbio bancario.

Hacia fines del siglo pasado la Escuela Normal declinaba visiblemente. Se presentaban muy pocos jóvenes con vocación por las letras; se vio a muchos de ellos, y de los mejores, colgar sus ropas de profesor para precipitarse en la masa de periodistas y autores; pero este lamentable espectáculo no volvió a repetirse porque desde hacía diez años sólo los estudios científicos conseguían hacinar candidatos a los exámenes de la escuela.

Mientras los últimos profesores de griego y de latín acababan de extinguirse en sus clases abandonadas, ¡qué posición, en cambio, la de los señores titulares de ciencias, y cuán distinguidos eran sus emolumentos!

Las ciencias se dividían en seis ramas: el jefe de la división de matemáticas —con sus subjefes de aritmética, de geometría y de álgebra—, el jefe de la división de astronomía, el de mecánica, el de química y, por último, el más importante, el jefe de la división de las ciencias aplicadas, con sus subjefes de

metalurgia, de construcción de fábrica, de mecánica y de química aplicada a las artes.

Las lenguas vivas, excepto el francés, estaban muy en boga. Se les concedía una consideración especial; un filólogo apasionado habría podido aprender las dos mil lenguas y los cuatro mil idiomas hablados en el mundo entero. Desde la colonización de la Cochinchina, el subjefe de chino reunía gran número de alumnos.

La Sociedad de Crédito Instruccional poseía inmensos edificios, que se alzaban sobre el emplazamiento del antiguo Campo de Marte, ahora inútil desde que Marte no figuraba en el presupuesto. Era una ciudad completa, una verdadera urbe, con sus barrios, sus plazas, sus calles, sus palacios, sus iglesias, sus cuarteles, algo así como Nantes o Burdeos, que podía contener ciento ochenta mil almas, incluidas las de los maestros de estudios.

Un arco monumental daba acceso al vasto patio de honor, llamado Estación de la Instrucción, rodeado de los muelles de la ciencia. Los refectorios, los dormitorios, la sala del Concurso General⁹, donde cabían cómodamente tres mil alumnos, merecían ser visitados, pero ya no asombraban a aquellas personas acostumbradas desde hacía cincuenta años a tantas maravillas.

Como decíamos, la multitud se precipitaba ávidamente hacia esa distribución de premios, solemnidad siempre curiosa y que, entre parientes, amigos o aliados, concernía a unas quinientas mil personas. La gente del pueblo acudía por la estación del ferrocarril de Grenelle, situada entonces en la extremidad de la calle de l'Université.

Sin embargo, a pesar de la afluencia de público, todo se desarrollaba con orden; los empleados del gobierno, menos aplicados y, por consiguiente, menos insoportables que los agentes de las antiguas compañías, dejaban gustosamente las puertas abiertas de par en par; habían tenido que transcurrir ciento cincuenta años para admitir esta verdad: que ante las grandes multitudes es mejor multiplicar los accesos que reducirlos.

La Estación de la Instrucción estaba suntuosamente dispuesta para la ceremonia; pero no hay plaza tan grande que no se pueda llenar, y el patio de honor no tardó en estarlo.

A las tres, el ministro para el Embellecimiento de París hizo su entrada solemne, acompañado del barón de Vercampin y de los miembros del consejo de administración. El barón estaba a la derecha de su excelencia; a la izquierda, campaba el señor Frappeloup. Desde lo alto del estrado la mirada se perdía en un océano de cabezas. Entonces, las diferentes músicas del establecimiento estallaron con estruendo en los tonos y ritmos más irreconciliables. Esta cacofonía reglamentaria no pareció sorprender en absoluto a los doscientos

cincuenta mil pares de orejas en los que caía.

La ceremonia empezó. Se hizo un silencioso rumor. Había llegado el momento de los discursos.

Durante el siglo pasado cierto humorista llamado Karr trató como se merecían los discursos más oficiales que los latines proferidos durante las entregas de premios; en la época en que vivimos no habría tenido ocasión de aplicar esta broma, pues la elocuencia latina había caído en desuso. ¿Quién la hubiera comprendido? ¡Ni siquiera el subjefe de retórica!

Un discurso en chino sustituía provechosamente al latín. Varios pasajes levantaron murmullos de admiración; una pesada disertación sobre las civilizaciones comparadas de las islas de la Sonda recibió incluso los honores del bis. Todavía comprendían esta última palabra.

Por último, el director de ciencias aplicadas se levantó. Momento solemne. Era el número fuerte.

Este furibundo discurso se parecía de forma sorprendente a los silbidos, los rozamientos, los gemidos, los mil y un ruidos desagradables que se escapan de una máquina de vapor en acción. El atropellado caudal del orador recordaba a un volante lanzado a toda velocidad; habría sido imposible frenar esa elocuencia a alta presión, y las frases chirriantes se engranaban como ruedas dentadas, las unas en las otras.

Para completar la ilusión, el director sudaba a chorros y una nube de vapor le envolvía de la cabeza a los pies.

—¡Diantre! —dijo riendo a su vecino un viejo cuya fina estampa expresaba el máximo desprecio hacia esas tonterías oratorias—. ¿Qué le parece a usted, Richelot?

El señor Richelot, por toda respuesta, se limitó a alzar los hombros.

—Se calienta demasiado —continuó el viejo prosiguiendo su metáfora—; me dirá usted que tiene válvulas de seguridad, pero si un director de ciencias aplicadas estallara sería un penoso precedente.

—Muy bien dicho, Huguenin —respondió el señor Richelot.

Unos vigorosos chistidos interrumpieron a los dos conversadores, que se miraron sonriendo.

Sin embargo el orador proseguía con más ardor. Se lanzó a la desesperada en el elogio del presente en detrimento del pasado; entonó la letanía de los descubrimientos modernos; incluso dio a entender que, en este sentido, el porvenir tendría muy poco que hacer; habló con un desprecio benevolente del pequeño París de 1860 y de la pequeña Francia del siglo XIX; enumeró con profusión de epítetos los beneficios de su tiempo, las comunicaciones rápidas entre los diferentes puntos de la capital, las locomotoras atravesando el alquitrán

de los bulevares, la fuerza motriz enviada a domicilio, el ácido carbónico destronando al vapor de agua y, por último, el océano, el propio océano bañando con sus olas las orillas de Grenelle; estuvo sublime, lírico, ditirámico, en suma, perfectamente insoportable e injusto, olvidando que las maravillas del siglo xx ya estaban en germen en los proyectos del siglo xix.

Una salva de frenéticos aplausos estalló en la misma plaza donde, ciento setenta años antes, los bravos acogían la fiesta de la federación.

Sin embargo, como todo tiene que tener un fin aquí en la tierra, incluso los discursos, la máquina se detuvo. Los ejercicios oratorios habían concluido sin accidente, y se procedió a la distribución de premios.

La cuestión de altas matemáticas planteada en el gran concurso era la siguiente:

«Tenemos dos circunferencias OO' : desde un punto A tomado en O , se llevan unas tangentes a O' ; se unen los puntos de contacto de dichas tangentes: se lleva la tangente en A hasta la circunferencia O . ¿Cuál es el lugar del punto de intersección de dicha tangente con la cuerda de los contactos en la circunferencia O' ?»

Todos comprendían la importancia de tal teorema. Sabían que había sido resuelto según un método nuevo por el alumno Gigoujeu (François Némorin) de Briançon (Altos Alpes). Los bravos redoblaron cuando se pronunció este nombre; fue pronunciado setenta y cuatro veces durante aquella memorable jornada: se rompían los asientos en honor del premiado, cosa que, incluso en 1960, seguía siendo una metáfora destinada a pintar la virulencia del entusiasmo.

Gigoujeu (François Némorin) ganó en esta ocasión una biblioteca de tres mil volúmenes. La Sociedad de Crédito Instruccional hacía muy bien las cosas.

No podemos citar la infinita nomenclatura de las ciencias que se enseñaban en aquel cuartel de la instrucción: un palmarés de la época hubiera sorprendido enormemente a los tatarabuelos de esos jóvenes sabios. La distribución seguía su ritmo, y las risas sarcásticas estallaban cuando algún pobre diablo de la división de letras, avergonzado al oír su nombre, recibía un premio de tema latino o un accésit de versión griega.

Pero hubo una ocasión en que las burlas subieron de tono, en que la ironía adoptó las formas más desconcertantes. Fue cuando el señor Frappeloup pronunció las palabras siguientes:

—Primer premio de versos latinos: Dufrénoy (Michel Jérôme), de Vannes (Morbihan).

La hilaridad fue general, en medio de frases como ésta: ¡Premio de versos latinos! ¡Era el único que los hacía! ¡Vaya con este numerario del Pindo! ¡Este contertulio del Helicón! ¡Este pilar del Parnaso! ¡Irá! ¡No irá! Etcétera.

Sin embargo, Michel Jérôme Dufrénoy fue, incluso con aplomo, desafiando las risas; era un joven rubio de aspecto encantador, con una hermosa mirada, ni torpe, ni esquiva. Sus largos cabellos le daban una apariencia algo femenina. Su frente resplandecía.

Llegó junto al estrado y arrancó, más que recibió, su premio de manos del director. Dicho premio consistía en un solo volumen: *El manual del perfecto fabricante*.

Michel miró el libro con desprecio y, tirándolo al suelo, volvió tranquilamente a su sitio, con la corona en la frente, sin tan siquiera haber besado las oficiales mejillas de su excelencia.

—Muy bien —dijo el señor Richelot.

—Buen chico —dijo el señor Huguenin.

Los murmullos se oyeron en todas partes. Michel los acogió con una sonrisa desdeñosa y volvió a su sitio en medio de las burlas de sus condiscípulos.

Esta gran ceremonia terminó sin engorros hacia las siete de la tarde; fueron consumidos quince mil premios y veintisiete mil accésit.

Los principales laureados de ciencias cenaron aquella misma noche en la mesa del barón de Vercampin, con los miembros del consejo de administración y los grandes accionistas.

¡La alegría de estos últimos se explicará mediante números! El dividendo para el ejercicio de 1960 acababa de ser fijado en 1.169 francos con 33 céntimos por acción. El interés actual superaba ya el precio de emisión.

CAPÍTULO II

Repaso general a las calles de París

Michel Dufrénoy siguió a la multitud, simple gota de agua de ese río que la ruptura de sus diques cambiaba en torrente. Su animación cedió. El campeón de la poesía latina se convertía en un joven tímido en medio de aquella alegre algazara; se sentía solo, extraño, y como aislado en el vacío. Mientras sus condiscípulos avanzaban con paso rápido, él caminaba lentamente, vacilante, aún más huérfano en esta reunión de padres satisfechos; parecía echar de menos su trabajo, su colegio, su profesor.

Sin padre ni madre, tenía que volver con una familia que no podía comprenderlo, seguro de que iba a ser mal recibido con su premio de versos latinos.

«En fin —se dijo—, ¡ánimo! ¡Soportaré estoicamente su mal humor! Mi tío es un hombre positivo; mi tía, una mujer práctica; mi primo, un muchacho especulativo; yo y mis ideas no estaremos bien vistos en casa; pero ¿qué le voy a hacer? ¡Adelante!»

Sin embargo, no se apresuraba, pues Michel no era uno de esos colegiales que se precipitan a sus vacaciones como los pueblos a la libertad. Su tío y tutor ni tan siquiera había considerado correcto asistir a la distribución de premios; sabía de lo que su sobrino era «incapaz», decía, y se hubiera muerto de vergüenza al verlo coronado como criatura de las Musas.

La multitud arrastraba al infeliz galardonado; Michel se sentía atrapado por la corriente como un hombre a punto de ahogarse.

«La comparación es justa —pensó—; heme aquí arrastrado a plena mar; donde se precisarían las aptitudes de un pez, yo apporto los instintos de un pájaro; ¡me gusta vivir en el espacio, en las regiones ideales adonde ya no se va, al país de los sueños, de donde nunca se vuelve!»

Mientras reflexionaba, empujado y baqueteado, Michel llegó a la estación de Grenelle del ferrocarril metropolitano.

Esta vía comunicaba la orilla izquierda del río por el bulevar Saint-Germain, que se extendía desde la estación de Orleans hasta los edificios del Crédito Instruccional; ahí, desviándose hacia el Sena, lo cruzaba por el puente de Iéna, recubierto con una plataforma superior para el servicio de la vía férrea, y se

unía entonces a la vía de la orilla izquierda; esta vía, a través del túnel del Trocadero, desembocaba en los Campos Elíseos, avanzaba por la línea de los bulevares, subía hasta la plaza de la Bastilla y enlazaba con la orilla izquierda por el puente de Austerlitz.

Este primer cinturón de vías férreas unía poco más o menos el antiguo París de Luis XV justo en el emplazamiento del muro en el que sobrevivía este verso eufónico:

El muro que amuralla París hace a París murmurante.

Una segunda línea enlazaba los antiguos arrabales de París, prolongando en treinta y dos kilómetros los barrios situados antaño más allá de los bulevares exteriores.

Siguiendo la línea de la antigua circunvalación, una tercera vía se desplegaba a lo largo de cincuenta y seis kilómetros.

Por último, una cuarta red enlazaba la línea de los fuertes y alcanzaba una extensión de más de cien kilómetros.

Como puede verse, París había roto su cerco de 1843 y se había abierto camino por el bosque de Boulogne, las llanuras de Issy, Vanves, Billancourt, Montrouge, Ivry, Saint-Mandé, Bagnolet, Pantin, Saint-Denis, Clichy y Saint-Ouen. Los altos de Meudon, Sèvres, Saint-Cloud, habían dejado de invadir el oeste. La delimitación de la capital actual se encontraba marcada por los fuertes del Mont-Valérien, Saint-Denis, Aubervilliers, Romainville, Vincennes, Charenton, Vitry, Bicêtre, Montrouge, Vanves e Issy; una ciudad con una circunferencia de veintisiete leguas que había devorado todo el departamento del Sena.

Cuatro círculos concéntricos de vías férreas formaban la red metropolitana; se enlazaban entre sí mediante empalmes que, en la orilla derecha, seguían las prolongaciones de los bulevares de Magenta y Malesherbes y, en la orilla izquierda, las calles de Rennes y de los Fossés-Saint-Victor. Se podía circular de un extremo a otro de París con la mayor rapidez.

Estos ferrocarriles existían desde 1913; habían sido construidos por cuenta del Estado, según un sistema ideado durante el siglo anterior por el ingeniero Joanne.

En aquella época se presentaron al gobierno numerosos proyectos. Éste los hizo examinar por un comité de ingenieros civiles, pues los ingenieros de puentes y caminos no existían desde 1889, fecha de la supresión de la Escuela Politécnica; pero aquellos señores estuvieron durante mucho tiempo divididos; algunos querían establecer una vía a nivel de las principales calles de París; otros

preconizaban redes subterráneas como en el ferrocarril de Londres; pero el primero de estos proyectos hubiera necesitado barreras cerradas al paso de los trenes; de ahí una aglomeración de peatones, coches, carretas fácilmente concebible; el segundo acarrea enormes dificultades de ejecución; además, la perspectiva de meterse en un túnel interminable no habría sido nada atractiva para los viajeros. Todas las vías establecidas con anterioridad en estas deplorables condiciones tuvieron que rehacerse, entre otras la vía del bosque de Boulogne, que tanto por sus puentes como por sus subterráneos obligaba a los viajeros a interrumpir veintisiete veces la lectura del periódico en un trayecto de veintitrés minutos.

El sistema Joanne parecía reunir todas las cualidades de rapidez, facilidad y bienestar, y, en efecto, desde hacía cincuenta años los ferrocarriles metropolitanos funcionaban en medio de la satisfacción general.

Dicho sistema consistía en dos vías separadas, una de ida y otra de vuelta; ello hacía imposible cualquier encuentro en sentido contrario.

Cada vía estaba establecida según el eje de los bulevares, a cinco metros de las casas, por encima del borde exterior de las aceras; elegantes columnas de bronce galvanizado las sujetaban y se unían entre sí por armaduras caladas; de tramo en tramo, estas columnas se apoyaban, sobre las casas colindantes mediante arcos transversales.

El largo viaducto que sujetaba la vía férrea formaba así una galería cubierta, bajo la cual los paseantes encontraban abrigo contra la lluvia o el sol; la calzada alquitranada quedaba reservada a los coches; el viaducto pasaba por encima de las principales calles, que cortaban su ruta formando un elegante puente, y el ferrocarril, suspendido a la altura de los entresuelos, no obstaculizaba en modo alguno la circulación.

Algunas casas colindantes, transformadas en salas de espera, formaban las estaciones; comunicaban con la vía mediante amplias pasarelas; por debajo se desplegaba la escalera de doble dirección que daba acceso a la sala de viajeros.

Las estaciones del ferrocarril de los bulevares estaban situadas en el Trocadero, en la Madeleine, en el bazar Bonne Nouvelle, en la rue du Temple y en la plaza de la Bastilla.

Este viaducto, apoyado en simples columnas, no hubiera podido resistir los antiguos métodos de tracción que exigían locomotoras de mucho peso; pero, merced a la aplicación de propulsores nuevos, los trenes eran muy ligeros; se sucedían a intervalos de diez minutos y cada uno podía transportar un millar de viajeros en sus coches rápidos y confortablemente dispuestos.

Las casas colindantes no padecían los efectos del vapor ni del humo por la sencilla razón de que no había locomotora. Los trenes funcionaban por medio de

aire comprimido, según el sistema William, preconizado por Jobard, célebre ingeniero belga de mediados del siglo XIX.

Un tubo vector de veinte centímetros de diámetro y de dos milímetros de espesor se extendía a lo largo de la vía entre los dos raíles; un disco de hierro forjado se deslizaba en su interior, accionado por el aire comprimido a varias atmósferas que le suministraba la Sociedad de las Catacumbas de París. Ese disco, expelido a gran velocidad en el tubo, como el proyectil en la cerbatana, arrastraba consigo al primer coche del tren. ¿Y cómo se unía este coche al disco encerrado dentro del tubo si éste no debía tener ninguna comunicación con el exterior? Mediante la fuerza electromagnética.

En efecto, el primer coche llevaba entre sus ruedas unos imanes distribuidos a derecha e izquierda del tubo, lo más cerca posible, aunque sin tocarlo. Los imanes operaban a través de las paredes del tubo sobre el disco de hierro forjado¹⁰. Este último, al deslizarse, arrastraba el tren detrás de él, sin que el aire comprimido pudiera escapar por ningún sitio.

Cuando un tren debía detenerse, un empleado de la estación manipulaba un grifo; se escapaba el aire y el disco permanecía inmóvil. Una vez cerrado el grifo, el aire presionaba y el tren recuperaba inmediatamente la marcha.

Así pues, con ese sistema tan simple, de mantenimiento tan fácil, no había humo, ni vapor, ni choques, se podían subir todas las pendientes, y parecía que estas vías tenían que haber existido desde tiempo inmemorial.

El joven Dufrénoy sacó su billete en la estación de Grenelle y diez minutos después se detenía en la de la Madeleine; bajó por el bulevar y se dirigió hacia la calle Impértales, diseñada siguiendo el eje de la Ópera hasta el jardín de las Tullerías.

La multitud se apretujaba en las calles; la noche empezaba a caer; las suntuosas tiendas proyectaban a lo lejos los reflejos de la luz eléctrica; los candelabros, establecidos según el sistema Way mediante la electrificación de un hilo de mercurio, resplandecían con una incomparable claridad; estaban unidos a través de hilos subterráneos; de pronto, las cien mil farolas de París se encendían a la vez.

No obstante, algunas tiendas anticuadas permanecían fieles al viejo gas hidrocarburado; la explotación de las nuevas minas de hulla permitía su entrega, es verdad, a diez céntimos el metro cúbico; pero la compañía conseguía unas ganancias considerables, sobre todo al propagarlo como agente mecánico.

La mayor parte de los innumerables coches que surcaban la calzada de los bulevares lo hacían sin caballos; se movían por una fuerza invisible, mediante un motor de aire dilatado por la combustión del gas. Era la máquina Lenoir aplicada a la locomoción.

La principal ventaja de esta máquina, inventada en 1859, consistía en la supresión de la caldera, el fogón y el combustible; un poco de gas de alumbrado, mezclado con el aire introducido bajo el pistón y encendido por la chispa eléctrica, producía el movimiento; unas arquetas para gas, instaladas en las diferentes estaciones de coches, proporcionaban el hidrógeno necesario; una serie de nuevos perfeccionamientos había permitido suprimir el agua destinada en otra época a enfriar el cilindro de la máquina.

Esta última era fácil, simple y manejable; el mecánico, sentado en su asiento, guiaba una rueda rectora; un pedal situado bajo su pie le permitía modificar instantáneamente la marcha del vehículo.

Los coches, cuya fuerza era la de un caballo-vapor, no costaban al día ni la octava parte que un caballo; el gasto del gas, controlado de una manera precisa, permitía calcular el trabajo útil de cada coche y la compañía no podía ser engañada por sus cocheros como antaño.

Estos gaseomóviles consumían muchísimo hidrógeno, para no hablar de los enormes carromatos, cargados de piedras y de materiales, que desplegaban fuerzas de veinte a treinta caballos. El sistema Lenoir también tenía la ventaja de que no costaba nada durante las horas de descanso, ahorro imposible en el caso de las máquinas de vapor, que devoran el combustible incluso paradas.

Los medios de transporte eran, por tanto, rápidos en unas calles menos atestadas que en otros tiempos, porque una disposición del Ministerio de la Policía prohibía que los carros, carretas y camiones circularan después de las diez de la mañana excepto por determinadas vías reservadas.

Estas diferentes mejoras eran muy adecuadas para aquel siglo febril, donde la multiplicidad de asuntos no dejaba reposo alguno y no permitía ningún retraso.

¿Qué dirían nuestros antepasados si pudieran ver esos bulevares iluminados con un resplandor comparable al del sol, esos miles de coches circulando sin ruido sobre el sordo alquitrán de las calles, esas tiendas ricas como palacios donde la luz se expandía en blancas irradiaciones, esas vías de comunicación amplias como plazas, esas plazas vastas como llanuras, esos hoteles inmensos donde se alojaban suntuosamente veinte mil viajeros, esos viaductos tan livianos; esas largas y elegantes galerías, esos puentes lanzados de una calle a otra y, por último, esos trenes resplandecientes que parecían surcar los aires con una fantástica rapidez?

Habrían quedado muy sorprendidos, sin duda; pero los hombres de 1960 ya no se admiraban de tales maravillas; las aprovechaban tranquilamente, sin ser más felices, porque, en su caminar apresurado, en su paso acelerado, en su fogosidad americana, se veía que el demonio de la fortuna los empujaba hacia

adelante sin piedad ni descanso.

CAPÍTULO III

Una familia eminentemente práctica

Finalmente el joven llegó a casa de su tío, el señor Stanislas Boutardin, banquero y director de la Sociedad de las Catacumbas de París.

Este importante personaje residía en un magnífico hotel de la calle Imperial, enorme construcción de un mal gusto maravilloso, perforada por multitud de ventanas, un verdadero cuartel transformado en vivienda particular, no imponente, pero maciza. Las oficinas ocupaban los bajos y los anejos del hotel.

«¡Aquí es donde va a transcurrir mi vida! —pensó Michel mientras entraba—. ¿Tendré que abandonar toda esperanza en la puerta?»

Entonces se apoderó de él un invencible deseo de huir lejos; pero se contuvo y apretó el timbre eléctrico del portalón. Éste se abrió sin ruido, movido por un resorte oculto, y se volvió a cerrar por sí solo tras haber franqueado el paso al visitante.

Un amplio patio daba acceso a las oficinas dispuestas circularmente bajo un techado de cristal esmerilado; al fondo se abría un amplio cobertizo bajo el cual varios gaseomóviles esperaban las órdenes del amo.

Michel se dirigió al ascensorio, especie de cámara rodeada por un diván acolchado; un criado de librea de color de naranja estaba ahí permanentemente.

—El señor Boutardin —preguntó Michel.

—El señor Boutardin acaba de sentarse a la mesa —respondió el lacayo.

—Haga el favor de anunciar a su sobrino, el señor Dufrénoy.

El criado accionó un conmutador de metal situado en el panel de madera y el ascensorio se elevó con un movimiento insensible hasta la altura del primer piso, donde se encontraba el comedor.

El criado anunció a Michel Dufrénoy.

El señor Boutardin, la señora Boutardin y su hijo estaban sentados a la mesa; al entrar el joven se hizo un profundo silencio; su cubierto le estaba esperando; la cena acababa de empezar; a una señal de su tío, Michel se incorporó al festín. No le dirigieron la palabra. Era evidente que conocían su desastre. Michel no pudo comer nada.

La cena tenía un aire fúnebre; los criados, servían sin ruido los platos que subían en silencio por los pozos practicados en las gruesas paredes; eran unos

manjares opulentos, pero con cierto aspecto de avaricia y que parecían alimentar a los comensales a disgusto. En aquella triste sala, ridiculamente dorada, se comía de prisa y sin convicción. Lo importante, en efecto, no era alimentarse, sino ganar con qué alimentarse. Michel sentía este matiz; estaba asfixiándose.

A los postres, su tío tomó la palabra por primera vez y dijo:

—Señor, mañana a primera hora tenemos que hablar.

Michel se inclinó sin contestar; un criado vestido de color naranja le condujo a su habitación; el joven se acostó; el techo hexagonal traía a su mente una multitud de teoremas geométricos; Michel, a pesar suyo, soñó con triángulos y rectas inclinadas desde el vértice sobre uno de sus lados.

«¡Qué familia!», pensó en medio de su agitado sueño.

El señor Stanislas Boutardin era el producto natural de este siglo industrial. Había crecido en un invernadero y no en plena naturaleza; hombre práctico ante todo, nada de lo que hacía era inútil, dirigía todas sus ideas hacia lo práctico, con un deseo inmoderado de ser útil que derivaba en un egoísmo verdaderamente ideal; uniendo lo útil a lo desagradable, como hubiera dicho Horacio; su vanidad se traslucía en sus palabras aún más que en sus gestos, y no habría permitido a su sombra que le precediera; se expresaba en gramos y en centímetros y siempre llevaba encima una cinta métrica, lo que le daba un gran conocimiento de las cosas de este mundo; despreciaba soberanamente las artes y en particular a los artistas, para hacer creer que los conocía; para él, la pintura se detenía en la aguada, el dibujo en el diseño, la escultura en el molde, la música en el silbido de las locomotoras, la literatura en los boletines de la Bolsa.

Este hombre, educado en la mecánica, explicaba la vida por los engranajes o las transmisiones; se movía regularmente con la menor fricción posible, como un pistón en un cilindro perfectamente calibrado; transmitía su movimiento uniforme a su mujer, a su hijo, a sus empleados, a sus criados, verdaderas máquinas-instrumentos, de las que él, el gran motor, sacaba el mejor provecho del mundo.

Fea naturaleza, en suma, incapaz de un movimiento bueno, pero tampoco malo; no era ni bueno ni malo, sino insignificante, mal engrasado, chillón, horriblemente común.

Había hecho una enorme fortuna, si es que se puede llamar a eso hacer; el impulso industrial del siglo le arrastró; y se mostró agradecido hacia la industria, a la que adoraba como a una diosa; fue el primero que adoptó, tanto en su hogar como para su uso personal, la tela de hilo de hierro que apareció en 1934. Este tipo de ropa era suave al tacto como la cachemira, poco cálida, es cierto; pero en invierno, con un buen forro, podía pasar. Cuando estas ropas inutilizables se oxidaban, las retocaban con la lima y las volvían a pintar con los colores de

moda.

La posición social del banquero era la siguiente: director de la Sociedad de las Catacumbas de París y de la fuerza motriz a domicilio.

Los trabajos de esta sociedad consistían en almacenar el aire en aquellos inmensos subterráneos durante tanto tiempo inutilizados; era introducido a una presión de cuarenta y cincuenta atmósferas, fuerza constante transportada por unas tuberías a los talleres, fábricas, factorías, hilaturas, almacenes de harina, ahí donde fuera necesaria alguna acción mecánica. Este aire servía, como se ha visto, para mover los trenes sobre los carriles de los bulevares. Mil ochocientos cincuenta y tres molinos de viento, instalados en la llanura de Montrouge, lo comprimían en aquellas vastas reservas mediante bombas.

Esta idea, muy práctica sin duda alguna y que era un retorno al empleo de las fuerzas naturales, fue vivamente preconizada por el banquero Boutardin, quien se convirtió en el director de esta importante compañía, sin dejar de ser miembro de quince o veinte consejos de vigilancia, vicepresidente de la Sociedad de las Locomotoras Remolcadoras, administrador de la Subsecretaría de Alquitrans Fusionados, etc., etc.

Se había casado, cuarenta años antes, con la señorita Athenais Dufrénoy, tía de Michel; era la digna y rancia compañera de un banquero, fea, pesada, con todo el aspecto de la tenedora de libros y de la cajera y nada de la mujer; entendía de contabilidad, era una maestra de la partida doble y habría inventado la partida triple si hubiera hecho falta; una verdadera administradora, la hembra de un administrador.

¿Amó al señor Boutardin y fue amada por él? Sí, tanto como pueden amarse esos corazones industriales; una comparación acabará de pintarlos a ambos. Ella era la locomotora y él el fogonero-maquinista; él la mantenía en buen estado, la frotaba, la engrasaba, y ella llevaba funcionando así desde hacía medio siglo, con tanta imaginación como una Crampton.

Es inútil añadir que no descarriló jamás.

En cuanto al hijo, multiplíquese a la madre por el padre y se obtendrá el coeficiente Athanase Boutardin, socio principal de la banca Casmodage y Cía.; un gallardo mozo que se parecía a su padre en lo alegre y a su madre en lo elegante. No había que decir ninguna frase ingeniosa en su presencia; parecía que se le faltaba al respeto y fruncía las cejas sobre sus ojos alelados. En el gran concurso había ganado el primer premio de banca. Se puede decir que no sólo hacía trabajar el dinero: lo agotaba; olía a usurero; pretendía casarse con alguna horrible muchacha cuya dote compensara sobradamente su fealdad. A los veinte años ya llevaba gafas de aluminio. Su inteligencia estrecha y rutinaria le llevaba a marear a sus empleados con pejugueras de chinche. Una de sus manías

consistía en creer que su caja estaba desguarnecida, cuando en realidad rebosaba de oro y de billetes. Era un mal hombre, sin juventud, sin corazón, sin amigos. Su padre le admiraba mucho.

Ésta era la familia, la trinidad doméstica a la que el joven Dufrénoy iba a pedir ayuda y protección. El señor Dufrénoy, hermano de la señora Boutardin, poseía toda la dulzura de sentimientos y la delicadeza exquisita que en su hermana se habían traducido en asperezas. Aquel pobre artista, músico de gran talento, nacido para un siglo mejor, sucumbió joven a las contrariedades y no legó a su hijo más que sus tendencias de poeta, sus aptitudes y sus aspiraciones.

Michel tenía por alguna parte un tío, un tal Huguenin del que nunca se hablaba, uno de esos hombres cultos, modestos, pobres, resignados, de quienes se avergüenzan las familias opulentas. Pero Michel tenía prohibido visitarle, y ni siquiera le conocía; así pues, no tenía ni que pensar en él.

La situación del huérfano en el mundo estaba bien establecida: por una parte, un tío incapaz de ayudarle, por otra, una familia rica en esas cualidades que se acuñan con moneda, con el corazón estrictamente necesario para bombear la sangre a las arterias.

No había nada que agradecer a la providencia.

Al día siguiente Michel bajó al despacho de su tío, un despacho severo si los hay, y forrado con una tela severa: ahí estaban el banquero, su mujer y su hijo. Aquello amenazaba con ser solemne.

El señor Boutardin, de pie junto a la chimenea, con la mano en el bolsillo del chaleco y sacando pecho, se expresó en estos términos:

—Señor, va usted a escuchar unas palabras que le pido que grabe en su memoria. Su padre era un artista. Esto lo dice todo. Me gusta pensar que usted no ha heredado sus malhadados instintos. No obstante, he descubierto en usted gérmenes que es importante destruir. Bucea usted gustosamente en las arenas de lo ideal, y hasta aquí el resultado más claro de sus esfuerzos ha sido ese premio de versos latinos que le han concedido vergonzosamente. Calibremos la situación. Carece usted de fortuna, lo cual es una torpeza; un poco más, y no tendría parientes. Ahora bien, no quiero poetas en mi familia, ¿me entiende? No quiero a ese tipo de individuos que escupen rimas a la cara de la gente; su familia es rica, no la comprometa. Porque el artista no está lejos del adulator a quien lanzo cien soles de mi talego para que distraiga mis digestiones. ¿Me entiende usted? No quiero talento, quiero capacidades. Como no he observado en usted ninguna aptitud especial, he decidido que entre a trabajar en la banca Casmodage y Cía., bajo la alta dirección de su primo; tómelo como ejemplo; ¡trabaje para convertirse en un hombre práctico! Recuerde que parte de la sangre de los Boutardin corre por sus venas, y para recordar mejor mis palabras, cuide

usted de no olvidarlas jamás.

Como puede verse, en 1960 la raza de los Prud'homme aún no había desaparecido; habían conservado las buenas tradiciones. ¿Qué podía responder Michel ante semejante discurso? Nada; por eso calló, mientras que su tía y su primo aprobaban con la cabeza.

—Sus vacaciones —prosiguió el banquero— han empezado esta mañana y terminarán esta noche. Mañana se presentará ante el jefe de la firma Casmodage y Cía. Váyase.

El joven salió del despacho de su tío; las lágrimas inundaban sus ojos, pero resistió a la desesperación.

«Sólo tengo un día de libertad —pensó—; al menos lo emplearé a mi gusto; tengo algunos soles; empezaré por fundar mi biblioteca con los grandes poetas y los autores ilustres del siglo pasado. Por la noche me consolarán de las sevicias del día.»

CAPÍTULO IV

Que trata de algunos autores del siglo XIX y de la dificultad de conseguirlos

Michel salió rápidamente a la calle y se dirigió a la librería de las Cinco Partes del Mundo, inmenso hangar situado en la calle de la Paix y dirigido por un alto funcionario del Estado.

«Todas las producciones del espíritu humano deben de estar ahí metidas», pensó el joven.

Entró en un amplio vestíbulo, en cuyo centro un despacho telegráfico correspondía con los puntos más apartados de las tiendas; una legión de empleados circulaba incesantemente; unas escalas colgadas en las paredes llevaban a los empleados hasta los estantes superiores de las salas; una multitud considerable acosaba el despacho y los mozos se doblaban bajo las cargas de libros.

Michel, estupefacto, intentaba en vano contar las innumerables obras que tapizaban las paredes, y su mirada se perdía en las galerías infinitas de este establecimiento imperial.

«Nunca conseguiré leer todo esto», pensó poniéndose a la cola ante el despacho. Al fin llegó a la ventanilla.

—¿Qué desea usted, señor? —le preguntó el empleado, jefe de la Sección de Pedidos.

—Me gustaría conseguir las obras completas de Victor Hugo —respondió Michel.

El empleado abrió unos ojos desmesurados.

—¿Victor Hugo? —dijo—. ¿Qué ha hecho ése?

—Es uno de los grandes poetas del siglo diecinueve, el más grande incluso —respondió el joven sonrojándose.

—¿Lo conoce usted? —preguntó el empleado a un segundo empleado, jefe de la Sección de Búsquedas.

—Jamás he oído hablar de él —respondió este último—. ¿Está usted seguro del nombre? —preguntó al joven.

—Perfectamente seguro.

—Es que es raro —prosiguió el empleado— que vendamos aquí obras

literarias. Pero, en fin, puesto que está usted seguro... Ugo, Ugo... —dijo telegrafando.

—Hugo, con hache —repitió Michel—. Y pregunte también por Balzac, Musset, Lamartine.

—¿Son sabios?

—¡No! Son autores.

—¿Están vivos?

—Murieron hace un siglo.

—Señor, vamos a hacer lo que podamos por atenderle; pero me temo que nuestras pesquisas van a ser largas, si no vanas.

—Esperaré —respondió Michel.

¡Y se retiró a un rincón, anonadado! ¡Así que toda aquella fama sólo duraba un siglo! *Las orientales*, *Las meditaciones*, *Las primeras poesías*, *La comedia humana*, ¡olvidadas, perdidas, inencontrables, desconocidas, ignoradas!

Sin embargo, unas inmensas grúas de vapor bajaban en medio de los patios cargas de libros y los compradores se precipitaban a la oficina de pedidos. Pero uno quería ver la *Teoría de los frotamientos* en veinte volúmenes, otro la *Compilación de los problemas eléctricos*, éste el *Tratado práctico del engrasado de las ruedas motrices*, aquél, la *Monografía del nuevo cáncer*.

«¡Cómo! —se dijo Michel—, ¡ciencia, industria! Aquí es como en el colegio, ¡y las artes, nada! ¡Y yo que parezco un demente pidiendo obras literarias! ¿Estaré loco?»

Michel se hundió en estas reflexiones durante una hora larga; y las pesquisas continuaban, y el telégrafo funcionaba sin cesar, y pedían confirmación del nombre de los autores; rebuscaron en los sótanos y en los graneros; pero fue en vano. Hubo que renunciar.

—Señor —dijo por fin al joven un empleado, jefe de la Sección de Respuestas—, no tenemos eso. Esos autores sin duda eran poco conocidos en su época; sus obras no habrán sido reeditadas...

—*Notre-Dame de Paris* —respondió Michel— tuvo una tirada de quinientos mil ejemplares.

—Le creo, señor, pero en cuanto a autores antiguos reeditados en la actualidad sólo tenemos a Paul de Kock, un moralista del siglo pasado; parece bien escrito, y si usted quiere...

—Buscaré en otra parte —respondió Michel.

—Irá por todo París sin encontrar nada. Lo que no está aquí no está en ninguna parte.

—Ya veremos —dijo Michel alejándose.

—Señor —prosiguió el empleado, digno por su celo de ser dependiente de

ultramarinos—, ¿desea usted obras literarias contemporáneas? Tenemos algunos títulos que han sonado estos últimos años; no se han vendido mal para ser libros de poesía...

—¡Ah! —dijo Michel esperanzado—, ¿tienen poesía moderna?

—Sin duda. Entre otras las *Armonías Eléctricas* de Martillac, obra laureada por la Academia de Ciencias, las *Meditaciones sobre el oxígeno*, de Pulfasse, el *Paralelogramo poético*, las *Odas descarbonatadas*...

Michel no quiso oír más y salió a la calle aterrado, estupefacto. ¡Aquella pequeña porción del arte no había podido escapar a la influencia perniciosa de los tiempos! ¡La ciencia, la química, la mecánica, irrumpían en el ámbito de la poesía!

«¡Y se leen estas cosas! —repetía corriendo por las calles—; ¡incluso las compran! ¡Y las firman! ¡Y las colocan en las estanterías de literatura! ¡Es inútil buscar un libro de Balzac, de Victor Hugo! Por cierto, ¿dónde podría encontrarlos? ¡Claro! En la Biblioteca.»

Michel se dirigió con paso rápido a la Biblioteca Imperial; los edificios, singularmente ampliados, se extendían sobre una gran parte de la calle Richelieu, luego por la calle Neuve-des-Petits-Champs, hasta la calle de la Bourse. La incesante aglomeración de libros había hecho que reventaran las viejas paredes del Hotel de Nevers. Todos los años se imprimían cantidades ingentes de obras científicas; los editores no daban abasto, y el propio Estado editaba: los novecientos volúmenes dejados por Carlos V, multiplicados por mil no habrían dado la cifra actual de los volúmenes apilados en la Biblioteca; de ochocientos mil que había en 1860, se superaban ahora los dos millones.

Michel preguntó por los edificios reservados a las letras y subió por la escalera de los jeroglíficos que unos albañiles estaban restaurando a golpe de piqueta.

Una vez llegado a la sala de las letras, la encontró desierta, y más curiosa hoy en día en su abandono que antaño llena de una multitud estudiosa. Algunos extranjeros la seguían visitando, como quien va a ver el Sahara, y les mostraban el lugar donde murió un árabe, en 1875, en la misma mesa que ocupó durante toda su vida.

Las formalidades necesarias para obtener una obra no dejaban de ser complicadas; el formulario, firmado por el solicitante, debía contener el título del libro, el formato, la fecha de publicación, el número de edición y el nombre del autor; es decir, que a no ser que se fuera ya un sabio, nunca se llegaba a saber; además, el solicitante indicaba su edad, domicilio, profesión y la finalidad de su investigación.

Michel se atuvo al reglamento y remitió su formulario perfectamente en

regla al bibliotecario, que dormitaba; emulándole, los empleados roncaban aparatosamente sobre unas sillas apoyadas a las paredes; sus funciones habían llegado a ser una sinecura tan completa como la de acomodador en el Odeón.

El bibliotecario, que se despertó sobresaltado, miró al osado joven; leyó el formulario y pareció atónito por el pedido; después de haber reflexionado largamente, ante el terror de Michel, se dirigió a un empleado subalterno, que trabajaba junto a la ventana, sentado a una mesa solitaria.

Michel se encontró ante un hombre de unos setenta años de edad, mirada despierta, cara sonriente y con aspecto de sabio que creyera ignorarlo todo. El modesto empleado tomó el boletín y lo leyó atentamente.

—Pide usted autores del siglo diecinueve —dijo—, es un honor para ellos; esto va a permitirnos quitarles el polvo. Hemos dicho señor... ¿Michel Dufrénoy?

Ante este nombre, el viejo levantó rápidamente la cabeza.

—¡Es usted Michel Dufrénoy! —exclamó—. ¡Claro, aún no le había mirado!

—¿Me conoce usted?

—¡Que si le conozco!...

El viejo no pudo continuar; sobre su bondadoso rostro se dibujaba una verdadera emoción; tendió la mano a Michel y éste se la estrechó afectuosamente, con entera confianza.

—Soy tu tío —dijo por fin el buen hombre—, tu viejo tío Huguenin, el hermano de tu pobre madre.

—¡Es usted mi tío! —exclamó Michel, emocionado.

—¡Tú no me conoces, pero yo sí te conozco, muchacho! ¡He asistido a la entrega de tu magnífico premio de versificación latina! ¡Mi corazón latía muy de prisa, y tú no sospechabas nada!

—¡Mi tío...!

—No es culpa tuya, querido muchacho, ya lo sé. Me he mantenido apartado, alejado de ti, para no perjudicarte ante la familia de tu tía; ¡pero he seguido tus estudios paso a paso, día a día! Yo me decía: es imposible que el hijo de mi hermana, el hijo de un gran artista, no haya conservado nada de los instintos poéticos de su padre, ¡y no me engañaba porque vienes aquí a pedirme nuestros grandes poetas de Francia! ¡Sí, muchacho! ¡Te los voy a dar! ¡Los vamos a leer juntos! ¡Nadie nos mira! ¡Deja que te abrace por primera vez!

El anciano estrechaba en sus brazos al joven, y éste se sintió renacer bajo los abrazos. Era, hasta ese momento, la más dulce emoción de su vida.

—Pero, tío —preguntó Michel—, ¿cómo ha podido usted estar al corriente de mi infancia?

—Querido muchacho, mi mejor amigo es una excelente persona que te quiere muchísimo: tu profesor Richelot, ¡y él me ha dicho que eres uno de los nuestros! Te he visto actuar; he leído tus versos en latín; un tema un poco difícil de tratar, por cierto, por culpa de los nombres propios: *El mariscal Pelissier en la torre Malakoff*. Pero bueno, la moda sigue fijada en los viejos temas históricos ¡y a fe mía que no te las has arreglado mal!

—¡Ah! —profirió Michel.

—Aunque —prosiguió el viejo sabio— has hecho dos largas y dos breves con Pelissierus, una breve y dos largas con Malakoff, ¡y has hecho bien! Mira, recuerdo dos versos preciosos: *Jam Pellisiero pendent ex turre Malakoff / Sebastopolitam concedit Jupiter urbem*¹¹ ¡Ay, hijo mío, cuántas veces, sin esa familia que me desprecia y que en suma pagaba tu educación, cuántas veces hubiera apoyado tus hermosas inspiraciones! Pero ahora serás tú quien venga a verme a menudo.

—Todas las tardes, tío, en mis horas libres.

—Pero tus vacaciones...

—¿Vacaciones, tío? ¡Mañana entro a trabajar en el banco de mi primo!

—¡Tú en un banco! —exclamó el viejo—. ¡Tú en los negocios! ¡Es verdad!, ¿qué va a ser de ti? ¡Un pobre desgraciado como yo no puede ayudarte! ¡Ay, hijo mío, con tus ideas, con tus aptitudes, has nacido tarde, no me atrevo a decirte muy temprano, porque al ritmo que van las cosas ni siquiera se puede esperar el futuro!

—¿Pero no me puedo negar? ¿Acaso no soy libre?

—¡No! No eres libre; desgraciadamente el señor Boutardin es algo más que tu tío: es tu tutor; no quiero, no debo animarte a seguir una vía funesta; no, aún eres joven; trabaja para ganar tu independencia y entonces, si tus gustos no han cambiado, si todavía estoy en este mundo, ven a verme.

—Pero el oficio de banquero me horroriza —respondió Michel vivamente.

—No lo dudo, muchacho, y si hubiera sitio para dos en mi casa te diría: ven, seremos felices; pero esa existencia no te llevaría a ninguna parte, porque inevitablemente hay que ir a algún sitio; ¡no!, ¡trabaja!, olvídate durante algunos años; yo te daría malos consejos; no digas que has visto a tu tío; podría resultarte fatal; no pienses más en el viejo que ya habría muerto hace tiempo si no fuese porque todos los días tiene la deliciosa costumbre de reunirse con sus viejos amigos en los estantes de esta sala.

—Cuando sea libre —dijo Michel.

—¡Sí! ¡Dentro de dos años! Ahora tienes dieciséis; serás mayor de edad a los dieciocho; esperaremos; pero no olvides, Michel, que siempre guardaré para ti un buen apretón de manos, un buen consejo y un buen corazón. Vendrás a

verme —añadió el anciano contradiciendo sus propias palabras.

—¡Sí, tío, sí! ¿Dónde vive usted?

—¡Lejos, muy lejos! En Saint-Denis; pero la línea del bulevar Malesherbes me deja a dos pasos de mi casa; allí tengo una habitación muy pequeña y muy fría, pero cuando tú vengas será grande y cuando estreche tus manos entre las mías se calentará.

La conversación entre tío y sobrino prosiguió de esta guisa; el viejo sabio quería ahogar en el joven las hermosas tendencias que él admiraba, y sus palabras traicionaban a cada paso su voluntad; sabía cuán falsa, cuán imposible, cuán desplazada sería la situación de un artista.

Hablaron de todo; el buen hombre se presentó como un viejo libro que el joven acudiría a hojear algunas veces, y que como mucho sólo serviría para contarle cosas del tiempo pasado.

Michel habló de la finalidad de su visita a la Biblioteca e interrogó a su tío sobre la decadencia de la literatura.

—La literatura está muerta, hijo mío —respondió el tío—; mira esas salas desiertas y esos libros sepultados en el polvo; ya no se lee; soy el guardián del cementerio, y la exhumación está prohibida.

Durante la conversación el tiempo transcurrió rápidamente.

—Son las cuatro —exclamó el tío—, tenemos que separarnos.

—Le volveré a ver —dijo Michel.

—Sí... ¡No, hijo mío! ¡No hablemos nunca de literatura! ¡Ni de arte! ¡Acepta la situación tal como es! ¡Eres el pupilo del señor Boutardin antes que el sobrino de tu tío Huguenin!

—Déjeme acompañarle —dijo el joven Dufrénoy.

—¡No! Podrían vernos. Iré solo.

—Entonces hasta el domingo, tío.

—Hasta el domingo, querido hijo.

Michel fue el primero en salir, pero esperó en la calle; vio cómo el anciano se dirigía hacia el bulevar con paso todavía firme; le siguió de lejos hasta la estación de la Madeleine.

«¡Al fin no estoy solo en el mundo!», pensó.

Y volvió al hotel. Por fortuna la familia Boutardin cenaba fuera de casa y Michel pasó tranquilamente en su habitación la primera y última velada de sus vacaciones.

CAPÍTULO V

Que trata de las máquinas de calcular y de cajas que se defienden solas

Al día siguiente, a las ocho, Michel Dufrénoy se dirigió a las oficinas de la banca Casmodage y Cía.; estaban situadas en la calle Neuve-Drouot y ocupaban una de aquellas casas construidas en el emplazamiento de la antigua Ópera. El joven fue introducido en un vasto paralelogramo, provisto de aparatos de una singular estructura cuya presencia, al principio, no advirtió. Parecían pianos de un tamaño impresionante.

Michel miró hacia el despacho adyacente y divisó unas cajas gigantescas: parecían fortalezas; un poco más y eran almenadas, y cada una de ellas hubiera podido alojar fácilmente una guarnición de veinte hombres.

Michel no pudo dejar de estremecerse ante la vista de aquellos cofres acorazados y blindados.

«Parecen ser a prueba de bomba», pensó.

Un hombre de unos cincuenta años, con su pluma de ganso matinal en la oreja, se paseaba solemnemente entre aquellos monumentos. Michel reconoció al punto que pertenecía a la familia de la gente de número, orden de los cajeros; ese individuo exacto, metódico, gruñón y cascarrabias cobraba con entusiasmo y pagaba con dolor; se diría que consideraba los pagos como robos a su caja y los cobros como devoluciones. Unos sesenta empleados, escribientes, copistas, garabateaban y calculaban bajo su elevada dirección.

Michel tenía que sentarse entre ellos; un mozo de oficina le llevó hasta el importante personaje que le esperaba.

—Señor —le dijo el cajero—, al entrar aquí, lo primero que tiene usted que olvidar es que pertenece a la familia Boutardin. Es la orden.

—No pido otra cosa —respondió Michel.

—Para empezar su aprendizaje, le asignaremos a la máquina número 4.

Michel se volvió y divisó la máquina número 4. Era un aparato para calcular.

Había pasado mucho tiempo desde que Pascal construyera un instrumento de esta suerte, cuya concepción pareció tan maravillosa en su momento. Después, el arquitecto Perrault, el conde de Stanhope, Thomas de Colmar,

Maurel y Jayet, aportaron afortunadas modificaciones a este tipo de aparato.

La casa Casmodge poseía verdaderas obras maestras; sus instrumentos parecían enormes pianos; apretando las teclas de un teclado se obtenía al instante totales, remanentes, productos, cocientes, reglas de proporción, cálculos de amortización y de intereses compuestos para periodos infinitos a todos los tipos posibles. ¡Había notas altas que daban hasta el ciento cincuenta por ciento! Nada más maravilloso que esas máquinas, que hubieran derrotado fácilmente a los Mondeux y a los ...¹²

Pero había que saber manejarlas, y Michel tuvo que tomar lecciones de digitación.

Como podemos ver, Michel entraba en una casa de banca que le requería y adoptaba todos los recursos de la mecánica.

Por otra parte, en aquella época la abundancia de negocios y la proliferación de la correspondencia dio a los simples artículos de escritorio una importancia extraordinaria.

Por ejemplo, el correo de la casa Casmodge incluía más de tres mil cartas al día, remitidas a todos los rincones del mundo. Una máquina Lenoir, con una fuerza de quince caballos, copiaba sin cesar las cartas que quinientos empleados le enviaban sin descanso.

Sin embargo, la telegrafía eléctrica hubiera tenido que reducir singularmente el número de cartas porque existían nuevos perfeccionamientos que permitían al remitente tratar directamente con el destinatario; el secreto de la correspondencia quedaba a salvo y se podían hacer a distancia negocios de mucha consideración. Cada firma tenía sus hilos particulares, según el sistema Wheatstone en uso desde hacía tiempo en toda Inglaterra. Los precios de los innumerables valores cotizados en el mercado libre se inscribían solos en unas esferas situadas en los centros de las Bolsas de París, Londres, Frankfurt, Amsterdam, Turín, Berlín, Viena, San Petersburgo, Constantinopla, Nueva York, Valparaíso, Calcuta, Sidney, Pekín, Nuku-Hiva.

Además, la telegrafía fotográfica, inventada durante el siglo anterior por el profesor Giovanni Caselli, de Florencia, permitía enviar muy lejos el facsímil de cualquier tipo de escritura, autógrafo o dibujo, y firmar letras de cambio o contratos a cinco mil leguas de distancia.

La red telegráfica cubría toda la superficie de los continentes y el fondo de los mares; América no estaba ni a un segundo de Europa, y en la solemne prueba que se hizo en 1903, en Londres, dos experimentadores contactaron entre sí después de haber hecho dar a su mensaje la vuelta a la Tierra.

Se comprende que en esta época de negocios el consumo de papel aumentara en proporciones inesperadas; Francia, que fabricaba sesenta millones

de kilogramos de papel hacía cien años, gastaba ahora más de trescientos millones; ya no se temía que pudieran faltar los trapos porque estaban provechosamente sustituidos por el esparto, el áloe, el topinambur, el altramuza y otras veinte plantas poco costosas; en doce horas, los procedimientos de Watt y Burgess convertían un pedazo de madera en papel de calidad; los bosques ya no servían para la calefacción, sino para la impresión.

La casa Casmodage fue una de las primeras en adoptar el papel de madera; cuando debía emplearse en letras de cambio, billetes o acciones, lo preparaban con el ácido gálico de Lemfelder, que lo hacía invulnerable a los agentes químicos de los falsificadores; el número de ladrones aumentaba al tiempo que los negocios y había que ser desconfiado.

Así era aquella casa en la que se cocían negocios enormes. El joven Dufrénoy iba a desempeñar en ella el papel más modesto; iba a ser el principal sirviente de la máquina de calcular, y ese mismo día entró en funciones.

Aquel trabajo mecánico le presentaba grandes dificultades; no tenía vocación para ello y el aparato funcionaba bastante mal en sus manos; por mucho que lo intentara, un mes después de su ingreso cometía más errores que el primer día, y estuvo a punto de volverse loco.

Encima le trataban con dureza para quebrantar en él las veleidades de independencia y los instintos de artista; no tuvo un solo domingo ni una sola velada para dedicarlos a su tío, y su único consuelo fue escribirle en secreto.

Pronto fue presa del desánimo y el desagrado; se sintió incapaz de continuar aquel trabajo de obrero.

A fines de noviembre, el señor Casmodage, Boutardin hijo y el cajero tuvieron la siguiente conversación sobre él:

—Este chico está soberanamente falto de inteligencia —dijo el banquero.

—La verdad me obliga a reconocerlo —respondió el cajero.

—Es lo que antes se llamaba un artista —apostilló Athanase— y lo que nosotros llamamos un insensato.

—La máquina se convierte en un instrumento peligroso entre sus manos —respondió el banquero—; ¡nos trae sumas en lugar de restas y nunca nos ha podido calcular un interés ni al quince por ciento!

—Es penoso —dijo el primo.

—¿En qué vamos a emplearlo? —prosiguió el cajero.

—¿Sabe leer? —preguntó el señor Casmodage.

—Es de suponer—respondió Athanase con aire de duda.

—Se le podría utilizar en el Libro Mayor; dictaría a Quinsonnas, que reclama un ayudante.

—Tiene usted razón —replicó el primo—; dictar, eso es lo único de que es

capaz, porque tiene una letra espantosa.

—Y esto en una época en la que todo el mundo escribe bien —replicó el cajero.

—Si no hace bien este nuevo trabajo, sólo podrá servir para barrer los despachos.

—Y eso habría que verlo —afirmó el primo.

—Que venga —dijo el banquero.

Michel compareció ante el temible triunvirato.

—Señor Dufrénoy —dijo el jefe de la casa, haciendo aflorar en sus labios la más despreciable de sus sonrisas—, su notoria incapacidad nos obliga a retirarle de la dirección de la máquina número 4; los resultados que usted obtiene son causa incesante de errores en nuestras escrituras; esto no puede seguir así.

—Lo siento, señor... —respondió fríamente Michel.

—Sus disculpas son inútiles —repuso severamente el banquero—; de ahora en adelante se le asignará al Libro Mayor. Me dicen que sabe leer. Se ocupará de dictar.

Michel no respondió nada. ¡Le importaba tan poco el Libro Mayor como la máquina! ¡Era prácticamente lo mismo! Así pues, se retiró después de haber preguntado cuándo sería el cambio.

—Mañana —le respondió Athanase—; el señor Quinsonnas estará avisado.

El joven se marchó de las oficinas pensando no en su nuevo trabajo, sino en el tal Quinsonnas, cuyo nombre le espantaba. ¿Quién podría ser aquel hombre? ¡Algún individuo que habría envejecido en la tarea de copiar los artículos del Libro Mayor, trajinando durante sesenta años cuentas corrientes, presa de la fiebre del saldo y del frenesí de la contrapartida! A Michel sólo le asombraba una cosa: que el tenedor de libros no hubiera sido todavía sustituido por una máquina.

Sin embargo, experimentó una verdadera alegría al abandonar su aparato de calcular; estaba orgulloso de haberlo usado mal; aquella máquina tenía un falso aspecto de piano que le repugnaba.

Michel, encerrado en su habitación, vio llegar rápidamente la noche en medio de sus reflexiones; se acostó, pero no podía dormir; una suerte de pesadilla se apoderó de su cerebro. El Libro Mayor se le aparecía con unas proporciones fantásticas; tan pronto se sentía presionado entre las hojas blancas como entre las plantas secas de un herbario, o apresado en el dorso de la cubierta, que le aplastaba bajo su armazón de cobre.

Se despertó muy agitado y presa del irresistible deseo de contemplar aquella máquina prodigiosa.

«Es una chiquillada —pensó—, pero me quedará tranquilo.»

De un salto abandonó la cama, abrió la puerta de la habitación, y tanteando, tropezando, con los brazos extendidos y los ojos entornados, entró en las oficinas.

Las enormes salas estaban oscuras y silenciosas, cuando habitualmente el estruendo del dinero, el tintineo del oro, el roce de los billetes, el chirrido de las plumas sobre el papel, llenaban sus salas durante el día con el fragor característico de las casas de banca. Michel avanzaba al azar, perdiéndose en medio de aquel laberinto; no estaba muy al tanto de la situación del Libro Mayor; pero avanzaba; tuvo que atravesar la sala de las máquinas, y las divisó entre las sombras.

«Están durmiendo —pensó—, ahora no calculan.»

Y prosiguió su viaje de reconocimiento, atravesando el despacho de las cajas gigantescas y tropezando a cada paso.

De pronto, sintió que le faltaba la tierra bajo sus pies, y se produjo un ruido espantoso; las puertas de las salas se cerraron con estrépito; los cerrojos y los pestillos se precipitaron en sus cerraduras; unos silbidos ensordecedores salieron de las comisas; una luz repentina iluminó las oficinas, mientras Michel —que seguía bajando— parecía sepultarse en un abismo sin fondo.

Desesperado, espantado, cuando el suelo pareció tener consistencia, quiso emprender la huida. Pero fue imposible. Estaba prisionero en una jaula de hierro.

En aquel instante, unas personas a medio vestir se precipitaron sobre él.

—Es un ladrón —dijo uno.

—¡Lo hemos atrapado! —dijo el otro

—¡Llamen a la policía!

Michel no tardó en reconocer entre los testigos de su desastre al señor Casmodage y a su primo Athanase.

—¡Usted! —exclamó el uno.

—¡Él! —exclamó el otro.

—¡Iba usted a forzar mi caja!

—¡Lo que faltaba!

—Es un sonámbulo —dijo alguien.

Para el buen nombre del joven Dufrénoy, esta opinión unió a la mayoría de aquellos hombres en camisón. Liberaron al prisionero, víctima inocente de las cajas perfeccionadas que se defienden solas.

Al extender los brazos en la oscuridad, Michel había rozado la caja de valores, sensible y pudorosa como una doncella; el dispositivo de seguridad se puso en marcha inmediatamente. El suelo se abrió mediante una tarima móvil, mientras que la luz eléctrica de los despachos se encendió al ruido de las puertas violentamente cerradas. Los empleados, despertados por los fortísimos

timbrazos, se precipitaron hacia la jaula que había descendido hasta el sótano.

—¡Esto le enseñará a no pasear por donde no debe! —dijo el banquero al joven.

Michel, avergonzado, no respondió.

—¡Vaya aparato más ingenioso! —exclamó Athanase.

—Sin embargo —le replicó el señor Casmodage—, no estará completo hasta que el ladrón, depositado en un vagón de seguridad, sea trasladado por un resorte hasta la prefectura de policía.

«¡Y sobre todo —pensó Michel—, hasta que la máquina aplique por sí sola el artículo del código relativo a los robos con fractura!»

Pero se guardó la reflexión para sus adentros y se marchó en medio de grandes carcajadas.

CAPÍTULO VI

Donde Quinsonnas aparece en la cúspide del Libro Mayor

Al día siguiente Michel se dirigió a las oficinas de contabilidad, en medio de los murmullos irónicos de los empleados; su aventura nocturna corría de boca en boca y nadie disimulaba la risa.

Michel llegó a una sala inmensa rematada por una cúpula de cristal esmerilado; en medio, y apoyado sobre un único pie, obra maestra de la mecánica, se erguía el Libro Mayor de la casa de banca. Merecía el apelativo de Mayor con más justicia que Luis XIV el de Grande; tenía veinte pies de alto; un mecanismo inteligente permitía dirigirlo como un telescopio hacia todos los puntos del horizonte; un sistema de pasarelas ligeras, ingeniosamente combinado, bajaba o subía según las necesidades del escribiente.

Sobre las hojas blancas, de tres metros de ancho, se desplegaban en letras de tres pulgadas las operaciones diarias de la casa. Los epígrafes *Cajas de Diversos*, *Diversos a Caja*, *Cajas de Negociaciones*, destacados en tinta de oro, causaban placer a las personas a quienes les gustan estas cosas. Otras tintas multicolores realzaban vivamente las transferencias y la paginación; en cuanto a las cifras, soberbiamente superpuestas en las columnas de sumas, los francos se destacaban en rojo escarlata y los céntimos, llevados hasta el tercer decimal, en verde oscuro.

Michel quedó estupefacto ante aquel espectáculo. Preguntó por el señor Quinsonnas.

Le señalaron a un joven inclinado sobre la pasarela más elevada; Michel tomó la escalera de caracol y en pocos instantes llegó a la cumbre del Libro Mayor.

El señor Quinsonnas estaba modelando una F mayúscula de tres pies de altura, con una incomparable soltura.

—Señor Quinsonnas —dijo Michel.

—Tómese la molestia de entrar —respondió el tenedor de libros—; ¿con quién tengo el honor de hablar?

—Con el señor Dufrénoy.

—¿Es usted el héroe de una aventura que...?

—Soy ese héroe —respondió atrevidamente Michel.

—Es un elogio para usted —replicó Quinsonnas—, es usted un hombre honrado; un ladrón no se habría dejado atrapar. Ésa es mi opinión.

Michel miró fijamente a su interlocutor; ¿se estaba burlando de él? La figura espantosamente seria del tenedor de libros no permitía tal suposición.

—Estoy a sus órdenes —dijo Michel.

—Y yo a las tuyas —respondió el copista.

—¿Qué tendré que hacer?

—Lo siguiente: dictarme con voz clara y lenta los artículos del diario que yo paso al Libro Mayor. ¡No se equivoque! Acentúe. ¡Voz profunda! ¡Nada de errores! Una tachadura y me ponen en la calle.

No hubo más prolegómenos, y el trabajo comenzó.

Quinsonnas era un muchacho de unos treinta años que por su aspecto serio podía aparentar cuarenta. Sin embargo, no había que mirarle con demasiada atención, porque bajo esa pavorosa seriedad acababa uno por desvelar mucha jovialidad contenida y un aire endiabladamente inteligente. Michel, al cabo de tres días, creyó notar algo de este tipo.

No obstante, la reputación de simpleza del tenedor de libros, por no decir de estupidez, estaba muy consolidada en las oficinas; se contaban de él historias que harían palidecer a los Calinos de la época. Pero su precisión y su hermosa caligrafía eran dos cualidades indiscutibles; nadie le igualaba en la escritura de la *gran bastarda* y no tenía rival en la *inglesa retorcida*.

En cuanto a su exactitud, no se le podía exigir más completa porque, gracias a su proverbial falta de inteligencia, había escapado a dos prestaciones tan molestas para un empleado como son las de formar parte de los jurados y de la Guardia Nacional. Estas dos grandes instituciones seguían funcionando en el año de gracia de 1960.

Éstas son las circunstancias por las que Quinsonnas fue borrado de las listas de la primera y de los censos de la segunda.

Hacía un año, más o menos, la suerte le condujo al banco de los jurados; se trataba de un asunto criminal muy grave, pero sobre todo muy largo; duraba ya ocho días y se esperaba que por fin concluyera; se estaba interrogando a los últimos testigos, pero nadie había contado con Quinsonnas. En medio de la vista, éste se levantó y rogó al presidente que planteara cierta pregunta al acusado. Así se hizo y el acusado respondió a la pregunta del jurado.

—Pues bien —dijo Quinsonnas en voz alta—, es evidente que el acusado no es culpable.

¡Júzguese el efecto! ¡Está prohibido que el jurado emita su opinión durante los debates, bajo pena de nulidad! La torpeza de Quinsonnas hizo que se tuviera

que remitir el asunto a otra sesión. Y todo tenía que volver a empezar; ¡y como el incorregible miembro del jurado, involuntaria o más bien ingenuamente, volvió a caer en la misma falta, no se pudo juzgar la causa!

¿Qué se le podía decir al malhadado Quinsonnas? Hablaba, evidentemente, a pesar suyo, bajo la emoción de los debates; ¡se le escapaba lo que pensaba! Era una enfermedad; pero, en fin, como la justicia tenía que seguir su curso, hubo que borrarle definitivamente de la lista de los jurados.

Lo de la Guardia Nacional fue otra cosa.

La primera vez que lo pusieron como centinela a la puerta de la alcaldía se tomó su guardia muy en serio; se plantó militarmente ante su garita, con su fusil montado, el dedo en el gatillo y dispuesto a disparar, como si el enemigo fuera a aparecer a la vuelta de la esquina. Como es natural la gente, al ver el celo de aquel centinela, se aglomeró; algunos transeúntes inofensivos sonrieron. Eso disgustó al enérgico guardia nacional; detuvo a uno, luego a dos, luego a tres; al cabo de sus dos horas de guardia, el puesto estaba repleto. Casi se origina un tumulto.

¿Qué se le podía decir? Estaba en su derecho; ¡aducía que había sido insultado estando de servicio! Para él la bandera era una religión. Esto se repitió en la guardia siguiente, y como no hubo forma de mitigar ni su diligencia ni su susceptibilidad, tan honorables a pesar de todo, le borraron de los cuadros.

Quinsonnas pasó por un imbécil, en el fondo, pero así fue como no volvió a formar parte ni de los jurados ni de la Guardia Nacional.

Liberado de estas grandes cargas sociales, Quinsonnas se convirtió en un tenedor de libros modelo.

Durante un mes, Michel dictó regularmente; su trabajo era fácil, pero no le dejaba ni un instante de libertad; Quinsonnas escribía, lanzando a veces una mirada sorprendentemente inteligente al joven Dufrénoy cuando éste se ponía a declamar con acento inspirado los artículos del Libro Mayor.

«¡Curioso muchacho! —pensaba para sus adentros el tenedor de libros—; sin embargo, parece superior a su oficio. ¿Por qué le habrán puesto aquí, siendo el sobrino de Boutardin? ¿Será para que me sustituya? ¡Imposible! ¡Escribe como el gato de la portera! ¿Será verdaderamente un imbécil? Tengo que saberlo.»

Por su parte, Michel se entregaba a reflexiones idénticas.

«Este Quinsonnas esconde algo —se decía—. ¡Evidentemente no ha nacido para modelar efes o emes eternamente! ¡Hay ocasiones en que le oigo reír para sus adentros! ¿En qué pensará?»

Los dos camaradas del Libro Mayor se observaban mutuamente; había momentos en que se miraban con ojos claros y francos, de los que surgía una

chispa comunicativa. Aquello no podía durar, Quinsonnas se moría de ganas de preguntar y Michel de contestar; un buen día, sin saber por qué, por necesidad de desahogo, Michel se vio impelido a contar su vida; lo hizo con ardor, lleno de sentimientos largamente reprimidos. Quinsonnas probablemente se emocionó, porque estrechó calurosamente la mano de su joven compañero.

—Pero su padre... —le preguntó.

—Era músico.

—¡Cómo! ¿El Dufrénoy que ha dejado las últimas páginas de las que la música puede enorgullecerse?

—El mismo.

—Un genio —respondió Quinsonnas con pasión—, pobre y desconocido, querido muchacho, y que fue mi maestro.

—¡Su maestro! —profirió estupefacto Michel.

—¡Pues sí! —exclamó Quinsonnas blandiendo su pluma—. ¡Al diablo el disimulo! *Io son pictor!* Soy músico.

—¡Un artista! —replicó Michel.

—¡Sí! ¡Pero no lo diga tan alto! Me la ganaría —dijo Quinsonnas reprimiendo la sorpresa del joven.

—Pero...

—Aquí soy tenedor de libros; el copista alimenta al músico, por el momento...

Se detuvo, mirando fijamente a Michel.

—¿Y bien? —profirió este último.

—¡Hasta que haya encontrado alguna idea práctica!

—¡En la industria! —replicó Michel, decepcionado.

—No, hijo mío —respondió paternalmente Quinsonnas—. En la música.

—¿En la música?

—¡Silencio! ¡No me pregunte! ¡Es un secreto!, ¡pero yo quiero asombrar a nuestro siglo! ¡No nos riamos! ¡La risa está castigada con la muerte en nuestra época, que es una época seria!

—Asombrar a nuestro siglo... —repetía mecánicamente el joven.

—Ésa es mi divisa —respondió Quinsonnas—; ¡asombrarlo, ya que no es posible fascinarlo! Como usted, he nacido cien años tarde; imíteme, ¡trabaje! Gane su pan ya que hay que conseguir esa cosa innoble: ¡comer! Le enseñaré a ser cínico, si usted quiere; hace quince años que alimento mi ser de una manera insuficiente y he necesitado una buena dentadura para triturar lo que el destino me metía en la boca; ¡pero con una buena mandíbula se sale adelante! Felizmente he encontrado una especie de oficio; ¡tengo buena mano, como se dice! ¡Santo cielo, si me quedara manco! ¿Qué haría? ¡Ni piano, ni Libro Mayor!

¡Bah, con el tiempo se tocará con los pies! Mira, mira por dónde, eso sí que podría asombrar a nuestro siglo.

Michel no pudo reprimir la risa.

—¡No se ría, desgraciado! —prosiguió Quinsonnas—. ¡Está prohibido en la casa Casmodage! Míreme, ¡tengo una cara que parte las piedras y un aspecto que congela el estanque de las Tullerías en pleno julio! Como usted sabe, los filántropos americanos imaginaron antaño encerrar a sus prisioneros en celdas redondas para ni siquiera dejarles la distracción de los ángulos. ¡Pues bien, hijo mío, la sociedad actual es tan redonda como esas prisiones! Y también tan aburrida.

—Pero yo creo que en usted hay un fondo alegre... —respondió Michel.

—¡Aquí no! ¡Pero en mi casa es diferente! ¡Tiene que visitarme! ¡Tocaré buena música! ¡La de los viejos tiempos!

—Cuando usted quiera —respondió Michel con alegría—; pero tendría que estar libre...

—Bueno, les diré que necesita tomar lecciones de dictado. Pero, aquí, ¡basta de conversaciones subversivas! ¡Yo soy un engranaje, usted es un engranaje! ¡Funcionemos y volvamos a la letanía de la Santa Contabilidad!

—Caja de Diversos —prosiguió Michel.

—Caja de Diversos —repitió Quinsonnas.

Y el trabajo continuó. Desde aquel día, la existencia del joven Dufrénoy cambió significativamente; tenía un amigo; hablaba; podía hacerse comprender, feliz como un mudo que hubiera recuperado la voz. Las cumbres del Libro Mayor ya no se le antojaban desiertas y respiraba tranquilo. Pronto, los dos camaradas se honraron con el tuteo recíproco.

Quinsonnas transmitía a Michel las adquisiciones de su experiencia y éste, durante sus insomnios, meditaba sobre las decepciones de este mundo; por la mañana regresaba al despacho, enardecido por sus pensamientos nocturnos, y atosigaba al músico, que no conseguía imponerle silencio.

El Libro Mayor no tardó en no estar al día.

—Vas a conseguir que cometamos algún error gordo —repetía sin cesar Quinsonnas—, y nos pondrán en la calle.

—Pero es que tengo que hablar —respondía Michel.

—Pues bien —le dijo un día Quinsonnas—, vendrás a cenar a mi casa hoy mismo, con mi amigo Jacques Aubanet.

—¡A tu casa! ¿Y el permiso?

—Aquí lo tengo. ¿Por dónde íbamos?

—Caja de Liquidación —prosiguió Michel.

—Caja de Liquidación —repitió Quinsonnas.

CAPÍTULO VII

Tres bocas inútiles a la sociedad

Una vez cerradas las oficinas, los dos amigos se dirigieron a la casa de Quinsonnas, situada en la calle Grange-aux-Belles; se marcharon colgados del brazo; Michel, feliz por su libertad, caminaba triunfalmente.

Hay mucha distancia desde la casa de banca a la calle Grange-aux-Belles; pero no era fácil encontrar alojamiento en una capital demasiado pequeña para sus cinco millones de habitantes; a fuerza de ensanchar las plazas, abrir avenidas y multiplicar los bulevares, el terreno para las viviendas empezaba a faltar. Lo que justificaba un dicho de la época: en París ya no hay casas, sólo calles.

Había incluso barrios que no ofrecían un solo alojamiento a los habitantes de la capital; entre otros, la Cité, donde se erguían el Tribunal de Comercio, el Palacio de Justicia, la Jefatura de Policía, la catedral, el depósito de cadáveres, es decir, lo necesario para ser juzgado, condenado, encarcelado, enterrado e incluso salvado. Los edificios habían expulsado a las casas.

Esto explicaba la excesiva carestía de los alquileres; la Compañía Imperial General Inmobiliaria poseía más o menos todo París, a medias con el Crédito Inmobiliario, y generaba magníficos dividendos. Esta sociedad, creada por dos hábiles financieros del siglo XIX, los hermanos Péreire, era también propietaria de las principales ciudades de Francia: Lyon, Marsella, Burdeos, Nantes, Estrasburgo, Lille, después de haberlas reconstruido poco a poco. Sus acciones, quintuplicadas, todavía se cotizaban a 4.450 francos en el mercado libre de la Bolsa.

La gente poco acomodada que no quería alejarse del centro de los negocios tenía que alojarse en los pisos altos; lo que ganaban en proximidad, lo perdían en altura; cuestión de fatiga, por lo tanto, y no de tiempo.

Quinsonnas vivía en el duodécimo piso, en una vieja casa con escaleras que pedía a gritos un ascensorio. Pero una vez en su casa, el músico se encontraba a gusto.

Cuando llegaron a la calle Grange-aux-Belles, Quinsonnas voló hacia la escalera de caracol.

—No temas seguir subiendo —le dijo a Michel, quien le siguió en su ascensión—. ¡Llegaremos! Nada es eterno en este mundo, ni siquiera las

escaleras. Ya estamos —dijo mientras abría él mismo la puerta tras la agotadora subida.

Empujó al joven a «sus aposentos», una habitación de dieciséis metros cuadrados.

—No tengo vestíbulo —le dijo—. Eso es para quienes hacen esperar, y como la multitud de solicitantes nunca se precipitará hasta mi duodécimo piso, por la razón estrictamente física de que nadie se precipita de abajo arriba, prescindo de esa pieza superflua; también he suprimido el salón, que habría puesto en evidencia la ausencia de comedor.

—Pero me parece que estás muy bien aquí —dijo Michel.

—Con el mejor aire que permite el amoníaco de los lodos de París.

—A primera vista parece pequeño —aventuró Michel.

—Y a la segunda también, pero es suficiente.

—Además, está bien distribuido —concluyó Michel riendo.

—Bien, abuela —dijo Quinsonnas a una anciana que entraba en aquel momento—, ¿la cena está preparada? Somos tres comensales hambrientos.

—Está en camino, señor Quinsonnas —dijo la mujer de la limpieza—; pero como no hay mesa no he podido poner los cubiertos.

—¡Prescindiremos de ella! —exclamó Michel, que encontraba encantadora la perspectiva de cenar con el plato en las rodillas.

—¡Cómo que prescindiremos! —replicó Quinsonnas—. ¿Piensas que voy a invitar a mis amigos a cenar sin una mesa que ofrecerles?

—No veo ninguna —respondió Michel, echando una inútil ojeada a su alrededor...

La habitación no contenía ni mesa, ni cama, ni armario, ni cómoda, ni silla; ni un solo mueble, sólo un piano de considerables dimensiones.

—¿No la ves? —respondió Quinsonnas—. Pues bien, ¿para qué sirve la industria, nuestra buena madre, para qué sirve la mecánica, esa excelente muchacha? ¿Te olvidas de ellas? Mira la mesa por la que preguntas.

Mientras decía esto, se acercó al piano, apretó un botón y surgió —es la palabra— una mesa provista de bancos a la que se podían sentar tres comensales muy cómodamente.

—Qué ingenioso —dijo Michel.

—Ha sido preciso —respondió el pianista—, lo angosto de los apartamentos ya no permite tener muebles específicos. ¡Mira este complejo instrumento, producto de las casas Erard y Jeanselme fusionadas! Sirve para todo y apenas abulta, y te ruego que creas que la calidad del piano no se resiente en absoluto.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta. Quinsonnas abrió y anunció

a su amigo Jacques Aubanet, empleado en la Compañía General de Minas Marítimas. Michel y Jacques fueron presentados el uno al otro sin ninguna clase de ceremonia.

Jacques Aubanet era un guapo mozo de veinticinco años, muy amigo de Quinsonnas y tan poco inconformista como él. Michel no sabía en qué debían de trabajar los empleados de la Compañía de las Minas Marítimas; pero Jacques traía un apetito formidable.

Felizmente la comida estaba preparada; los tres jóvenes la devoraron y después de esta primera lucha con los comestibles, algunas palabras se filtraron a través de los mordiscos, ya menos ávidos.

—Querido Jacques —dijo Quinsonnas—, al presentarte a Michel Dufrénoy he querido que conocieras a un joven amigo que es de los nuestros, uno de esos pobres diablos a quienes la sociedad niega el uso de sus aptitudes, una de esas bocas inútiles a las que amordazan para no alimentarlas.

—¡Entiendo! El señor Dufrénoy es un soñador —respondió Jacques.

—¡Un poeta, amigo mío! Y te pregunto qué ha venido a hacer a este mundo, donde el primer deber del hombre es el de ganar dinero.

—Evidentemente —dijo Jacques—, se ha equivocado de planeta.

—Amigos míos —dijo Michel—, no son ustedes muy alentadores; pero comprendo sus exageraciones.

—Este querido muchacho —replicó Quinsonnas— espera, trabaja, se entusiasma por los buenos libros, ¡y cuando ya nadie lee a Hugo, Lamartine, Musset, espera que le lean a él! Pero, ¡desgraciado! ¿Has inventado acaso alguna poesía utilitaria, alguna literatura que sustituya el vapor de agua o el freno instantáneo? ¿No? ¡Pues tasca el tuyo, querido mío! Si no cuentas nada asombroso, ¿quién te va a escuchar? ¡El arte ya sólo es posible si se convierte en proeza! ¡Ahora Hugo recitaría sus *Orientales* montado en un caballo de circo y Lamartine sus *Armonías* subido a un trapecio con la cabeza hacia abajo!

—¡Qué cosas! —exclamó Michel dando un respingo.

—Tranquilo, muchacho —respondió el pianista—, pregunta a Jacques si tengo razón.

—Cien veces —dijo Jacques—; este mundo ya no es más que un mercado, una inmensa feria, y hay que entretenerlo con numeritos de titiritero.

—¡Pobre Michel! —suspiró Quinsonnas—, ¡su premio de versos latinos le volverá tarumba!

—¿Qué quieres demostrar? —preguntó el joven.

—¡Nada, hijo mío! ¡Después de todo, sigues tu destino! ¡Eres un gran poeta! He visto tus obras; me permitirás tan sólo que te diga que no sintonizan con el gusto del siglo.

—¿Por qué no?

—¡Pues claro que no! ¡Tus temas son poéticos y esto ahora es un defecto en poesía! ¡Cantas las praderas, los valles, las nubes, las estrellas, el amor, todo cosas gastadas y de las que ya nadie quiere saber nada!

—¿De qué hablar si no? —preguntó Michel.

—¡Tienes que celebrar en tus versos las maravillas de la industria!

—¡Eso jamás! —profirió Michel.

—Pues se trata de eso —replicó Jacques.

—Veamos —repuso Quinsonnas—, ¿conoces la oda laureada hace un mes por los cuarenta de Broglie que atestan la Academia?

—No.

—Pues bien. ¡Escucha y aprende! Éstas son las dos últimas estrofas:

*¡El carbón lleva entonces su llama incendiaria
a la ardiente caldera de la gran maquinaria!
¡El monstruo así cargado no teme los escollos!
La pavorosa máquina sacude su corteza
y, lanzando vapor, logra una fortaleza
de ochenta caballos.*

*Pero con su palanca obliga el fogonero
del espeso cilindro abrirse al manillero,
rápido y gemebundo, ¡corre el doble pistón!
¡La rueda ha patinado! ¡Qué veloz es ahora!
¡Se oye el silbato!... ¡Saludo a la locomotora
del sistema Crampton!*

—¡Qué horror! —exclamó Michel.

—Bien rimado —apostilló Jacques.

—Así es, hijo mío —replicó implacablemente Quinsonnas—. Quiera el cielo que no te veas obligado a mantenerte con tu talento y aprende de nosotros, que nos rendimos a la evidencia a la espera de días mejores.

—¿El señor Jacques también se ve obligado a ejercer algún oficio repugnante? —preguntó Michel.

—Jacques es expedicionario¹³ en una compañía industrial —respondió Quinsonnas—, ¡lo que no quiere decir, para su desgracia, que forme parte de ninguna expedición!

—¿Qué quiere decir entonces? —preguntó Michel.

—Quiere decir —respondió Jacques— que me hubiera gustado ser soldado.

—¡Soldado! —profirió asombrado el joven.

—¡Sí! ¡Soldado! Oficio encantador, en el que hace apenas cincuenta años se ganaba uno honorablemente la existencia.

—A no ser que perdiera aún más honorablemente —replicó Quinsonnas—. En fin, es una carrera acabada porque ya no hay ejército, salvo que se haga gendarme. En otra época Jacques habría entrado en alguna academia militar o se habría enrolado, y, unas veces vencedor y otras vencido, habría llegado a general como Turenne o a emperador como Bonaparte. Pero, mi querido y valiente oficial, ahora hay que renunciar a ello.

—¡Bah! ¡Quién sabe! —respondió Jacques—. Francia, Inglaterra, Rusia, Italia, han despedido a sus soldados, es verdad; durante el siglo pasado se perfeccionaron hasta tal punto las máquinas de guerra, y aquello llegó a ser tan ridículo, que Francia no pudo dejar de reír...

—Y después de reír —dijo Quinsonnas—, fue desarmada.

—¡Sí! ¡Bromista de mal gusto! ¡Admito que, excepto la vieja Austria, las naciones europeas han suprimido el Estado militar! Pero ¿se ha conseguido suprimir con ello el espíritu bélico inherente al hombre, y el espíritu de conquista, inherente a los gobiernos?

—Sin duda —respondió el músico.

—¿Y por qué?

—¡Porque la mejor razón que tenían aquellos instintos para subsistir era la posibilidad de satisfacerlos! ¡Porque nada empuja a la guerra mejor que la paz armada, según el viejo proverbio! ¡Porque si suprimes a los pintores, ya no hay pintura, si es a los escultores, no hay escultura, si es a los músicos, no hay música, y si suprimes a los guerreros, deja de haber guerras! Los soldados son unos artistas.

—¡Estoy de acuerdo! —exclamó Michel—, y antes que ejercer mi espantoso oficio estaría dispuesto a enrolarme.

—¡Vaya, te metes en la conversación, mocoso! —respondió Quinsonnas—, ¿te gustaría combatir?

—Según Stendhal —respondió Michel—, uno de los grandes pensadores del siglo pasado, el combate eleva el alma.

—¡Claro! —dijo el pianista, y luego añadió—: ¿qué inteligencia hay que tener para dar una estocada?

—Hay que tener mucha para hacerlo bien —respondió Jacques.

—¡Y aún más para recibirla! —replicó Quinsonnas—. No sé, amigos míos, es posible que tengáis razón desde cierto punto de vista, y os animaría a que os hicieseis soldados si todavía hubiera ejército; con un poco de filosofía ¡es un hermoso oficio! Pero, en fin, puesto que el Campo de Marte ha sido convertido

en un colegio, hay que renunciar a luchar.

—Se volverá —dijo Jacques—; un buen día surgirá una complicación inesperada...

—No lo creo, amigo mío, las ideas bélicas están desapareciendo, incluso las ideas honorables. En Francia, antaño se tenía miedo al ridículo ¡y ya sabes en qué ha quedado el sentido del honor! Nadie se bate en duelo, ha pasado de moda; hay que transigir o pleitear; y si ya nadie se bate por honor ¿se va a batir alguien por política? Si los individuos ya no echan mano a la espada, ¿por qué iban los gobiernos a desenvainarla? Las batallas nunca fueron tan numerosas como en la época de los duelos, y si ya no hay duelistas, tampoco hay soldados.

—¡Renacerán! —respondió Jacques.

—¿Para qué, si los vínculos comerciales estrechan a los pueblos entre sí? Los ingleses, los rusos, los americanos invierten sus billetes de banco, sus rublos, sus dólares en nuestras empresas comerciales. ¡El dinero es enemigo del plomo y la bala de algodón ha sustituido a la bala cónica! ¡Pero piensa un poco, Jacques! ¿No ves que los ingleses, haciendo uso de un derecho que nos niegan, se están convirtiendo poco a poco en los grandes propietarios inmobiliarios de Francia? ¡Poseen tierras inmensas, casi provincias enteras, no porque las hayan conquistado sino porque las han comprado, lo que resulta mucho más seguro! No se ha prestado atención, se ha permitido que esto ocurra, ¡hasta el punto que esa gente llegará a poseer todo nuestro suelo y tomará su revancha sobre Guillermo el Conquistador!

—Querido amigo —respondió Jacques—, escucha esto, y usted, jovencito, escuche también porque es la profesión de fe de nuestro siglo: en la época de Montaigne, quizá de Rabelais, se decía: ¿qué sé?; en el siglo diecinueve: ¿qué me importa?; ahora se dice: ¿qué gano? Pues bien, el día en que una guerra dé beneficios, como un negocio industrial, se hará la guerra.

—¡Bueno! La guerra nunca ha hecho ganar nada, en Francia sobre todo.

—Porque se luchaba por el honor y no por el dinero —respondió Jacques.

—¿Entonces crees en un ejército de negociantes intrépidos?

—Sin duda. Mira los americanos y su terrible guerra de 1863.

—¡Pues bien, querido amigo, un ejército que vaya al combate movido por el dinero ya no estará integrado por soldados sino por horribles ladrones!

—No obstante, se harán prodigios de valor —replicó Jacques.

—Se robarán objetos de valor —respondió Quinsonnas.

Y los tres jóvenes se echaron a reír.

—Para concluir —dijo el pianista—, aquí tenemos a Michel, un poeta, a Jacques, un soldado, y a Quinsonnas, un músico, ¡y esto cuando no hay ni música, ni poesía ni ejército! Somos, sencillamente, unos estúpidos. Pero ya

terminó la cena; ha sido muy sustanciosa, al menos por la conversación. Pasemos a otros ejercicios.

Una vez vacía, la mesa volvió a su ranura, y el piano recuperó el lugar de honor.

CAPÍTULO VIII

Que trata de la música antigua y moderna y de la aplicación práctica de algunos instrumentos

—Al fin —exclamó Michel—, vamos a hacer un poco de música.

—Sobre todo nada de música moderna —dijo Jacques—, es demasiado difícil...

—De entender, sí —respondió Quinsonnas—; porque de hacer, no.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó Michel.

—Me explico —dijo Quinsonnas—, y voy a apoyar mis palabras con un ejemplo asombroso. Michel, tómate la molestia de abrir el piano.

El joven obedeció.

—Bien. Ahora, siéntate sobre el teclado.

—¿Cómo? ¿Quieres que...?

—Siéntate, te digo.

Michel se dejó caer sobre las teclas del instrumento y éste produjo una armonía desgarradora.

—¿Sabes qué estás haciendo? —le preguntó el pianista.

—¡No tengo la menor duda!

—Inocente, estás haciendo armonía moderna.

—¿De verdad? —dijo Jacques.

—¡Esto es lisa y llanamente un acorde de nuestros días! y, cosa espantosa, ¡los sabios actuales se encargan de explicarlo científicamente! Antaño, sólo ciertas notas podían aliarse entre sí; pero más tarde las reconciliaron y ya no se dan de patadas; ¡están demasiado bien educadas como para hacerlo!

—Pero no por eso es menos desagradable —respondió Jacques.

—Qué quieres, amigo mío, hemos llegado a esto por la fuerza de las cosas; durante el siglo pasado cierto Richard Wagner, una especie de mesías al que no se ha crucificado lo suficiente, fundó la música del futuro, y ahora la estamos padeciendo; en su época ya se había suprimido la melodía, por eso Wagner consideró oportuno expulsar también a la armonía y ahora la casa está vacía.

—Pero —dijo Michel—, es como si se hiciera pintura sin dibujo ni color.

—Exactamente —respondió Quinsonnas—. Hablas de pintura, pero la pintura no es un arte francés; nos viene de Italia y de Alemania y me importaría menos verla profanada. Mientras que la música, la hija de nuestras entrañas...

—¡Yo creía que la música era originaria de Italia! —dijo Jacques.

—¡Error, querido mío! Hasta mediados del siglo dieciséis, la música francesa ha dominado Europa; el hugonote Goudimel fue el maestro de Palestrina, y tanto las melodías más viejas como las más ingenuas son galas.

—¡Y hemos llegado a este punto! —dijo Michel.

—Sí, hijo mío; so pretexto de fórmulas nuevas, una partitura ya sólo se compone de una frase única, larga, huidiza, infinita. La ópera empieza a las ocho de la noche y acaba diez minutos antes de medianoche; ¡cinco minutos más y le costaría a la dirección una multa y doble gasto de guardia!

—¿Y nadie protesta?

—Hijo mío, la gente ya no aprecia la música, ¡se la traga! Algunos artistas han luchado; tu padre fue uno de ellos; pero después de su muerte no se ha escrito una sola nota digna de ese nombre. O padecemos la nauseabunda «melodía de la selva virgen», fofa, pesada, imprecisa, o se producen esos armoniosos estruendos de los que has dado un conmovedor ejemplo al sentarte encima del piano.

—¡Qué triste! —profirió Michel.

—¡Es horrible! —apostilló Jacques.

—También os habréis dado cuenta de lo grandes que son nuestras orejas.

—No —respondió Jacques.

—¡Claro que sí! Compáralas con las orejas de antes y con las orejas de la Edad Media, analiza los cuadros y las estatuas, ¡mide y te quedarás aterrado! Las orejas aumentan conforme la talla humana decrece: ¡será bonito verlo algún día! Los naturalistas han ido a buscar muy lejos las causas de esta decadencia, pero es la música la que nos ha proporcionado estos apéndices; vivimos en un siglo de tímpanos endurecidos y de oídos desafinados. Comprenderéis que no se introduce impunemente durante un siglo música de Verdi o de Wagner en las orejas sin que dicho órgano auditivo no se resienta.

—Este demonio de Quinsonnas es aterrador —dijo Jacques.

—Sin embargo —repuso Michel—, en la Ópera se siguen representando las obras maestras antiguas.

—Ya lo sé —replicó Quinsonnas—; incluso a veces representan *Orfeo en los Infiernos* de Offenbach con los recitativos introducidos por Gounod en esa obra maestra, ¡y hasta es posible que produzca algún dinero debido al ballet! Lo que ese público ilustrado necesita, amigos míos, es danza. ¡Cuando uno piensa que se ha construido un monumento de veinte millones de francos sobre todo

para que se puedan desplazar unas criaturas saltarinas, dan ganas de haber nacido una de ellas! Se ha reducido *Los hugonotes* a un solo acto, y ese escaso levantarse el telón acompaña a los ballets de moda; los maillots se han hecho tan perfectamente diáfanos que rivalizan con la naturaleza y esto regocija a nuestros financieros; la Ópera, además, se ha convertido en una sucursal de la Bolsa; se grita tanto como en esta última; ¡se habla de negocios en voz alta y nadie hace caso de la música! Dicho sea entre nosotros, hay que admitir que la interpretación deja mucho que desear.

—Mucho que desear —respondió Jacques—; los cantantes relinchan, graznan, aúllan, rebuznan, y hacen de todo menos cantar. ¡Parece una granja!

—En cuanto a la orquesta —prosiguió Quinsonnas—, cayó totalmente en cuanto el instrumento dejó de alimentar al instrumentista. ¡Éste sí que no es un oficio práctico! ¡Ay si se pudiera utilizar la fuerza perdida de los pedales de un piano para sacar agua en las minas de hulla! ¡Si el aire que se escapa de los figles sirviera también para mover los molinos de la Sociedad de las Catacumbas! ¡Si el movimiento alterno del trombón pudiera ser aplicado a una serrería mecánica! ¡Entonces los ejecutantes serían ricos y numerosos!

—Me tomas el pelo —exclamó Michel.

—¡Diantre! —respondió muy seriamente Quinsonnas—, no me extrañaría que algún poderoso inventor lo consiguiera; ¡el espíritu de invención está muy desarrollado en Francia! ¡Incluso es el único espíritu que nos queda! ¡Y os ruego que creáis que no por eso las conversaciones son más apasionantes! Pero ¿quién piensa en divertirse? ¡Aburrámonos los unos a los otros! Ésa es la norma.

—¿No hay ningún remedio? —preguntó Michel.

—Ninguno, mientras reinen las finanzas y la máquina. ¡Y a quien más culpo es a la máquina!

—¿Y eso por qué?

—Porque las finanzas tienen de bueno que al menos pueden servir para pagar obras maestras, ¡y hay que comer aunque se tenga talento! Los genoveses, los venecianos, los florentinos, en la época de Lorenzo el Magnífico, eran banqueros y negociantes, y fomentaban las artes. De haber sido mecánicos, ¡a buena hora iban a haber existido los Rafael, los Tiziano, los Veronese y los Leonardo! ¡Les habrían hecho la competencia con procedimientos mecánicos y hubieran muerto de hambre! ¡Ay, la máquina! ¡Es para salir corriendo ante los inventores y los inventos!

—Pero, Quinsonnas, al fin y al cabo tú eres músico, ¡tú trabajas! ¡Pasas las noches sentado frente a tu piano! ¡Niégate a interpretar la música moderna!

—¿Yo? ¡Qué dices! ¡La toco como cualquiera! ¡Mirad!, acabo de componer una pieza a la moda, y creo en su éxito si encuentro un editor.

—¿Y cómo la titulas?

—*La Thiloriana, gran fantasía sobre la licuefacción del ácido carbónico.*

—¡Cómo es posible! —Exclamó Michel.

—Escucha y juzga —respondió Quinsonnas.

Se sentó al piano, o más bien se lanzó sobre el piano. Bajo sus dedos, bajo sus manos, bajo sus codos, el desgraciado instrumento devolvió los sonidos más inverosímiles; las notas se atropellaban y crepitaban como la escarcha. ¡Ninguna melodía! ¡Ningún ritmo! El artista pretendía pintar el último experimento que costó la vida a Thilorier.

—¿Qué os parece? —exclamó—. ¿Os dais cuenta? ¿Lo comprendéis? ¡Estáis asistiendo al experimento de un gran químico! ¿Os sentís dentro del laboratorio? ¿Sentís cómo se desprende el ácido carbónico? ¡Tenemos una presión de cuatrocientas noventa y cinco atmósferas! ¡El cilindro se agita! ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡El aparato va a explotar! ¡Sálvese quien pueda!

Y con un puñetazo capaz de triturar el marfil, Quinsonnas reprodujo la explosión.

—¡Uf! —dijo—. ¿A que es imitativo? ¿A que es hermoso?

Michel permaneció estupefacto. Jacques no podía contener la risa.

—Y cuentas con esta pieza —dijo Michel.

—¡Que si cuento! —respondió Quinsonnas—. ¡Es de mi época! Todo el mundo es químico. Me comprenderán. Sólo que no basta con la idea, hay que interpretarla.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jacques.

—Pues eso, que con su interpretación pretendo asombrar a nuestro siglo.

—Me parece —repuso Michel— que tocas maravillosamente esta pieza.

—¡Venga, venga! —dijo el artista alzando los hombros—. ¡No conozco ni la primera nota y sin embargo llevo ya tres años estudiándola!

—¿Qué más quieres hacer?

—Éste es mi secreto, hijos míos; no me lo preguntéis; pensaríais que estoy loco y eso me desalentaría. Pero os puedo asegurar que el talento de los Liszt y de los Thalberg, de los Prudent y los Schulhoff será notablemente superado.

—¿Quieres hacer tres notas más que ellos al segundo? —preguntó Jacques.

—¡No! ¡Pero pretendo tocar el piano de una manera nueva que dejará maravillado al público! ¿Cómo? No os lo puedo decir. Una alusión, una indiscreción y me robarían la idea. El vil rebaño de imitadores se lanzaría tras mis huellas, y quiero ser el único. ¡Pero esto exige un trabajo sobrehumano! Cuando esté seguro de mí, habré hecho mi fortuna y diré adiós al oficio de tenedor de libros.

—Estás loco —observó Jacques.

—¡En absoluto! Sólo soy un insensato, ¡justo lo necesario para triunfar! Experimentemos emociones más dulces e intentemos revivir un poco aquel pasado encantador para el que habíamos nacido. Amigos míos, ¡he aquí la verdadera música!

Quinsonnas era un gran artista; tocaba con un sentimiento profundo, conocía todo lo que los siglos anteriores habían legado a este siglo que no aceptaba la herencia. Recorrió el arte desde su nacimiento, pasando rápidamente de un maestro a otro, y completaba con una voz bastante ruda pero simpática lo que faltaba a su interpretación. Desplegó ante sus maravillados amigos la historia de la música, desde Rameau a Lully, Mozart, Beethoven, Weber, los fundadores del arte, llorando con todas las dulces inspiraciones de Grétry y triunfando en las soberbias páginas de Rossini y de Meyerbeer.

—Escuchad —decía—, éstos son los cantos olvidados de Guillermo Tell, de Roberto, de *Los hugonotes*. ¡Ésta es la época amable de Hérold y de Aubert, dos sabios que se preciaban de no saber nada! ¿Qué hace aquí la ciencia de la música? ¿Tiene acceso a la pintura? ¡No! Pintura y música es una misma cosa. ¡Así es como entendían este gran arte durante la primera mitad del siglo diecinueve! No buscaban fórmulas nuevas; no hay nada nuevo que encontrar en música, como tampoco lo hay en el amor, ¡prerrogativa encantadora de las artes sensuales la de ser eternamente jóvenes!

—¡Muy bien dicho! —exclamó Jacques.

—Entonces—repuso el pianista— algunos ambiciosos sintieron la necesidad de lanzarse por caminos desconocidos y, al seguirlos, precipitaron la música al abismo.

—Es decir —concluyó Michel—, que para ti no cuenta ningún músico después de Meyerbeer y de Rossini.

—¡Claro que sí! —respondió Quinsonnas modulando atrevidamente de re natural en mi bemol—; no te hablo de Berlioz, el jefe de la escuela de los impotentes, cuyas ideas musicales transcurrieron entre envidiosos folletines; pero he aquí algunos herederos de los grandes maestros; escucha a Félicien David, un especialista que los sabios de nuestros días confunden con el rey David, primer arpista de los hebreos. Disfruta con recogimiento de las inspiraciones sencillas y auténticas de Massé, el último músico con sentimiento y corazón, que con su *Indiana* ha producido la obra maestra de su época. He aquí a Gounod, el espléndido compositor de *Fausto*, que murió poco después de haberse hecho ordenar sacerdote en la iglesia wagneriana. He aquí el hombre del ruido armónico, el héroe del estruendo musical, que compuso melodía zafia como zafia era la literatura que se hacía entonces, Verdi, el autor del inagotable *Trovatore*, que contribuyó singularmente por su parte a pervertir el gusto del

siglo.

*Enfin Wagnerbe vint...*¹⁴

En aquel momento Quinsonnas dejó que sus dedos —que el ritmo ya no reprimían— erraran en las incomprensibles ensoñaciones de la música contemplativa, procediendo por intervalos abruptos y perdiéndose en medio de su frase infinita.

El artista había hecho valer con incomparable talento las sucesivas gradaciones del arte; doscientos años de música acababan de desfilas bajo sus dedos, y sus amigos le escuchaban, mudos, maravillados.

De pronto, en medio de una fuerte lucubración de la escuela wagneriana, cuando el pensamiento desviado se perdía sin retorno, cuando los sonidos daban paso poco a poco a los ruidos cuyo valor musical ya no es apreciable, una cosa sencilla, melódica, de un carácter suave, de un sentimiento perfecto, se puso a cantar bajo las manos del pianista. Era la calma sucediendo a la tempestad, la nota del corazón tras los rugidos y los vagidos.

—¡Ah! —profirió Jacques.

—Amigos míos —explicó Quinsonnas—, ha existido todavía un gran artista desconocido en quien estaba contenido todo el genio de la música. Esto es de 1947 y es el último suspiro del arte expirando.

—¿Qué es? —preguntó Michel.

—Es de tu padre, ¡el que fue mi maestro adorado!

—¡Mi padre! —exclamó el joven casi llorando.

—Sí. Escucha.

Y Quinsonnas, reproduciendo unas melodías que Beethoven o Weber habrían firmado, se elevó hasta lo sublime de la interpretación.

—¡Mi padre! —repetía Michel.

—¡Sí! —respondió al punto Quinsonnas cerrando su piano con rabia—. Después de él, ¡nada! ¿Quién le comprendería ahora? ¡Ya es suficiente, hijos míos, ya es suficiente esta vuelta al pasado! ¡Pensemos en el presente, y que el industrialismo recupere su imperio!

Diciendo esto, puso la mano en el instrumento y el teclado desapareció dejando ver una cama completamente pertrechada con sus diferentes adminículos.

—¡Esto es lo que nuestra época era digna de inventar! —dijo—: ¡un piano-cama-cómoda-aseo!

—Y mesilla de noche —añadió Jacques.

—Tú lo has dicho, querido. ¡Muy completo!

CAPÍTULO IX

Una visita al tío Huguenin

Después de aquella memorable velada, los tres jóvenes se hicieron muy amigos; componían un mundo aparte en la vasta capital de Francia.

Michel pasaba sus días en el Libro Mayor; parecía resignado, aunque para ser feliz le faltaba ver a su tío Huguenin; con él se habría encontrado como en una verdadera familia, teniéndolo como padre y a sus dos amigos como hermanos mayores. Escribía a menudo al viejo bibliotecario, quien le respondía como mejor podía.

Cuatro meses transcurrieron así; en la oficina parecían contentos con Michel; su primo le despreciaba algo menos; Quinsonnas le elogiaba. El joven había encontrado su camino. Había nacido para dictar.

El invierno transcurrió más o menos bien, los caloríferos y las chimeneas de gas se encargaban de combatirlo con éxito.

Llegó la primavera. Michel consiguió un día entero libre, un domingo; decidió dedicarlo a su tío Huguenin.

Por la mañana, a las ocho, Michel salió de la casa de banca, feliz de poder respirar un poco de oxígeno lejos del centro de los negocios. Hacía un tiempo precioso. Abril resurgía y preparaba sus flores nuevas con las que los floristas luchaban ventajosamente; Michel se sentía vivir.

Su tío residía lejos; había tenido que trasladar sus penates donde no fuera demasiado caro albergarlos.

El joven Dufrénoy se dirigió a la estación de la Madeleine, tomó un billete y se encaramó al imperial; se dio la señal de partida; el tren subió por el bulevar Malesherbes, dejó en seguida a su derecha la maciza iglesia de Saint Augustin y, a su izquierda, el parque Monceaux, rodeado de construcciones magníficas; cruzó la primera y después la segunda red metropolitana y se detuvo cerca de las antiguas fortificaciones.

La primera parte del viaje estaba cumplida: Michel se apeó con presteza, siguió por la calle de Asnières hasta la calle de la Révolte, torció a la derecha, pasó bajo el ferrocarril de Versailles y llegó por fin al ángulo de la rue du Caillou.

Michel se encontró frente a una casa de modesta apariencia, alta y populosa; preguntó al portero por el señor Huguenin.

—En el noveno, la puerta de la derecha —respondió aquel personaje, importante empleado del gobierno, quien le nombraba directamente para aquel puesto de confianza.

Michel saludó, tomó asiento en el ascensorio y en pocos segundos llegó al rellano del noveno piso.

Llamó al timbre. El señor Huguenin le abrió personalmente.

—¡Tío! —exclamó Michel.

—¡Hijo mío! —respondió el viejo abriendo los brazos—. ¡Al fin tú por aquí!

—¡Sí, querido tío! ¡Mi primer día de libertad es para usted!

—Gracias, hijo mío —respondió el señor Huguenin haciendo entrar al joven en su apartamento—. ¡Cuánto me alegro de verte! Pero siéntate; ¡quítate el sombrero!, ¡ponte cómodo! ¿Te quedas, verdad?

—Todo el día, querido tío, si no le molesto.

—¡Cómo me vas a molestar, hijo mío, si te estaba esperando!

—¿Me estaba esperando? ¡Si no he tenido tiempo de avisarle! ¡Habría llegado antes que la carta!

—Te he esperado todos los domingos, Michel, tu cubierto estaba siempre preparado, como lo está ahora.

—¿Cómo es posible?

—Sabía que vendrías a ver a tu tío tarde o temprano. ¡La verdad es que ha sido más bien tarde!

—No estaba libre —se apresuró a responder Michel.

—Ya lo sé, querido hijo, y no te lo reprocho.

—¡Ah! ¡Qué feliz debe de ser usted aquí! —dijo Michel lanzando una mirada envidiosa a su alrededor.

—Estás examinando a mis viejos amigos, mis libros —respondió el tío Huguenin—; ¡está bien!, ¡está bien!, pero empecemos con el almuerzo; después hablaremos de todo eso, aunque me haya jurado no hablarte de literatura.

—¡Pero, tío! —profirió Michel con un tono suplicante.

—¡Veamos! ¡No se trata de eso! ¡Dime qué haces, cuál es tu situación en esa casa de banca! ¿Tus ideas siguen siendo...?

—Las mismas, querido tío.

—¡Diantre! ¡Pues entonces a comer! ¡Pero ahora caigo que todavía no te he dado un beso!

—¡Claro que sí, tío, claro que sí!

—¡Pues dame otro, sobrino! No puede hacerme daño, todavía no he comido; además, eso me abrirá el apetito.

Michel besó a su tío con mucho afecto y ambos se sentaron a la mesa para

comer.

Sin embargo, el joven miraba sin cesar a su alrededor, pues había materia para despertar su curiosidad de poeta.

El pequeño salón, que con el dormitorio formaba todo el apartamento, estaba tapizado de libros; los muros desaparecían detrás de los estantes; las viejas encuadernaciones ofrecían a la mirada su bonito color oscurecido por el tiempo. Los libros, demasiado apretujados, invadían la habitación vecina, deslizándose por encima de las puertas y en los alféizares de las ventanas; había libros encima de los muebles, en la chimenea e incluso en el fondo de los armarios entreabiertos; esos preciosos volúmenes no se parecían en nada a aquellos libros de los ricos, alojados en unas bibliotecas tan opulentas como inútiles; parecían estar en su casa, ser los dueños de la morada y encontrarse muy a gusto, aunque apilados; por otra parte, ni una mota de polvo, ni una arruga, ni una mancha en las cubiertas; se veía que una mano amiga se ocupaba todos los días de su aseo.

Dos viejas butacas y una antigua mesa de la época del Imperio, con sus esfinges doradas y sus fascas romanas, componían el mobiliario del salón.

La casa daba a mediodía, aunque los elevados muros de un patio impedían que el sol penetrara en ella; sólo una vez al año, durante el solsticio, el 21 de junio, si hacía buen tiempo, el rayo más alto del radiante astro rozaba el tejado vecino, se deslizaba rápidamente por la ventana, se posaba como un pájaro en el ángulo de un estante o en el dorso de un libro, temblaba durante unos instantes y coloreaba con su proyección luminosa los pequeños átomos de polvo; luego, al cabo de un minuto, emprendía nuevamente el vuelo y desaparecía hasta el año siguiente.

El tío Huguenin conocía ese rayo, siempre el mismo; lo acechaba con el corazón palpitante, con la atención de un astrónomo; se bañaba en su bienhechora luz, a su paso ponía a punto su viejo reloj y agradecía al sol que no le hubiera olvidado.

Era su cañón del Palais Royal particular, pero sólo se disparaba una vez al año, y no siempre.

El tío Huguenin no olvidó invitar a Michel a aquella visita solemne del 21 de junio y Michel prometió no faltar a la fiesta.

El almuerzo era modesto pero lleno de buena voluntad.

—Hoy es mi día de gala —dijo el tío—; hoy recibo. A propósito, ¿sabes con quién vas a cenar esta noche?

—No, tío.

—Con tu profesor Richelot y su nieta, la señorita Lucy.

—A fe mía, tío, que veré a ese digno caballero con verdadero placer.

—¿Y a la señorita Lucy?

—No la conozco.

—Pues bien, sobrino, la vas a conocer, ¡y te advierto que es encantadora, y no lo sabe! Así que no vayas a decírselo —añadió el tío Huguenin riendo.

—Me guardaré mucho —respondió Michel.

—Después de la cena, si te parece bien, iremos los cuatro a dar un buen paseo.

—¡Eso es, tío! ¡Así nuestra jornada será completa!

—Pero, Michel, ¿no comes ni bebes más?

—Claro que sí, tío —respondió Michel, que reventaba—; a su salud.

—Brindo porque vuelvas, querido hijo; porque cuando te vas siempre me parece que es para emprender un largo viaje. ¡Anda, cuéntame algo! ¿Cómo te planteas la vida? Venga, es la hora de las confidencias.

—Con mucho gusto, tío.

Michel contó extensamente los pormenores de su existencia, sus problemas, su desesperación, la máquina de calcular, sin omitir la aventura de la caja perfeccionada, y, por último, los días felices pasados en lo alto del Libro Mayor.

—Es ahí donde he encontrado a mi mejor amigo —dijo.

—¡Así que tienes amigos! —respondió el tío Huguenin frunciendo las cejas.

—Tengo dos —replicó Michel.

—Son muchos si te engañan —respondió sentenciosamente el buen hombre —, y suficientes si te quieren.

—¡Ah, tío! —exclamó Michel con animación—, ¡son artistas!

—¡Claro! —respondió el tío Huguenin bajando la cabeza—, es una garantía, ya lo sé; la estadística de las cárceles y las prisiones arroja sacerdotes, abogados, hombres de negocios, agentes de cambio, banqueros, notarios y ni un solo artista, pero...

—¡Los conocerá, tío, y verá como son unas excelentes personas!

—Con mucho gusto —respondió el tío Huguenin—; ¡me gusta la juventud, siempre que sea joven! ¡Los viejos prematuros me han parecido siempre unos hipócritas!

—¡Puedo responderle de estos dos!

—Entonces, Michel, por la gente con la que alternas, veo que tus ideas no han cambiado.

—Al contrario —dijo el muchacho.

—Te empecinas en el pecado.

—Sí, tío.

—Entonces, desgraciado, ¡confiesa tus últimas faltas!

—¡Con sumo placer, tío!

Y el muchacho, con verdadera inspiración, recitó unos versos bellísimos, bien organizados, bien dichos, y llenos de verdadera poesía.

—¡Bravo! —exclamó el tío Huguenin, maravillado—. ¡Bravo, hijo mío! ¡Todavía se hacen cosas así! ¡Tu lenguaje es el de los hermosos días pasados! ¡Ah, hijo mío! ¡Cuánta alegría y cuánta pena me causas al mismo tiempo!

El viejo y el joven permanecieron silenciosos durante algunos instantes.

—¡Basta, basta! —dijo el tío Huguenin—. ¡Quitemos esta mesa que nos está molestando!

Michel ayudó a su tío y el comedor volvió a ser inmediatamente la biblioteca.

—¿Y ahora, tío? —preguntó Michel.

CAPÍTULO X

Gran revista que el tío Huguenin pasó a los autores franceses el domingo 15 de abril de 1961

—Ahora nuestro postre —dijo el tío Huguenin, mostrando los estantes repletos de libros.

—Esto me despierta nuevamente el apetito —respondió Michel—; devoremos.

Tío y sobrino, tan joven el uno como el otro, se pusieron a fisgonear en veinte sitios distintos; pero el señor Huguenin no tardó en poner un poco de orden en aquel pillaje.

—Ven por este lado —dijo a Michel— y empecemos por el principio; hoy no se trata de leer, sino de mirar y de hablar. Más que una batalla es una revista; imagínate a Napoleón en el patio de las Tullerías y no en el campo de Austerlitz. Pon tus manos detrás de la espalda. Vamos a pasar entre las filas.

—Le sigo, tío.

—Hijo, recuerda que ante tus ojos va a desfilar el mejor ejército del mundo; no hay nación que pueda ofrecerte uno igual, ni que haya obtenido más esplendorosas victorias contra la barbarie.

—El Gran Ejército de las Letras.

—Mira, sobre el primer estante, acorazados en sus excelentes encuadernaciones, nuestros viejos gruñones del siglo dieciséis, Amyot, Ronsard, Rabelais, Montaigne, Mathurin, Régnier; están firmes en su puesto y todavía se encuentra su influencia original en esta hermosa lengua francesa que fundaron. Pero, todo hay que decirlo, se pelearon más por la idea que por la forma. Aquí, cerca de ellos, hay un general que ha demostrado su bravura; sobre todo, en su época perfeccionó las armas.

—Malherbe —dijo Michel.

—El mismo. Como dice en algún sitio, los mozos de carga del Port-au-foin fueron sus maestros; fue allí a recoger sus metáforas, sus expresiones eminentemente galas; las rascó, las bruñó y las convirtió en la hermosa lengua que tan bien hablaron durante el siglo diecisiete, dieciocho y diecinueve.

—¡Ah! —dijo Michel señalando un volumen único de aspecto rudo y orgulloso—, ¡éste es un gran capitán!

—Sí, hijo, como Alejandro, César o Napoleón; este último lo hubiera hecho príncipe. El viejo Corneille, un hombre de guerra que se ha multiplicado singularmente, porque sus ediciones clásicas son innumerables; ésta es la quincuagésima primera y última de sus obras completas; es de 1873, y desde entonces nunca más se ha vuelto a reeditar a Corneille.

—¡Debe de haberle costado trabajo conseguir estas obras!

—¡Al contrario! ¡Todo el mundo quiere deshacerse de ellas! Mira, ésta es la cuadragésimo novena edición de las obras completas de Racine, la centésima quinta de Molière, la cuadragésima de Pascal, la ducentésima tercera de La Fontaine; en una palabra, ¡las últimas tienen más de cien años y hacen las delicias de los bibliófilos! Estos grandes genios están fuera de juego y han sido relegados al rango de antiguallas arqueológicas.

—En realidad —respondió el joven—, hablan un lenguaje que ya no se comprendería en nuestros días.

—¡Es verdad, muchacho! La hermosa lengua francesa está perdida; esta lengua que ilustres extranjeros, como Leibniz, Federico el Grande, Ancillon, Humboldt, Heine, escogieron para que fuera intérprete de sus ideas, este maravilloso lenguaje en el que Goethe lamentaba no haber escrito, este idioma elegante que estuvo a punto de convertirse en griego o latín en el siglo quince, en italiano con Catalina de Médicis y en gascón bajo Enrique IV, es ahora una espantosa jerga. Cada cual, olvidando que es mejor que la lengua sea holgada que rica, ha creado su palabra para nombrar su cosa. Los sabios en botánica, en historia natural, en física, en química, en matemáticas, han compuesto espantosas mezclas de palabras, los inventores han sacado del vocabulario inglés sus más desagradables apelativos; los chalanes para sus cabedlos, los jockeys para sus carreras, los vendedores de automóviles para sus vehículos, los filósofos para su filosofía, han encontrado la lengua francesa demasiado pobre y se han lanzado sobre el extranjero. Pues bien, ¡tanto mejor! ¡Que la olviden! ¡Es todavía más bella en su pobreza y no ha querido hacerse rica prostituyéndose! Nuestra lengua, hijo mío, la de Malherbe, la de Molière, Bossuet, Voltaire, Nodier, Victor Hugo, es una jovencita bien educada y puedes enamorarte de ella sin temor porque los bárbaros del siglo veinte no han conseguido convertirla en una cortesana.

—¡Eso es hablar bien, tío, y comprendo la encantadora manía del profesor Richelot, quien por desprecio hacia la jergonza actual ya no habla más que latín afrancesado! Se ríen de él, pero tiene razón. Mas, dígame, tío, ¿el francés no se convirtió en la lengua diplomática?

—¡Sí! ¡Para su castigo! ¡En el congreso de Nimega, en 1678! Sus cualidades de franqueza y claridad hicieron que fuera escogida por la diplomacia, que es la ciencia de la duplicidad, del equívoco y de la mentira, de manera que nuestra lengua poco a poco se ha alterado y perdido. Ya verás cómo estaremos obligados a cambiarla algún día.

—¡Pobre francés! —dijo Michel—. ¡Veo aquí a Bossuet, Fénélon, Saint-Simon, que apenas lo reconocerían!

—Sí, ¡su criatura se ha malogrado! Eso pasa por frecuentar a sabios, industriales, diplomáticos y gente de mal vivir. ¡Se disipa uno, se pervierte! ¡Si un diccionario de 1960 quiere contener todos los términos en uso, abulta el doble que un diccionario de 1800! ¡Imagínate lo que puede uno encontrarse! Pero volvamos a nuestra revista, no hay que mantener demasiado tiempo a nuestros soldados bajo el peso de las armas.

—Ahí veo una fila de hermosos volúmenes.

—Hermosos y buenos algunas veces —respondió el tío Huguenin—. Es la cuadricentésima vigésima octava edición de las obras sueltas de Voltaire: espíritu universal, el segundo en todos los géneros, según el señor Joseph Prudhomme. En 1978, dijo Stendhal, Voltaire será Voiture y los semitontos acabarán por convertirle en su Dios. ¡Afortunadamente Stendhal había contado demasiado con en las generaciones futuras! ¿Semitontos? ¡Ya sólo hay tontos del todo, y Voltaire no es más adorado que cualquier otro! Para seguir con nuestra metáfora, para mí Voltaire no era más que un general de gabinete. Sólo se peleaba en su habitación y estaba demasiado satisfecho de sí mismo. Su ironía, arma poco peligrosa en suma, fallaba algunas veces y la gente a la que mató ha vivido más que él.

—Pero, tío, ¿no era un gran escritor?

—Por supuesto, sobrino, era la encarnación de la lengua francesa, la manejaba con elegancia, con ingenio, como antaño los maestros de armas de los regimientos que apuntaban a la pared en la sala de armas. Sobre el terreno, venía un recluta torpe y mataba al maestro al primer golpe, en el despliegue. Para decirlo todo, y esto es asombroso referido a un hombre que escribía tan bien en francés, Voltaire no era verdaderamente valiente.

—Lo creo —dijo Michel.

—Pasemos a otros —respondió el tío dirigiéndose con aspecto sombrío y severo hacia una nueva línea de soldados.

—Éstos son los autores de fines del siglo dieciocho —dijo el joven.

—¡Sí, Jean-Jacques Rousseau, que ha dicho las cosas más bonitas sobre el Evangelio, como Robespierre ha escrito los pensamientos más notables sobre la inmortalidad del alma! ¡Un verdadero general de la república, en chanclos, sin

galones y sin ropajes bordados! ¡No por ello ha dejado de conseguir gloriosas victorias! Mira, junto a él está Beaumarchais, un tirador de vanguardia; inició muy oportunamente la gran batalla del 89 que la civilización ganó sobre la barbarie. Desgraciadamente, después se abusó un poco y ese diablo de progreso nos ha llevado a todos adonde estamos.

—Tal vez se acabe haciendo una revolución contra él —dijo Michel.

—Es posible —respondió el tío Huguenin—, y no dejará de ser divertido. Pero no nos entreguemos a divagaciones filosóficas y sigamos pasando entre las filas. Mira, un fastuoso jefe del ejército que empleó cuarenta años de su existencia en hablar de su modestia: Chateaubriand, a quien sus *Memorias de ultratumba* no han podido salvar del olvido.

—Veo junto a él a Bernardin de Saint-Pierre —dijo Michel—; su entemecedora novela *Pablo y Virginia* ya no conmovería a nadie.

—¡Por desgracia! —repuso el tío Huguenin—. Pablo sería hoy banquero y trafficaría con esclavos y Virginia se casaría con el hijo de un fabricante de muelles para locomotoras. ¡Mira! Éstas son las famosas memorias del señor de Talleyrand, publicadas según sus órdenes treinta años después de su muerte. Estoy seguro de que ese hombre sigue practicando la diplomacia ahí donde esté, pero el diablo no se dejará engañar. Veo aquí a un oficial que manejaba por igual la pluma y el sable, un gran helenista que escribía en francés como un contemporáneo de Tácito, Paul-Louis Courier; Michel, cuando nuestra lengua se haya perdido estará contenida por entero en las obras de este garrido escritor. Éste es Nodier, llamado el amable, y éste Béranger, un gran estadista que hacía canciones en sus ratos perdidos. Por fin llegamos a esa brillante generación, escapada de la Restauración como quien escapa del seminario, que armó mucho alboroto en las calles.

—Lamartine —dijo el joven—, ¡qué gran poeta!

—Uno de los jefes de la literatura de imágenes, ¡estatua de Memnón que sonaba tan bien ante los rayos de sol! ¡Pobre Lamartine, después de haber prodigado su fortuna en las causas más nobles y tocado el arpa del pobre en las calles de una ciudad ingrata, prodigó su talento a sus acreedores, liberó a Saint-Point de la corrosiva llaga de las hipotecas, y murió de dolor al ver la tierra de su familia, en la que reposaban los suyos, expropiada por una compañía de ferrocarriles!

—Pobre poeta —respondió el muchacho.

—Junto a su lira —continuó el tío Huguenin— observarás la guitarra de Alfred de Musset; ya nadie la toca, y hay que ser un viejo aficionado como yo para solazarse con las vibraciones de sus flexibles cuerdas. Estamos con la música de nuestro ejército.

—¡Ah, Victor Hugo! —exclamó Michel—. ¡Tío, espero que lo incluya entre nuestros grandes capitanes!

—¡Lo pongo en primera fila, querido hijo, agitando en el puente de Arcóle la bandera del romanticismo, él, el vencedor de las batallas de Hernani, de Ruy Blas, de los Burgraves, de Marión! Como Bonaparte, ya era general en jefe a los veinticinco años y vencía a los clásicos austríacos en todos los encuentros. Hijo mío, nunca el pensamiento humano se ha combinado de manera tan vigorosa como en el cerebro de este hombre, un crisol capaz de aguantar las más elevadas temperaturas. No conozco nada que esté por encima de él, ni en la antigüedad ni en los tiempos modernos, por la virulencia y la riqueza de la imaginación; Victor Hugo es la más alta personificación de la primera mitad del siglo diecinueve, y el jefe de una escuela que nunca tendrá igual. Sus obras completas han conocido setenta y cinco ediciones, y ésta es la última; ¡ha sido olvidado como los demás, puesto que no mató la suficiente gente como para que lo recuerden!

—¡Tío, si tiene usted los veinte volúmenes de Balzac! —dijo Michel subiéndose a un escabel.

—¡En efecto! Balzac es el primer novelista del mundo, y algunos de sus tipos han sobrevivido incluso a los de Molière. ¡En nuestra época no hubiera sido capaz de escribir *La comedia humana*!

—No obstante —replicó Michel—, pintaba unas costumbres bastante malas, y muchos de sus héroes son tan auténticos que no harían mal papel entre nosotros.

—No cabe duda —respondió el señor Huguenin—, pero ¿de dónde sacaría a los de Marsay, Granville, Chesnel, Mirouet, Du Guénic, Montriveau, los caballeros de Valois, La Chanterie, Maufrigneuse, Eugénie Grandet, Pierrette, encantadores modelos de nobleza, de inteligencia, de valentía, de caridad, de candor?, ¡porque no los inventaba sino que los copiaba! Posaría mucha gente rapaz, es cierto, muchos financieros, protegidos por la ley, muchos ladrones amnistiados, y no le faltarían los Crevel, los Nucingen, los Vautrin, los Corentin, los Hulot, los Gobseck.

—Me parece —dijo Michel pasando a otros estantes— que aquí hay un autor muy considerable.

—¡Ya lo creo! ¡Es Alejandro Dumas, el Murat de la literatura, interrumpido por la muerte en su volumen número mil novecientos noventa y tres! Fue el contador de cuentos más divertido, a quien la pródiga naturaleza permitió abusar de todo sin dañarle: de su talento, de su inteligencia, de su inspiración, de su entusiasmo, de su fuerza física cuando tomó el polvorín de Soissons, de su nacimiento, de su color, de Francia, de España, de Italia, de las orillas del Rin, de Suiza, de Argelia, del Cáucaso, del monte Sinaí, y sobre todo de Nápoles cuya

entrada forzó sobre su *Spéronare*. ¡Qué asombrosa personalidad! Se piensa que habría llegado a escribir cuatro mil volúmenes si no se hubiera envenenado en la flor de la edad, con un plato que acababa de inventar.

—Qué fastidio —dijo Michel—, ¿y ese horrible accidente no produjo más víctimas?

—Desgraciadamente, sí, entre otros Jules Janin, un crítico de la época que componía versos latinos en los diarios. Fue durante una cena de reconciliación que le daba Alejandro Dumas. Con ellos también murió un escritor más joven, Monselet, de quien nos queda una obra maestra, desgraciadamente inacabada, el *Diccionario de los Gourmets*, en cuarenta y cinco volúmenes, en el que sólo llegó a la F, *farce*¹⁵.

—¡Diantre! —dijo Michel—, la cosa prometía.

—Éstos son Frédéric Soulié, un valiente soldado, excelente para un golpe de mano y capaz de conquistar una posición desesperada; Gozlan, un capitán de los húsares; Mérimée, un general de antecámara; Sainte-Beuve, un subintendente militar, director de la Manutención; Arago, un sabio oficial de ingenieros que ha sabido hacerse perdonar su ciencia. Mira, Michel, las obras de George Sand, un maravilloso genio, uno de los mayores escritores de Francia, condecorado por fin en 1859 y que hizo que su hijo llevara su cruz.

—¿Y estos libros tan enfurruñados? —preguntó Michel señalando una larga sucesión de volúmenes escondidos en la cornisa.

—Pasa de prisa, muchacho; es el pelotón de los filósofos, los Cousin, Pierre Leroux, Dumoulin y tantos otros; pero como la filosofía es una cuestión de modas, no es asombroso que ya no se los lea.

—¿Y éste quién es?

—Renan, un arqueólogo que causó mucho alboroto; intentó aplastar la divinidad de Cristo y murió fulminado en 1873.

—¿Y este otro? —preguntó Michel.

—Éste es un periodista, un publicista, un economista, un ubicuo, un general de artillería más ruidoso que rutilante llamado Girardin.

—¿No era ateo?

—En absoluto; creía en él. ¡Mira aquí al lado! Se trata de un atrevido personaje, un hombre que habría inventado la lengua si hubiera sido preciso, y sería hoy un clásico si todavía se dieran clases, Louis Veuillot, el más vigoroso campeón de la Iglesia romana, que murió excomulgado para su gran asombro. Este otro es Guizot, un historiador austero que en sus horas de ocio se entretenía en comprometer el trono de los Orleans. ¿Ves esa enorme compilación? Es la única *auténtica y muy verídica historia de la Revolución y del Imperio*, publicada en 1895, por orden del gobierno, para poner fin a las incertidumbres

que reinaban sobre esta parte de nuestra historia. Para esta obra se utilizaron las crónicas de Thiers.

—¡Ah! —dijo Michel—, estos muchachos me parecen jóvenes y ardientes.

—Tienes razón; ¡es la caballería ligera de 1860, brillantes, intrépidos, bullangueros, se saltaban los prejuicios como si fueran barreras, vencían las convenciones como si fueran obstáculos, caían, se volvían a levantar y corrían aún más de prisa, rompiéndose la cabeza y encontrándose mejor que nunca! He aquí la obra maestra de la época, *Madame Bovary, la bêtise humaine*, de un tal Noriac, tema inmenso que no pudo tratar por completo; aquí están Assolant, Aurevilly, Baudelaire, Paradol, Scholl, bravos muchachos a los que había que hacer caso, se quisiera o no, porque disparaban a las piernas...

—Con pólvora solamente —dijo Michel.

—Con pólvora y con sal, y escocía. Mira, éste es un muchacho que no carecía de talento, un verdadero guerrero.

—¿About?

—¡Sí! Se jactaba o, mejor dicho, le jactaban de ser un nuevo Voltaire, y con el tiempo le hubiera llegado al tobillo; desgraciadamente, en 1869, cuando terminaba sus visitas de Academia, fue muerto en duelo por un crítico enfurecido, el famoso Sarcey.

—De no haberse producido tal desgracia, ¿habría llegado lejos? —preguntó Michel.

—No demasiado —respondió el tío—. Éstos son, hijo mío, los principales jefes de nuestro ejército literario: allá, las últimas filas de los soldados oscuros cuyos nombres asombran a los lectores de los viejos catálogos; prosigue tu inspección, diviértete; hay ahí cinco o seis siglos que no piden nada mejor que dejarse hojear.

Así transcurrió aquella jornada en la que Michel desdeñó a los desconocidos para volver a los nombres ilustres, aunque pasando por curiosos contrastes, cayendo sobre Gautier cuyo tornasolado estilo había envejecido un poco, o Feydeau, el licencioso continuador de Louvet y Lacios, pasando de un Champfleury a un Jean Macé, el más ingenioso vulgarizador de la ciencia. Sus ojos iban de un Méry que producía frases ingeniosas como un zapatero botas —por encargo—, a un Banville, a quien el tío Huguenin trataba irrespetuosamente de malabarista de las palabras; Michel encontraba a veces un Stahl, cuidadosamente editado por la casa Hetzel, un Karr, delicado moralista, que sin embargo no tenía la delicadeza de permitirse volar, [caía]¹⁶ sobre un Houssaye que, habiendo servido antaño en el hotel de Rambouillet, conservaba su ridículo estilo y su amaneramiento, sobre un Saint-Victor todavía flamante después de cien años de existencia.

Luego volvió al punto de partida; tomó algunos de esos libros tan queridos, los abrió, leyó una frase de uno, una página de otro, de éste sólo retuvo los títulos de los capítulos y de aquél sólo los títulos; respiró ese aroma literario que le subía al cerebro como una cálida emanación de los siglos transcurridos, estrechó las manos a todos aquellos amigos del pasado que él habría conocido y amado si hubiera tenido la feliz ocurrencia de haber nacido antes.

El tío Huguenin le miraba y viéndole se sentía rejuvenecer.

—Y bien, ¿en qué piensas? —le preguntó cuando le notó inmóvil y soñador.

—¡Pienso que esta pequeña habitación encierra lo suficiente para hacer feliz a un hombre durante toda su vida!

—¡Si sabe leer!

—Por supuesto —dijo Michel.

—Sí —repuso el tío—, pero con una condición.

—¿Cuál?

—¡Que no sepa escribir!

—¿Y eso por qué, tío?

—¡Porque entonces, hijo mío, tal vez estaría tentado de caminar tras las huellas de esos grandes escritores!

—¿Qué tendría de malo? —preguntó el joven con entusiasmo.

—Estaría perdido.

—¡Pero tío! —exclamó Michel—, ¿me va a dar una lección de moral?

—¡No! Si alguien merece una lección aquí, soy yo.

—¡Usted! ¿Por qué?

—¡Por haber alimentado tus locas ideas! Te he hecho entrever la Tierra prometida, mi pobre niño, y...

—¡Y me dejará entrar en ella, tío!

—Sí, si me juras una cosa.

—¿Cuál?

—Que sólo te pasearás por ella. ¡No quiero que desbroces ese suelo ingrato! Recuerda lo que eres, adónde tienes que llegar, lo que yo mismo soy, y la época en la que ambos vivimos.

Michel no respondió, estrechó la mano de su tío; éste iba sin duda a iniciar su retahíla de grandes argumentos cuando sonó el timbre de la puerta. El señor Huguenin fue a abrir.

CAPÍTULO XI

Un paseo por el puerto de Grenelle

Era el señor Richelot en persona. Michel se echó en los brazos de su viejo profesor; un poco más y también lo hace en los que la señorita Lucy tendía al tío Huguenin; afortunadamente este último se encontraba en el lugar de acogida y previno ese delicioso encuentro.

—¡Michel! —exclamó el señor Richelot.

—En persona —respondió el señor Huguenin.

—¡Ah! —dijo el profesor—, vaya una jocunda sorpresa y una velada que se anuncia jubilosa.

—*Dies albo notanda lapillo*¹⁷ —replicó el señor Huguenin.

—Según nuestro querido Flaco —respondió el señor Richelot.

—Señorita —balbució el joven saludando a la joven.

—Señor —respondió Lucy, con una reverencia no demasiado torpe.

—*Candore notabilis albo*¹⁸ —murmuró Michel, con gran alegría de su profesor, que perdonó este cumplido en una lengua extranjera.

Por otra parte, el joven no se había equivocado; todo el encanto de la muchacha se encontraba pintado en aquel delicioso hemistiquio de Ovidio. ¡Notable por su cándida blancura! La señorita Lucy tenía quince años, y era encantadora con sus largos cabellos rubios cayéndole sobre los hombros, según la moda de la época, fresca y recién hecha, si esta expresión puede transmitir lo que había en ella de nuevo, de puro, de apenas abierto; sus ojos llenos de ingenuas miradas y profundamente azules, su coqueta nariz de pequeñas aletas transparentes, su boca húmeda de rocío, la gracia un poco indolente de su cuello, sus manos frescas y ágiles, elegante contorno de su talle, encantaban al joven y le dejaban mudo de admiración. Aquella muchacha era la poesía viviente; Michel la sentía más que la veía; había llegado a su corazón antes que a sus ojos.

Tal éxtasis amenazaba con prolongarse indefinidamente; el tío Huguenin se dio cuenta, hizo sentarse a sus visitantes, resguardó un poco a la joven de los dardos del poeta y habló nuevamente:

—Amigos míos —dijo—, la cena no tardará en llegar; charlemos mientras tanto. Richelot, hace ya un mes largo que no nos vemos. ¿Cómo van las humanidades?

—Las humanidades se van —respondió el viejo profesor—. ¡Ya sólo quedan tres alumnos en mi clase de retórica! ¡Es una torpe decadencia! Así que nos van a echar, y harán bien.

—¡Echarle a usted! —exclamó Michel.

—¿Es eso cierto? —dijo el tío Huguenin.

—Muy cierto —respondió el señor Richelot—; corre el rumor de que, en virtud de una decisión adoptada en la asamblea general de accionistas, van a suprimir las cátedras de letras para el ejercicio de 1962.

«¿Cómo se las van a arreglar?», pensó Michel mirando a la muchacha.

—No puedo creer una cosa así —dijo el tío frunciendo las cejas—; no se atreverán.

—Se atreverán —respondió el señor Richelot—, ¡y será lo mejor que puedan hacer! ¡A quién le importa el griego y el latín, que como mucho sólo sirven para proporcionar algunas raíces a las palabras de la ciencia moderna! Los alumnos ya no comprenden esas maravillosas lenguas y cuando veo a esos jóvenes tan estúpidos siento una mezcla de desesperación y de asco.

—¡Cómo es posible! —dijo el joven Dufrénoy—. ¡Su clase reducida a tres alumnos!

—Tres que aún sobran —respondió el viejo profesor con rabia.

—Y por si fuera poco —dijo el tío Huguenin—, son malos alumnos.

—Unos desastres de primera categoría —replicó el señor Richelot—. ¿Creerán ustedes que uno de ellos me ha traducido recientemente *jus divinum* por «jugo divino»?

—¡Jugo divino! —exclamó el tío—. ¡Es un borracho en germen!

—¡Y ayer! ¡Ayer mismo! *Horresco referens*¹⁹, adivinen si se atreven cómo ha traducido otro este verso del canto cuarto de las *Geórgicas*: *immanis pecoris* *cusios*²⁰...

—Creo saberlo —respondió Michel.

—Me sonrojo hasta las orejas —dijo el señor Richelot.

—Veamos, dígame —replicó el tío Huguenin—, ¿cómo han traducido este pasaje en el año de gracia de 1961?

—«Guardián de una espantosa pécora» —respondió el viejo profesor tapándose el rostro.

El tío Huguenin no pudo reprimir una enorme carcajada; Lucy volvió la cabeza sonriendo; Michel la miraba con tristeza; el señor Richelot no sabía dónde esconderse.

—¡Ay, Virgilio! —exclamó el tío Huguenin—, ¿te lo hubieras imaginado?

—Ya veis, amigos míos —repuso el profesor—. ¡Es mejor no traducir nada

que traducir así! ¡Y no digamos en retórica! ¡Que nos eliminen, harán bien!

—¿Que haría usted entonces?

—Esto, hijo mío, es otro asunto; no ha llegado aún el momento de resolverlo; estamos aquí para divertirnos...

—Pues bien, cenemos —repuso el tío.

Durante los preparativos de la cena, Michel mantuvo una conversación deliciosamente trivial con la señorita Lucy, llena de esos encantadores absurdos bajo los cuales a veces se trasluce el pensamiento verdadero; a los dieciséis años, la señorita Lucy tenía derecho a ser mucho mayor que Michel a los diecinueve; pero no abusaba de ello. Sin embargo, las preocupaciones del porvenir oscurecían su frente tan pura y la ponían seria. Lucy miraba con inquietud a su abuelo, en quien se resumía toda su vida. Michel sorprendió una de esas miradas.

—Quiere usted mucho al señor Richelot —dijo Michel.

—Mucho, sí, señor —respondió Lucy.

—Yo también, señorita —añadió el joven.

Lucy se sonrojó un poco al ver que su afecto y el de Michel coincidían en un amigo común; era casi una mezcla de sus más íntimos sentimientos con los sentimientos de otro. Michel lo notaba y ya no se atrevía a mirarla.

Pero el tío Huguenin interrumpió esta conversación privada con un sonoro «¡A la mesa!». El restaurador vecino les había servido una excelente cena encargada para la ocasión. Se sentaron ante el festín.

Para empezar, los convidados dieron cuenta de un caldo y un excelente guiso de caballo, carne muy estimada hasta el siglo XVIII y rehabilitada durante el siglo XX; luego vino una gran pierna de cordero, preparada con azúcar y salitre según un método nuevo para conservar la carne que le aportaba exquisitas calidades de gusto; algunas verduras originarias de Ecuador y aclimatadas en Francia, el buen humor y el entusiasmo del tío Huguenin, la gracia de Lucy, que servía a todo el mundo, las disposiciones sentimentales de Michel, todo contribuyó a que esa comida familiar resultara encantadora. Por mucho que insistieran en prolongarla, acabó demasiado pronto y el corazón debió ceder a las satisfacciones del estómago.

Se levantaron de la mesa.

—Ahora se trata de terminar dignamente este hermoso día —dijo el tío Huguenin.

—Vamos a dar un paseo —exclamó Michel.

—Eso —respondió Lucy.

—¿Pero a dónde? —preguntó el tío.

—Al puerto de Grenelle —dijo el muchacho.

—Perfecto. ¡Precisamente acaba de llegar el *Leviatán IV* y así podremos

admirar esa maravilla!

El pequeño grupo bajó a la calle, Michel ofreció su brazo a la joven y se dirigieron al ferrocarril de circunvalación.

El famoso proyecto de París puerto de mar se había realizado por fin; durante mucho tiempo nadie quiso creerlo; eran muchos los que visitaban los trabajos del canal, se mofaban en voz alta y presuponían su inutilidad. Pero, desde hacía unos diez años, los incrédulos tuvieron que rendirse a la evidencia.

La capital amenazaba con convertirse en algo así como un Liverpool en el corazón de Francia; había una larga sucesión de diques flotantes excavados en las vastas llanuras de Grenelle y de Issy que podían contener un millar de buques del más alto tonelaje. En este trabajo hercúleo la industria parecía haber alcanzado los límites de lo posible.

Ya durante los siglos anteriores, con Luis XIV, con Luis-Felipe, se había pensado en abrir un canal desde París hasta el mar. En 1863 se autorizó a una compañía para que, a sus expensas, hiciera estudios en las zonas de Creil, Beauvais y Dieppe; pero se necesitaban numerosas esclusas para salvar las pendientes y numerosos cursos de agua para alimentarlas; además, no tardó en considerarse que el Oise y el Béthune, los únicos ríos disponibles en este trazado, eran insuficientes, y la compañía abandonó los trabajos.

Sesenta y cinco años después, el Estado recuperó esta idea, según un sistema ya propuesto durante el siglo pasado y que había sido rechazado por su simplicidad y su lógica; se trataba de utilizar el Sena, arteria natural entre París y el océano.

En menos de quince años, un ingeniero civil llamado Montanet excavó un canal que salía de la llanura de Grenelle y desembocaba ligeramente por debajo de Ruán; medía 140 kilómetros de largo, 70 metros de ancho y 20 metros de profundidad; esto suponía un lecho con una capacidad de unos 190 millones de metros cúbicos; no existía el peligro de que este canal se secara porque los cincuenta mil litros de agua que el Sena suministra por segundo bastaban ampliamente para alimentarlo. Los trabajos realizados en el lecho bajo del río habían preparado al canal para los barcos de mayor calado, y desde Le Havre a París la navegación no ofrecía ninguna dificultad.

Existía entonces en Francia, de acuerdo con el proyecto Dupeyrat, una red de ferrocarriles en los caminos de arrastre de todos los canales. Potentes locomotoras, que circulaban sobre unos carriles dispuestos a cada lado remolcaban holgadamente las chalanas y los barcos de transporte.

Este sistema fue aplicado sobre el canal de Ruán y es fácil comprender la rapidez con la que los buques mercantes y los barcos del Estado llegaron río arriba hasta París.

El nuevo puerto había sido construido magníficamente, y el tío Huguenin y sus huéspedes pronto paseaban por los muelles de granito rodeados de una multitud.

Había dieciocho dársenas, de las cuales sólo dos estaban reservadas a las embarcaciones del gobierno destinadas a proteger los caladeros y las colonias francesas. Todavía se veían algunos modelos de las viejas fragatas acorazadas del siglo XIX que los arqueólogos admiraban sin acabar de comprenderlas.

Estas máquinas de guerra habían llegado a adquirir unas dimensiones increíbles, aunque fácilmente explicables; porque durante cincuenta años hubo una lucha ridícula entre la coraza y las balas de cañón para ver quién caería y quién resistiría. Los muros de chapa forjada se hicieron tan gruesos y los cañones tan pesados que los barcos acabaron por hundirse bajo su peso; este resultado acabó con aquella noble rivalidad precisamente cuando la bala de cañón se disponía a derrotar a la coraza.

—Así combatían entonces —dijo el tío Huguenin mostrando uno de aquellos monstruos de hierro pacíficamente relegado al fondo de la dársena—; se encerraban en estas cajas y se trataba de hundir a los demás o ser hundidos por ellos.

—Pero el valor individual no tenía mucha importancia —dijo Michel.

—El valor estaba rayado, como los cañones —dijo el tío riendo—, eran las máquinas las que peleaban, no los hombres; de ahí que se tendiera a suprimir las guerras por ridículas. Puedo concebir la batalla en la época en que se luchaba cuerpo a cuerpo, cuando se mataba al adversario con las propias manos...

—Es usted sanguinario, señor Huguenin —dijo la muchacha.

—No, querida niña, soy razonable, si es que la razón tiene algo que ver con todo esto; la guerra tenía entonces su razón de ser; pero cuando los cañones llegaron a los ocho mil metros y una bala del treinta y seis pudo atravesar, a cien metros, treinta y cuatro caballos por el costado y sesenta y ocho hombres, convendrán ustedes conmigo que el valor individual pasó a ser una cosa de lujo.

—En efecto —respondió Michel—, las máquinas han matado el valor y los soldados se han convertido en mecánicos.

Durante esta discusión arqueológica sobre las guerras de otros tiempos, el paseo de los cuatro visitantes proseguía en medio de las maravillas de las dársenas destinadas al comercio. Alrededor se erguía una ciudad entera de cabarets, donde los marinos recién desembarcados presumían de *nababs* y se corrían opulentas juergas. Se oían sus roncós cánticos y vociferaban de forma muy marinera. Estos gallardos mozarrones se sentían en su casa en aquel puerto mercante, en plena llanura de Grenelle, y estaban en su derecho de gritar a sus anchas. Formaban, además, una población aparte, bastante poco sociable, que no

se mezclaba a la de los demás barrios. Se hubiera dicho que era Le Havre separado de París sólo por la anchura del Sena.

Las dársenas del comercio estaban unidas entre sí por unos puentes giratorios movidos a horas fijas por máquinas de aire comprimido de la Sociedad de las Catacumbas. El agua desaparecía bajo el casco de los barcos; la mayoría funcionaba gracias al vapor de ácido carbónico; no había un solo buque de tres palos, un bergantín, una goleta, un lugre, un cachemarín que no estuviese provisto de su hélice; el viento pertenecía al pasado; ya no estaba de moda; nadie lo quería, y el viejo Eolo, desdeñado y avergonzado se escondía, en su odre.

Como es natural, los canales de Suez y del Panamá multiplicaron los negocios de navegación de altura; las operaciones marítimas, liberadas de cualquier monopolio y de las trabas de los agentes ministeriales, conocieron una gran expansión; las embarcaciones se multiplicaron en todas sus formas. Vapores de todos los tamaños y de todas las nacionalidades desplegaban al aire los mil colores de sus banderas ofreciendo un magnífico espectáculo; muelles inmensos, vastos depósitos albergaban las mercancías cuya descarga se hacía merced a las máquinas más ingeniosas: unas confeccionaban los fardos, otras los pesaban, éstas los etiquetaban, aquéllas los transportaban a bordo; las embarcaciones, remolcadas por las locomotoras, se deslizaban a lo largo de los muros de granito; fardos de lana y de algodón, sacos de azúcar y de café, cajas de té, productos de las cinco partes del mundo se apilaban formando montañas; en el aire reinaba ese característico olor que se puede llamar el perfume del comercio; unos carteles multicolores anunciaban los barcos que partían hacia los cuatro puntos cardinales, y todos los idiomas de la tierra podían oírse en el puerto de Grenelle, el más frecuentado del universo.

La vista de esta dársena desde los altos de Arcueil o de Meudon era realmente admirable; la mirada se perdía en aquella selva de mástiles, engalanados los días de fiesta; la torre de señales de marea se erguía en la bocana del puerto, mientras que, al fondo, un faro eléctrico, sin gran utilidad, se hundía en el cielo a una altura de quinientos pies. Era el monumento más alto del mundo, y sus luces tenían un alcance de cuarenta leguas; podían verse desde las torres de la catedral de Ruán.

Todo aquel conjunto merecía ser admirado.

—Esto es realmente hermoso —dijo el tío Huguenin.

—Un pulcro espectáculo —respondió el profesor.

—Aunque no tengamos ni el agua ni el viento del mar —prosiguió el señor Huguenin—, al menos tenemos los barcos a los que el agua lleva y el viento empuja.

Pero donde la multitud se apretujaba, donde el atasco era más difícil de

atravesar, era en los muelles del más extenso de los diques, que apenas podía contener al gigantesco *Leviatán IV*, recién llegado; el *Great Eastern* del pasado siglo no hubiera sido digno de ser su chalupa; procedía de Nueva York, y los americanos podían vanagloriarse de haber vencido a los ingleses; poseía treinta mástiles y quince chimeneas; su máquina tenía una fuerza de treinta mil caballos, de los cuales veinte mil eran para las ruedas y diez mil para la hélice; unos vagones de tren permitían desplazarse rápidamente de una punta a otra de sus puentes, y entre los mástiles se podían admirar unas plazoletas llenas de grandes árboles cuya sombra se extendía sobre los macizos, el césped y las matas de flores; los elegantes podían pasearse a caballo por sus sinuosas avenidas; diez pies de tierra vegetal, extendida por el sollado, habían producido aquellos parques flotantes. Aquel barco era un mundo, y su velocidad alcanzaba unos resultados prodigiosos; llegaba en tres días de Nueva York a Southampton; medía doscientos pies de ancho; en cuanto a su longitud, es fácil juzgarla por la siguiente circunstancia: cuando la proa del *Leviatán IV* estaba en el muelle de desembarco, los pasajeros de popa todavía tenían que recorrer un cuarto de legua para llegar a tierra firme.

—¡Dentro de poco construirán aquel fantástico navio holandés cuyo bauprés estaba en la isla Mauricio mientras que el timón permanecía en la ensenada de Brest! —dijo el tío Huguenin paseando bajo los robles, los serbales y las acacias del puente.

¿Admiraban Michel y Lucy aquella gigantesca máquina como toda aquella multitud boquiabierta? Lo ignoro; pero paseaban hablando en voz baja, o mejor dicho, en silencio y mirándose hasta el infinito, y regresaron a la morada del tío Huguenin sin haber percibido ninguna de las maravillas del puerto de Grenelle.

CAPÍTULO XII

Que trata de la opinión de Quinsonnas sobre las mujeres

Para Michel la noche siguiente transcurrió en un delicioso insomnio; ¿para qué dormir? Era mejor soñar despierto, y a ello se dedicó el joven concienzudamente hasta el alba; sus pensamientos alcanzaron los últimos confines de la poesía etérea.

A la mañana siguiente bajó a las oficinas y subió a su montaña. Quinsonnas estaba esperándole. Michel estrechó o, mejor dicho, apretó la mano de su amigo; pero fue parco en palabras; prosiguió su dictado y lo hizo con voz ardiente.

Quinsonnas le miró, pero Michel evitó su mirada.

«Le pasa algo —pensó el pianista—; ¡qué aspecto tan singular! ¡Parece alguien que regresara de los países cálidos!»

El día transcurrió de esta guisa, uno dictando y el otro escribiendo, y ambos observándose a hurtadillas. El segundo día pasó sin que se produjera ningún intercambio de pensamientos entre ambos amigos.

«Aquí hay amor —pensó el pianista—. Dejémosle incubar su sentimiento, acabará hablando.»

Al tercer día, Michel detuvo a Quinsonnas súbitamente, en mitad de una soberbia mayúscula.

—Amigo mío, ¿qué piensas de las mujeres? —le preguntó ruborizándose.

«Luego es eso», se dijo el pianista, que no respondió.

Michel repitió la pregunta, ruborizándose aún más.

—Hijo mío —respondió solemnemente Quinsonnas interrumpiendo su trabajo—, la opinión que los hombres podemos tener de las mujeres es muy variable. Por la mañana no pienso lo mismo que por la tarde; la primavera me trae sobre este asunto otras ideas que el otoño; la lluvia o el buen tiempo pueden modificar singularmente mi doctrina; por último, incluso mis digestiones tienen una influencia incuestionable sobre mis sentimientos hacia ellas.

—Esto no es una respuesta —dijo Michel.

—Hijo mío, permíteme que conteste a tu pregunta con otra pregunta. ¿Crees que sigue habiendo mujeres en la tierra?

—¡Claro que sí! —exclamó el muchacho.

—¿Te has tropezado con alguna?

—Todos los días.

—Entendámonos —replicó el pianista—; no me refiero a esos seres más o menos femeninos cuyo objetivo es el de contribuir a la propagación de la especie humana y que acabarán siendo sustituidos por máquinas de aire comprimido.

—Estás bromeando.

—Amigo mío, se habla de ello muy en serio, pero no sin suscitar algunas protestas.

—Mira, Quinsonnas —replicó Michel—, ¡seamos serios!

—¡En absoluto! ¡Seamos alegres! Bien, repito mi afirmación: ya no hay mujeres; ¡es una raza perdida, como la de los doguillos y la de los megaterios!

—Por favor —dijo Michel.

—Déjame seguir, muchacho; creo que hubo mujeres antaño, en una época muy remota; los autores antiguos nos hablan de ellas en términos formales; incluso citan como la más perfecta de todas a la parisina. Según los viejos textos y las estampas de la época era una criatura encantadora, sin rival en el mundo entero; reunía en ella los vicios más perfectos y las más viciosas perfecciones, era mujer en toda la acepción del término. Sin embargo, la sangre se fue empobreciendo poco a poco, la raza decayó, y los fisiólogos relataron en sus escritos esta deplorable decadencia. ¿Has visto alguna vez cómo se convierten las orugas en mariposas?

—Sí —respondió Michel.

—Pues bien —dijo el pianista—, aquí ocurrió todo lo contrario; la mariposa volvió a ser oruga. Los sinuosos andares de la parisina, su donaire, su mirada exquisita y tierna, su sonrisa amable, sus redondeces plenas y tersas a la vez, fueron sustituidas por esas formas alargadas, delgadas, áridas, descarnadas, demacradas, desgarradas, por una desenvoltura mecánica, metódica y puritana. La cintura se aplanó, la mirada se hizo austera, las junturas se anquilosaron, una nariz dura y rígida descendió sobre unos labios menguados y retraídos; el paso se alargó; el ángel de la geometría, que en otra época le prodigaba sus más atractivas curvas, entregó a la mujer a todo el rigor de la línea recta y de los ángulos agudos. La francesa se ha hecho americana; habla gravemente de asuntos graves, se toma la vida con rigidez, cabalga sobre la delgada espina de las costumbres, se viste mal, sin gusto, y lleva unos corsés de chapa galvanizada que pueden resistir las más altas presiones. Hijo mío, Francia ha perdido su verdadera superioridad; así como sus mujeres del encantador siglo de Luis XIV afeminaron a los hombres; ellas, después, se han pasado al género masculino y ya no merecen ni la mirada de un artista ni la atención de un amante.

—¡Sigo sin creerte! —respondió Michel.

—Claro —replicó Quinsonnas—, ¡sonríes!, ¡crees que guardas algo en la manga que va a sorprenderme!, ¡tienes preparada tu pequeña excepción a la regla general! ¡Sea!, la confirmarás, eso es todo. ¡Mantengo lo dicho! ¡Y aún voy más lejos! ¡Ninguna mujer, cualquiera que sea la clase a la que pertenezca, ha escapado a la degradación de la raza! La modistilla ha desaparecido; la cortesana, casi tan gris como entretenida, hace gala hoy día de una inmoralidad subida. Es torpe y tonta, pero hace una fortuna con método y economía sin que nadie se arruine por ella. ¡Arruinarse! ¡Vamos! ¡Es una palabra vieja! Todo el mundo se enriquece, hijo mío, excepto el cuerpo y el espíritu humanos.

—¿Así que pretendes que es imposible encontrar una mujer en la época en que vivimos? —preguntó Michel.

—Así es, no las hay menores de noventa y cinco años; las últimas murieron con nuestras abuelas. No obstante...

—¡Vaya! ¿No obstante qué?

—Aún pueden encontrarse en el faubourg Saint-Germain; en ese pequeño rincón del inmenso París crece todavía alguna planta rara, la *puella desiderata*, como diría tu profesor, pero sólo ahí.

—Así que —respondió Michel sonriendo con cierta ironía— persistes en la opinión de que la mujer es una raza perdida.

—Sí, hijo mío, los grandes moralistas del siglo diecinueve ya presentían esta catástrofe. Balzac, que conocía muy bien el tema, lo dio a entender en su famosa carta a Stendhal; la mujer, decía, es la Pasión y el hombre es la Acción, y ésta es la razón de que el hombre adore a la mujer. Pues bien, ahora, ambos son la acción, y desde ese momento ya no hay mujeres en Francia.

—Bueno —dijo Michel—, ¿y qué opinas del matrimonio?

—Nada bueno.

—¿Nada más?

—Que me inclino más por el matrimonio de los demás que por el mío.

—Así que no piensas casarte.

—No, mientras no se haya constituido el famoso tribunal exigido por Voltaire para juzgar los casos de infidelidad: seis hombres y seis mujeres, con un hermafrodita que tendría el voto de calidad en caso de empate.

—¡Venga, sin bromear!

—No bromeo; ¡ésa sería la única garantía! ¿Recuerdas lo que sucedió hace dos meses durante el proceso de adulterio que presentó el señor de Coutances contra su mujer?

—¡Pues no!

—Cuando el presidente preguntó a la señora de Coutances por qué había olvidado sus deberes, ésta le contestó que tenía poca memoria. Y la absolvieron.

Franicamente, esta respuesta merecía una absolución.

—Dejemos a la señora de Coutances —respondió Michel— y volvamos al matrimonio.

—Hijo mío, he aquí la verdad absoluta a este respecto: estando soltero, uno siempre puede casarse. Estando casado, no se puede volver a ser soltero. De ahí que entre el estado de marido y el de soltero exista un matiz que asusta.

—Quinsonnas, ¿qué tienes en realidad contra el matrimonio?

—Cuanto tengo que decir es esto: en una época en que la familia tiende a su destrucción, en que el interés privado empuja a cada uno de sus miembros por diferentes caminos, en que la necesidad de enriquecerse a toda costa mata los sentimientos del corazón, el matrimonio me parece una heroica inutilidad; antaño, según los autores antiguos, era muy diferente; si hojearas los viejos diccionarios, quedarías asombrado al encontrar en ellos palabras como «penates», «lares», «hogar doméstico», «un interior», «la compañera de mi vida», etc.; pero estas expresiones han desaparecido hace tiempo, junto con las cosas que representaban. Ya nadie las utiliza; parece que en otros tiempos los esposos (ésta es otra palabra en desuso) mezclaban íntimamente su existencia; se atendía a lo que decía Sancho: un consejo de mujer no vale mucho, pero hay que estar loco para no escucharlo. Y escuchaban. Mira ahora qué diferencia; el marido de hoy vive lejos de la mujer; se queda en el Círculo, donde almuerza, trabaja y cena, juega y se acuesta. La señora, por su lado, se dedica a los negocios. El señor la saluda como a un extraño si por casualidad se la encuentra por la calle; de cuando en cuando le hace alguna visita, irrumpe en sus reuniones de los lunes, o de los miércoles; algunas veces la señora le invita a cenar, con menos frecuencia a pasar la velada; por último, se ven tan poco, están tan poco tiempo juntos, se hablan tan poco, se tutean tan poco, que uno se pregunta con fundamento cómo sigue habiendo herederos en este mundo.

—Esto es casi cierto —dijo Michel.

—Completamente cierto, hijo mío —respondió Quinsonnas—; se ha seguido la tendencia del pasado siglo en el que se intentaba tener los menos hijos posibles, las madres se sentían contrariadas si sus hijas se quedaban embarazadas demasiado pronto, y los jóvenes maridos, desesperados por haber sido tan torpes. En nuestros días, el número de hijos legítimos ha disminuido singularmente en relación al de los hijos naturales; estos últimos forman ya una mayoría imponente; dentro de poco acabarán siendo los dueños de Francia y harán revocar la ley que prohíbe investigar la paternidad.

—Esto me parece evidente —respondió Michel.

—Aunque, el mal, si lo hay —repuso Quinsonnas—, existe en todas las clases de la sociedad; observa que un viejo egoísta como yo no censura este

estado de cosas, se aprovecha de él; pero insisto en explicarte que el matrimonio ya no es la pareja, y que la antorcha del himen ya no sirve, como en otros tiempos, para encender el fuego de la cocina.

—¿Quiere decir eso —repuso Michel— que si por alguna razón improbable, imposible, lo admito, acabarás queriendo tomar una mujer...?

—Amigo mío, primero intentaría hacerme millonario como los demás; se necesita dinero para llevar esa doble vida; las chicas que no tienen su peso en oro en las arcas de su padre no se casan, y una Marie-Louise con sus pobres doscientos cincuenta mil francos de dote no encontraría ningún hijo de banquero que la quisiera.

—¿Y un Napoleón?

—Los Napoleones son raros, hijo mío.

—Ya veo que no te entusiasma casarte.

—No precisamente.

—¿Y te entusiasmaría que yo lo hiciera?

«Ya hemos llegado», pensó el pianista sin responder.

—¿Y qué? ¿No dices nada? —profirió el joven.

—Te estoy mirando —replicó gravemente Quinsonnas.

—¿Y...?

—Y me pregunto por dónde voy a empezar a atarte.

—¿A mí?

—¡Sí! ¡Loco! ¡Insensato! ¿Qué sería de ti?

—¡Sería feliz! —respondió Michel.

—Razonemos. O tienes genio o no lo tienes. Esta palabra te ofende; digamos talento. Si no tienes talento, morirás de miseria a dúo. Si lo tienes, es otra cosa.

—Explícate.

—Hijo mío, ¿acaso no sabes que el genio, incluso el talento, es una enfermedad, y que la mujer de un artista debe conformarse con el papel de enfermera?

—¡Te diré! He encontrado...

—Una hermana de la caridad —replicó Quinsonnas—, no existen. Lo más que se puede encontrar son primas de la caridad, ¡y...!

—Te digo que la he encontrado —respondió Michel con fuerza.

—¿Una mujer?

—¡Sí!

—¿Una joven?

—¡Sí!

—¡Un ángel!

—¡Sí!

—Pues bien, hijo mío, arráncale las plumas y ponlo en una jaula porque si no saldrá volando.

—Escucha, Quinsonnas, se trata de una joven dulce, buena, amable...

—¿Y rica?

—¡Pobre! En vísperas de ser miserable. No la he visto más que una sola vez...

—¡Es mucho! Sería mejor haberla visto a menudo...

—No bromees, amigo mío; es la nieta de mi viejo profesor; la amo hasta perder el sentido; hemos hablado como si nos conociéramos desde hace veinte años; ¡me amará! ¡Es un ángel!

—¡Te repites! Hijo mío, Pascal dijo que el hombre no es ni ángel ni bruto. Pues bien, entre ambos, tu linda novia y tú, le estáis desmintiendo.

—¡Quinsonnas!

—¡Tranquilízate! ¡Tú no eres el ángel! ¡Cómo es posible! ¡Enamorado! ¡A los diecinueve años soñar con hacer lo que incluso a los cuarenta es una estupidez!

—¡Lo que todavía es una alegría si uno es amado! —respondió el joven.

—¡Mira, cállate! —exclamó el pianista—, ¡cállate! ¡Me sacas de quicio! No añadas una palabra o...

Y Quinsonnas, verdaderamente irritado, golpeaba violentamente las páginas inmaculadas del Libro Mayor.

Una conversación sobre las mujeres y el amor puede evidentemente no tener fin, y aquélla se habría prolongado hasta la tarde de no haberse producido un accidente cuyas consecuencias iban a ser incalculables.

Al gesticular con pasión, Quinsonnas tropezó malhadadamente con el enorme aparato sifoideo que le servía sus tintas multicolores, y una marea de rojos, amarillos, verdes y azules se extendió como un torrente de lava sobre las páginas del Libro Mayor.

Quinsonnas no pudo contener un grito que resonó por los despachos. Creyó que el Libro Mayor iba a derrumbarse.

—¡Estamos perdidos! —dijo Michel con una voz alterada.

—Tú lo has dicho, hijo mío —respondió Quinsonnas—. La inundación se nos viene encima. ¡Sálvese quien pueda!

En aquel momento el señor Casmodage y el primo Athanase aparecieron en las salas de contabilidad. El banquero se dirigió al lugar del siniestro; se quedó aterrado; abrió la boca pero no pudo hablar; la ira le ahogaba...

¡Y no sin motivo! ¡Aquel maravilloso libro en el que se inscribían las vastas operaciones de la casa de banca había sido manchado! ¡Aquel precioso volumen

de los asuntos financieros había sido maculado! ¡Aquel gigantesco monumento que los días festivos el conserje del hotel mostraba a los extraños, había sido mancillado, infamado, hollado, estropeado, perdido! ¡Su guardián, el hombre a quien se había confiado aquella tarea, había traicionado su misión! ¡El sacerdote profanaba el altar con sus propias manos!

El señor Casmodge pensaba esas horribles cosas, pero no podía hablar. Un espantoso silencio reinaba en toda la oficina.

De pronto, el señor Casmodge hizo un gesto al desgraciado copista, que consistía en extender el brazo hacia la puerta con una fuerza, una convicción, una voluntad tales que no cabía error alguno. Puesto que ese elocuente gesto significaba «¡Salga!», en todos los lenguajes humanos, Quinsonnas descendió de las hospitalarias cumbres donde pasara su juventud. Michel le siguió, y se dirigió al banquero.

—Señor —dijo—, yo soy el culpable...

Un segundo gesto hecho con el mismo brazo, más extendido aún si cabe, envió al que dictaba tras los pasos del copista.

Entonces Quinsonnas se quitó con cuidado sus manguitos, tomó su sombrero, lo sacudió con el codo, se lo puso sobre la cabeza y se dirigió directamente al banquero.

Los ojos de este último lanzaban rayos; pero no conseguía tronar.

—Señor Casmodge y Cía. —dijo Quinsonnas con su voz más amable—, usted creerá que yo soy el autor de este crimen, porque crimen es haber deshonrado su Libro Mayor. No tengo que dejarle en ese error. Como ocurre con todos los males de este mundo, han sido las mujeres las que han causado esta irreparable desgracia; así que enfádese con nuestra madre Eva y su estúpido marido; todo malestar o sufrimiento nos viene de ellos, y si nos duele el estómago es porque Adán comió manzanas crudas. Así que, buenas noches.

Y el artista salió, seguido de Michel, mientras Athanase sostenía el brazo del banquero como Aarón el de Moisés durante la batalla de los amalecitas.

CAPÍTULO XIII

Que trata de la facilidad con la que un artista puede morir de hambre en el siglo XX

La postura del joven había cambiado singularmente. Otros en su lugar se habrían desesperado, de no haberse planteado la cuestión desde su punto de vista: aunque ya no podía contar con la familia de su tío, al fin era libre; le echaban, le ponían en la calle, y él creía salir de la cárcel; le despedían, y era él quien creía despedirles a ellos. No le preocupaba lo que pudiera ocurrir. Al aire libre se sentía capaz de todo.

A Quinsonnas le costó trabajo calmarle, pero hizo lo posible por atenuar aquella efervescencia.

—Ven a mi casa —le dijo—; hay que dormir.

—¡Dormir cuando se levanta el día! —replicó Michel con grandes aspavientos.

—Metafóricamente se levanta, lo admito —respondió Quinsonnas—, pero físicamente es de noche; y no hay que dormir bajo las estrellas; ya no hay estrellas; a los astrónomos sólo les interesa las que no se ven. Anda, hablaremos de la situación.

—Hoy no —respondió Michel—, me dirías cosas desagradables; ¡las conozco! ¿Qué pensarás que yo no sepa? ¿Se te ocurriría decirle a un esclavo, ebrio de libertad: «Amigo, sabe usted que ahora se va a morir de hambre.»?

—Tienes razón —respondió Quinsonnas—; hoy callaré; ¡pero mañana...!

—¡Mañana es domingo! ¿Vas a estropearme el día de fiesta?

—¡Así que no vamos a poder hablar nunca!

—¡Claro! Un día de éstos.

—Mira, tengo una idea —dijo el pianista—, como mañana es domingo, ¿por qué no vamos a ver a tu tío Huguenin? ¡Me gustaría conocer a esa excelente persona!

—De acuerdo —exclamó Michel.

—Sí, pero permitirás que entre los tres busquemos una solución a la presente situación.

—¡De acuerdo, lo permito —respondió Michel—, será difícil que no encontremos alguna!

—Bueno, bueno —dijo Quinsonnas, que se conformó con bajar la cabeza sin responder.

Al día siguiente, muy de mañana, tomó un gaseomóvil y fue a recoger a Michel, que le estaba esperando; éste bajó, subió al vehículo y el mecánico puso su máquina en movimiento; era maravilloso ver aquel coche desplazándose tan de prisa sin motor aparente. A Quinsonnas le gustaba mucho más este modo de locomoción que los ferrocarriles.

Hacía buen tiempo; el gaseomóvil circulaba por las calles recién despertadas, torciendo diestramente en las esquinas, subiendo las cuestas sin esfuerzo, y a veces deslizándose con sorprendente rapidez por las calzadas alquitranadas.

Al cabo de veinte minutos se detuvo en la rue du Caillou. Quinsonnas pagó la carrera y los dos amigos no tardaron en alcanzar las alturas del tío Huguenin. Éste abrió la puerta. Michel abrazó a su tío y le presentó a Quinsonnas.

El señor Huguenin recibió cordialmente al pianista; hizo sentar a sus visitantes y les invitó informalmente a almorzar.

—Querido tío —dijo Michel—, tenía otros proyectos.

—¿Cuáles, hijo mío?

—Llevarle a pasar el día en el campo.

—¡El campo! —exclamó el tío—; ¡si ya no hay campo, Michel!

—Es verdad —respondió Quinsonnas—, ¿por dónde vas al campo?

—Veo que el señor Quinsonnas es de mi opinión —replicó el tío.

—Completamente, señor Huguenin.

—Mira, Michel —repuso el tío—, para mí, el campo, antes que los árboles, antes que las llanuras, antes que los ríos, antes que las praderas, es sobre todo la atmósfera; y resulta que a diez leguas alrededor de París, ya no hay atmósfera. Nos tenía envidia la de Londres, y gracias a las diez mil chimeneas de las fábricas, a los productos químicos, al guano artificial, al humo de carbón, a los gases deletéreos y las miasmas industriales, hemos conseguido un aire que rivaliza con el del Reino Unido; de manera que, a no ser que vayamos lejos, demasiado lejos para mis viejas piernas, ¡no hay que pensar en respirar nada puro! Créeme, nos quedaremos tranquilamente en casa con las ventanas bien cerradas y almorzaremos lo mejor que podamos.

Se hizo según los deseos del tío Huguenin; se sentaron a la mesa; comieron; hablaron de unas cosas y otras; el señor Huguenin observaba a Quinsonnas, quien no pudo impedir decirle a los postres:

—A fe mía, señor Huguenin, que tiene usted una fisonomía que da gusto verla en estos tiempos de rostros siniestros; permítame que estreche su mano.

—Señor Quinsonnas, le conozco desde hace mucho; este muchacho me ha

hablado de usted a menudo; yo sabía que era de los nuestros, y agradezco a Michel su grata visita; ha hecho muy bien trayéndole aquí.

—¡Ay, señor Huguenin! Diga más bien que soy yo quien le ha traído a él y acertará.

—¿Qué ocurre, Michel, para que te hayan traído aquí?

—Señor Huguenin —repuso Quinsonnas—, «traído» no es la palabra, habría que decir «arrastrado».

—¡Quinsonnas es la exageración personificada! —dijo Michel.

—Pero... —dijo el tío.

—Señor Huguenin —repuso el pianista—, mírenos detenidamente.

—Los miro, señores.

—Veamos, Michel, date la vuelta para que tu tío pueda examinarnos desde todos los ángulos.

—¿Van a decirme cuál es el motivo de esta exhibición?

—Señor Huguenin, ¿no encuentra que hay en nosotros algo de las personas recién echadas a la calle?

—Echados a la calle...

—Sí, pero echados como ya no se echa...

—¡Cómo! ¿Les ha sucedido alguna desgracia?

—¡Una alegría! —dijo Michel.

—Qué niño —dijo Quinsonnas, alzando los hombros—. Señor Huguenin, estamos lisa y llanamente en la calle, mejor dicho: ¡en el asfalto de París!

—¿Es posible?

—¡Sí, querido tío! —respondió Michel.

—Pero ¿qué ha ocurrido?

—Lo siguiente, señor Huguenin.

Quinsonnas empezó a relatar su catástrofe; su forma de contar y de enfocar los acontecimientos y, en definitiva, su exuberante filosofía arrancaron sonrisas involuntarias al tío Huguenin.

—Sin embargo, no es cosa de risa —dijo.

—Ni tampoco de llanto —profirió Michel.

—¿Qué van a hacer ahora?

—No pensemos en mí —respondió Quinsonnas—, sino en el chico.

—Y sobre todo —replicó el muchacho—, hablemos como si yo no estuviese aquí.

—Ésta es la situación —repuso Quinsonnas—. Dado que es un muchacho que no puede ser financiero ni comerciante ni industrial, ¿cómo se las va a arreglar en este mundo?

—Es una buena pregunta —respondió el tío—, y singularmente

embarazosa; acaba usted de enumerar las tres únicas profesiones actuales; y no veo otras, a no ser que uno sea...

—¡Propietario! —dijo el pianista.

—¡Exacto!

—¡Propietario! —dijo Michel echándose a reír.

—¡Es verdad! ¡Y se lo toma a risa! —exclamó Quinsonnas—. Este chico trata con una imperdonable ligereza esta profesión tan lucrativa como honorable. Infeliz, ¿has pensado alguna vez lo que significa ser propietario? ¡Hijo mío, es espantoso lo que contiene esta palabra! ¡Cuando se piensa que un hombre, un semejante tuyo, hecho de carne y hueso, nacido de mujer, de un simple mortal, posee cierta porción del globo! ¡Que dicha porción del globo le pertenece en exclusiva, como su cabeza, y a veces mucho más! ¡Que nadie, ni siquiera Dios, puede quitarle esa porción, que transmite a sus herederos! ¡Que tiene derecho a cavarla, removerla, edificar en ella a su antojo! ¡Que el aire que la rodea, el agua que la riega, todo es suyo! ¡Que puede quemar sus árboles, beberse sus ríos y comer su hierba, si le place! ¡Que cada día se dice: de esta tierra, que el Creador creó el primer día del mundo, yo tengo una parte; esta superficie del hemisferio es mía, totalmente mía, con las seis mil toesas de aire respirable que se elevan por encima de ella y las quinientas leguas de corteza terrestre que se hunden por debajo! Porque, en fin, dicho hombre es propietario hasta el centro mismo del globo y sólo limita con el correspondiente propietario de las antípodas. Pero, ¡desdichado!, ¿al reírte de esta manera no has pensado, no has calculado que un hombre que posee una simple hectárea, posee real y verdaderamente un cono que contiene veinte mil millones de metros cúbicos, que son suyos, más suyos que nada en el mundo?

¡Quinsonnas estaba magnífico! ¡Qué gestos, qué entonación, qué aspecto!; era impresionante. Nadie podía llamarse a engaño; era un hombre que tenía algún bien bajo el sol: ¡era un propietario!

—¡Ay, señor Quinsonnas! —exclamó el tío Huguenin—, ¡es usted soberbio! ¡Dan ganas de ser propietario para el resto de los días!

—¿Verdad que sí, señor Huguenin? ¡Y este niño riéndose!

—¡Claro que me río! —respondió Michel—, ¡porque no voy a tener nunca ni un metro cúbico de tierra! A no ser que el azar...

—¿Cómo que el azar? —exclamó el pianista—. Ésa es una palabra que no entiendes y que sin embargo utilizas.

—¿Que quieres decir?

—Quiero decir que azar viene de una palabra árabe, y esa palabra significa difícil y no otra cosa; así pues, en este mundo sólo hay dificultades por vencer, y con perseverancia e inteligencia se puede salir adelante.

—¡Así es! —respondió el tío Huguenin—. Vamos, Michel, ¿qué opinas?

—Tío, yo no soy tan ambicioso, y los veinte mil millones de Quinsonnas me afectan muy poco.

—Pero una hectárea de tierra produce entre veinte y veinticinco hectolitros de trigo —respondió Quinsonnas—, y un hectolitro de trigo puede dar setenta y cinco kilogramos de pan; ¡medio año de alimentos a una libra diaria!

—¡Alimentarse, alimentarse! —exclamó Michel—, siempre la misma canción.

—Sí, hijo, la canción del pan, que a menudo se canta con un triste compás.

—Bien, Michel, ¿qué pretendes hacer? —preguntó el tío Huguenin.

—Si yo fuera completamente libre, tío —respondió el joven—, me gustaría poner en práctica una definición de la felicidad que he leído no sé dónde, y que incluye cuatro condiciones.

—¿Y cuáles son, sin ser demasiado curioso? —preguntó Quinsonnas.

—La vida al aire libre —respondió Michel—, el amor de una mujer, la ausencia de toda ambición y la creación de una belleza nueva.

—Pues bien —exclamó el pianista riendo—, Michel ya ha realizado la mitad del programa.

—¿Y cómo es eso? —preguntó el tío Huguenin.

—¿La vida al aire libre? ¡Ya está en la calle!

—Exacto —dijo el tío.

—¿El amor de una mujer...?

—Pasemos —dijo Michel sonrojándose.

—Bien —dijo el señor Huguenin con aire guasón.

—En cuanto a las otras dos condiciones —repuso Quinsonnas—, es algo más difícil. Le creo lo bastante ambicioso como para no estar suficientemente alejado de toda ambición...

—¡Y queda la creación de una belleza nueva! —exclamó Michel levantándose con entusiasmo.

—El muchacho es muy capaz —replicó Quinsonnas.

—¡Pobre chico! —dijo el tío en tono bastante triste.

—Tío...

—No sabes nada de la vida, y toda la vida hay que estar aprendiendo a vivir, como dijo Séneca; ¡te lo suplico, no te entregues a esperanzas insensatas y repara en los obstáculos!

—En efecto —repuso el pianista—, en este mundo nada se hace solo; como en mecánica, hay que tener en cuenta el medio y el frotamiento; ¡frotamiento de los amigos, de los enemigos, de los inoportunos, de los rivales!; el medio: de las mujeres, de la familia, de la sociedad; ¡un buen ingeniero tiene que contar con

todo!

—El señor Quinsonnas tiene razón —replicó el tío—, pero seamos más precisos, Michel; hasta ahora no has triunfado en las finanzas.

—Por eso pido seguir un poco mis gustos, mis aptitudes.

—¡Tus aptitudes! —exclamó el pianista—. ¡Mira, en este momento me ofreces el triste espectáculo de un poeta que se muere de hambre y que sin embargo alimenta sus esperanzas!

—¡Este demonio de Quinsonnas tiene una manera encantadora de plantear las cosas! —respondió Michel.

—¡No bromeo, argumento! Quieres ser artista en una época en la que el arte ha muerto.

—¡Muerto...!

—¡Muerto! Enterrado, con epitafio y urna funeraria. Ejemplo: ¿eres pintor? Pues bien, la pintura ya no existe; ya no hay cuadros, ni siquiera en el Louvre; los restauraron tan sabiamente durante el siglo pasado que se están desmoronando; de las *Sagradas familias* de Rafael ya sólo queda un brazo de la Virgen y un ojo de san Juan; es poco; de *Las bodas de Caná* sólo se ve un arco aéreo tocando una viola voladora; ¡es insuficiente! Los Tizianos, los Correggios, los Giorgiones, los Leonardos, los Murillos, los Rubens tienen una enfermedad de la piel que les contagiaron sus médicos y de la que se están muriendo; ¡sólo tenemos sombras inasibles, líneas imprecisas, colores roídos, ennegrecidos, entremezclados, en unos marcos espléndidos! Han dejado que se pudran los lienzos y también los pintores; no ha habido una exposición desde hace cincuenta años, y es una suerte.

—¿Una suerte? —se extrañó el señor Huguenin.

—Sin duda, porque durante el siglo pasado el realismo logró tales progresos que no se le podía seguir tolerando. ¡Incluso se cuenta que un tal Courbet, en una de las últimas exposiciones se mostró, frente al muro, realizando uno de los actos más higiénicos pero menos elegantes de la vida! Era como para que los pájaros de Zeuxis salieran huyendo.

—¡Qué horror! —dijo el tío.

—Es que era auvernés —respondió Quinsonnas—. Tenemos que en el siglo veinte, ni pintura, ni pintores. ¿Pero hay al menos escultores? Tampoco, desde que plantaron en medio del patio del Louvre a la musa de la Industria: ¡una tarasca maciza encaramada a un cilindro de máquina, con un viaducto sobre sus rodillas, bombeando con una mano, soplando con la otra, con un collar de pequeñas locomotoras sobre los hombros y un pararrayos en el moño!

—¡A fe mía que iré a ver esa obra maestra! —dijo el señor Huguenin.

—Vale la pena —respondió Quinsonnas—. Así que tampoco hay

escultores. ¿Acaso hay músicos? Ya conoces mi opinión al respecto, Michel. ¿Quieres hacer literatura? Pero ¿quién lee novelas? ¡Ni siquiera quienes las escriben, a juzgar por el estilo! ¡Todo eso ha terminado, ha pasado, ha muerto!

—No obstante —repuso Michel—, muy cerca de las artes hay algunas profesiones que se asemejan a ellas.

—¡Ah, sí! Antaño podía uno hacerse periodista, de acuerdo; pero aquello fue durante la buena época, cuando existía una burguesía que creía en los periódicos y que hacía política. Pero ¿a quién le importa la política? ¿En el exterior? ¡No! La guerra ya no es posible y la diplomacia ha pasado de moda. ¿En el interior? ¡Tranquilidad absoluta! Ya no hay partidos en Francia: los orleanistas se dedican al comercio y los republicanos a la industria; ¡apenas se cuenta con algunos legitimistas aliados a los Borbones de Nápoles que publican una pequeña gaceta para suspirar en ella! El gobierno hace negocios como un buen financiero y paga regularmente; ¡incluso se cree que este año distribuirá dividendos! Las elecciones ya no apasionan a nadie; los hijos diputados suceden a los padres diputados, ejercen tranquilamente su oficio de legisladores sin hacer ruido, como niños obedientes que estudian en su habitación; ¡es como para creer realmente que la palabra «candidato» proviene de la palabra «cándido»! Ante tal estado de cosas, ¿para qué sirve el periodismo? ¡Para nada!

—Todo esto es verdad, desgraciadamente —respondió el tío Huguenin—, el periodismo ha cumplido con la sociedad.

—¡Exacto! Como un preso liberado de Fontevrault o de Melun; y ya no volverá. Hace cien años abusaron y ahora pagamos las consecuencias; casi no se leía, pero todo el mundo escribía; en 1900 el número de periódicos en Francia, políticos o no, ilustrados o sin ilustrar, llegaba a sesenta mil; estaban escritos en todos los dialectos; en picardo, en vasco, en bretón, en árabe... sí, señores, había un periódico árabe, *El Centinela del Sahara*, que los bromistas de la época llamaban «periódico hebdomedario». ¡Pues bien, aquella proliferación de periódicos no tardó en acabar con el periodismo por la indiscutible razón de que los escritores eran más numerosos que los lectores!

—En aquella época —replicó el tío Huguenin— también había pequeños periódicos en donde se podía ir tirando.

—No cabe duda —respondió Quinsonnas—, pero a pesar de sus hermosas cualidades, les pasó lo mismo que a la yegua de Rolando; los mozos que los redactaban abusaron tanto del ingenio que la mina acabó agotándose; los escasos lectores ya no entendían nada; además, aquellos amables escritores acabaron casi por matarse entre sí, pues nunca se prodigaron tantas bofetadas ni tantos bastonazos; había que tener buenas espaldas y buenos mofletes para sobrevivir. La desmesura llevó a la catástrofe y el pequeño periodismo fue a reunirse con el

grande en el olvido.

—¿Pero no alimentaba la crítica bastante bien a su personal? —preguntó Michel.

—¡Ya lo creo! —respondió Quinsonnas—. ¡Tenía sus príncipes! ¡Algunos con talento para dar y tomar! Se hacía cola en la antesala de los grandes señores y algunos no dudaban en poner precio a sus elogios y les pagaban; y se pagó hasta que un hecho imprevisto acabó radicalmente con los grandes sacerdotes del vapuleo.

—¿Cuál fue ese hecho? —dijo Michel.

—La aplicación a gran escala de cierto artículo del código. Toda persona mencionada en un artículo tenía derecho a responder en el mismo lugar con un número igual de líneas, y los autores de teatro, novelas, libros de filosofía, de historia... se pusieron a replicar en masa a sus críticos; cada cual tenía derecho a determinado número de palabras y ejercía ese derecho; los periódicos pretendieron resistir al principio, lo que originó algunos procesos; fueron condenados; entonces, para atender a las reclamaciones, agrandaron el formato; pero los inventores de cualquier aparato empezaron a intervenir; no se podía hablar de nada sin que hubiera una réplica por insertar; aquello degeneró en un abuso tal que en definitiva la crítica murió en el acto. Con ella desapareció el último recurso del periodismo.

—¿Qué hacer, entonces? —dijo el tío Huguenin.

—¿Qué hacer? ¡Ésta es siempre la pregunta cuando no se quiere saber nada de la industria ni del comercio ni de las finanzas, a no ser que uno sea médico! Y aun así, ¡que el diablo me lleve! Creo que las enfermedades también se gastan, y si la facultad no empieza a inocular algunas nuevas, dentro de poco los médicos se quedarán sin trabajo. No hablaré de los abogados; ya no se litiga, se transige; se prefiere una mala transacción a un buen proceso, ¡resulta más rápido y más comercial!

—Pero, ahora que pienso —dijo el tío—, todavía hay periódicos financieros.

—Sí —respondió Quinsonnas—; pero ¿querrá trabajar ahí Michel, redactar boletines, llevar la librea de algún Casmodage o de algún Boutardin, redondear frases desafortunadas sobre los sebos, las colzas o los tres por ciento, caer todos los días en flagrante delito de errores, profetizar los acontecimientos con aplomo, partiendo del principio de que si la profecía no se cumple nadie recordará al profeta, pero si se cumple, él mismo se jactará a voz en grito de su perspicacia; y, por último, aplastar con dinero contante unas sociedades rivales para el mayor provecho de un banquero, cosas todas ellas muy por debajo de fregar oficinas?, ¿Michel aceptaría hacer eso?

—¡Claro que no!

—No veo otra cosa que los empleos del gobierno, hacerse funcionario; hay diez millones en Francia; ¡calcula las posibilidades de ascenso y ponte a la cola!

—A fe mía —dijo el tío—, que podría ser la opción más inteligente.

—Inteligente, pero desesperada —respondió el joven.

—En fin, Michel...

—En el repaso de las profesiones alimentarias —respondió este último—, Quinsonnas ha olvidado una.

—¿Cuál? —preguntó el pianista.

—La de autor dramático.

—¡Ah!, ¿quieres hacer teatro?

—¿Por qué no? ¿Acaso el teatro no alimenta, para emplear tu horrible lenguaje?

—A fe mía, Michel —respondió Quinsonnas—, en lugar de decirte lo que pienso de ello voy a hacer que lo pruebes. Te daré una carta de recomendación para el director general del Depósito Dramático; ¡y lo intentarás!

—¿Cuándo?

—¡Mañana mismo!

—¡Dicho!

—Dicho.

—Quinsonnas, ¿esto va en serio? —pregunto el tío Huguenin.

—Muy en serio —respondió Quinsonnas—; pudiera ser que triunfara; en cualquier caso, bien sea ahora o dentro de seis meses, siempre está a tiempo de hacerse funcionario.

—Pues bien, Michel, te veremos manos a la obra. Pero usted, señor Quinsonnas, usted también comparte el infortunio de este muchacho. ¿Le podría preguntar qué piensa hacer?

—Señor Huguenin —respondió el pianista—, no se preocupe por mí, Michel sabe que tengo un gran proyecto.

—Sí —respondió el joven—, quiere asombrar a su generación.

—Asombrar a su generación...

—Ése es el noble objetivo de mi vida; creo que voy por el buen camino y previamente pienso ir al extranjero a probarlo. Ya sabe que es allí donde se consolidan las reputaciones.

—Así que te vas... —dijo Michel.

—Dentro de unos meses —respondió Quinsonnas—, pero volveré pronto.

—Buena suerte —dijo el tío Huguenin tendiendo la mano a Quinsonnas, que se levantaba—, y gracias por la amistad que brinda a Michel.

—Si el muchacho quiere acompañarme —respondió el pianista—, le daré

ahora mismo la carta de recomendación.

—Con mucho gusto —dijo el joven—. Adiós, querido tío.

—Adiós, hijo mío.

—Hasta la vista, señor Huguenin —dijo el pianista.

—Hasta la vista, señor Quinsonnas —respondió el buen hombre—, y que la fortuna le sonría.

—¡Sonreír! —replicó Quinsonnas—; algo más, señor Huguenin: quiero que ría a carcajadas.

CAPÍTULO XIV

El Gran Depósito Dramático

En aquella época en que todo estaba centralizado, tanto el pensamiento como la fuerza mecánica, la creación de un Depósito Dramático resultaba muy adecuada; hubo una serie de hombres, prácticos e industriosos, que obtuvieron el privilegio de esta importante sociedad en 1903.

Pero veinte años después pasó a manos del gobierno y funcionó bajo las órdenes de un director general, consejero de Estado.

Los cincuenta teatros de la capital se surtían allí de todo tipo de obras; algunas estaban ya escritas; otras se hacían por encargo, adaptadas a las características de un actor dado o bien en consonancia con determinado tipo de idea.

La censura desapareció ante este nuevo estado de cosas, y sus emblemáticas tijeras se oxidaron en los cajones; estaban algo melladas por el uso, pero el gobierno se ahorró el tener que afilarlas.

Los directores de los teatros, tanto de París como de provincias, eran funcionarios del Estado, a sueldo, con pensión, jubilación y condecoraciones, según su edad y servicios.

Los comediantes cobraban del presupuesto, aun sin ser empleados del gobierno; los prejuicios del pasado respecto a ellos se debilitaban de día en día; su oficio figuraba entre las profesiones honorables; se les introducía cada vez más en las comedias de salón; compartían papeles con los invitados y acabaron perteneciendo a la sociedad; las grandes damas daban la réplica a las grandes actrices y les decían en algunos papeles: «Vos valéis más que yo, señora, la virtud brilla en vuestra frente; ¡yo no soy más que una cortesana...!» Y otras cosas por el estilo.

Incluso un opulento miembro de la Comédie Française llegó a hacer que se interpretaran en su casa piezas íntimas en las que actuaban hijos de familias acomodadas.

Todo esto realzaba singularmente la profesión de actor.

La creación del Gran Depósito Dramático hizo desaparecer la ruidosa sociedad de autores; los empleados del mismo cobraban su sueldo mensual, bastante elevado por cierto, y el Estado se embolsaba los ingresos.

El Estado tenía la alta dirección de la literatura dramática. Si el Gran Depósito no producía obras maestras, al menos divertía al pueblo dócil mediante obras apacibles; ya no se representaba a los autores antiguos; algunas veces, y por excepción, daban algo de Molière en el Palais Royal, con cuplés y chascarrillos de los actores; pero Hugo, Dumas, Ponsard, Augier, Scribe, Sardou, Barrière, Meurice, Vacquerie, habían sido eliminados en masa; antaño abusaron demasiado de su talento para arrastrar al siglo; ahora bien, en una sociedad bien organizada, el siglo debe como mucho caminar, no correr; y ese tiro tenía piernas y pulmones de ciervo; aquello no carecía de peligro.

Ahora todo sucedía dentro de un orden, como conviene a personas civilizadas; los autores funcionarios vivían bien y no se cansaban; se acabaron los poetas bohemios, aquellos genios miserables que parecían protestar eternamente contra el orden establecido; ¿quién podía quejarse de una organización que mataba la personalidad de la gente y proporcionaba al público la cantidad de literatura a la medida de sus necesidades?

A veces, algún pobre diablo, creyéndose poseedor del fuego sagrado de la inspiración, intentaba destacar; pero los teatros le estaban vedados por los convenios con el Gran Depósito Dramático; entonces, el poeta incomprendido publicaba alguna hermosa comedia por cuenta propia, nadie la leía, y se convertía en presa de esos pequeños seres de la clase de los entomozoarios, que debían de ser los más instruidos de su época si leían todo lo que se les daba para roer.

Y hacia el Gran Depósito —reconocido por decreto como establecimiento de utilidad pública— se dirigió Michel Dufrénoy con su carta de recomendación en la mano.

Las oficinas de la sociedad estaban situadas en la calle Neuve-Palestro, y ocupaban un antiguo cuartel en desuso.

Michel fue llevado a presencia del director.

Era un hombre extremadamente serio, muy imbuido de la importancia de sus funciones; no reía jamás, ni siquiera pestañeaba ante las frases más conseguidas de sus vodeviles; decían de él que estaba hecho a prueba de bomba; sus empleados le reprochaban que los trataba de forma casi militar; ¡pero tenía que tratar con tanta gente!: autores cómicos, dramaturgos, vodevilistas, libretistas, sin contar con los doscientos funcionarios de la oficina de copias y la legión de claquistas, que la administración proporcionaba a los teatros según la índole de las obras representadas; estos últimos eran unos señores muy disciplinados que estudiaban con sabios profesores el delicado arte de los aplausos y su gama de matices.

Michel entregó la carta de Quinsonnas. El director la leyó en voz alta y

dijo:

—Señor, conozco mucho a su protector, y estaré encantado de complacerle; me habla de sus aptitudes literarias.

—Señor —respondió modestamente el joven—, todavía no he producido nada.

—Mucho mejor; a nuestros ojos, eso es un mérito —respondió el director.

—Pero tengo algunas ideas nuevas.

—Es inútil, señor, no necesitamos novedades; toda personalidad debe desaparecer aquí; tendrá usted que fundirse en un vasto conjunto que produce obras medianas. Sin embargo, no puedo prescindir con usted de las normas establecidas; tendrá que pasar un examen para ser admitido.

—Un examen... —dijo Michel, asombrado.

—Sí, una composición escrita.

—De acuerdo, señor, a sus órdenes.

—¿Cree estar preparado?

—Cuando usted quiera, señor director.

—Entonces ahora mismo.

El director dio una serie de órdenes y Michel no tardó en ser instalado en una habitación, con pluma, papel, tinta y un tema de composición. ¡Le dejaron solo!

¡Cuál no fue su asombro! Esperaba tener que desarrollar un tema de historia, resumir algún producto del arte dramático, o analizar alguna obra maestra del viejo repertorio. ¡Criatura!

¡Tenía que imaginar un lance imprevisto en una situación dada, un cuplé con agudezas y un retruécano por aproximación!

Se armó de valor y trabajó como mejor pudo.

En suma, su composición resultó floja e incompleta; le faltaba habilidad, mano, como se seguía diciendo; el lance imprevisto dejaba mucho que desear, el cuplé era demasiado poético para un vodevil y el retruécano era un fracaso.

Sin embargo, gracias a su protector, fue admitido con ciento ochenta francos de sueldo; como su lance imprevisto fue lo menos flojo de su examen, le colocaron en la división de la comedia.

El Gran Depósito Dramático tenía una organización maravillosa.

Comprendía cinco grandes divisiones:

- 1.^a Alta comedia y comedia de género.
- 2.^a Vodevil propiamente dicho.
- 3.^a Drama histórico y drama moderno.
- 4.^a Ópera y ópera cómica.
- 5.^a Revistas, fantasías y temas oficiales.

La tragedia estaba suprimida.

Cada división incluía empleados especialistas; su nomenclatura permitirá que pueda conocerse poco a poco el mecanismo de esta gran institución, donde todo estaba previsto, ordenado, reglamentado.

En treinta y seis horas se podía entregar una comedia de género o una revista de fin de año.

Michel fue instalado en su despacho, en la primera división.

Había empleados de talento, uno encargado de las Exposiciones, otro de los Desenlaces, éste de las Salidas, aquél de las Entradas de los personajes; fulano llevaba la oficina de rimas ricas, cuando se necesitaban versos a toda costa, mengano la parte de las rimas corrientes para los simples diálogos de acción.

También había una especialidad de funcionarios a la que Michel se iba a incorporar; la misión de dichos empleados, por cierto muy hábiles, era la de rehacer las obras de los siglos precedentes, bien copiándolas lisa y llanamente, bien dando la vuelta a los personajes.

Por ejemplo, la administración acababa de obtener un éxito inmenso en el teatro del Gimnasio con el *Demimonde* ingeniosamente manipulado; la pérfida baronesa de Ange se había convertido en una joven ingenua e inexperta a punto de caer en las redes de Nanjac; lo que habría sucedido de no ser por su amiga, la señora de Jalin, ex amante del citado Nanjac; el episodio «de los albaricoques» y la pintura de ese mundo de personas casadas donde las esposas nunca aparecían ponía en pie a la sala.

También se había rehecho *Gabrielle*, porque el gobierno estaba interesado por no sé qué circunstancia en dar coba a las mujeres de los procuradores. Julien iba a desertar del hogar doméstico con su amante, cuando aparece su mujer, Gabrielle. Ésta le pinta de tal manera la infidelidad —dando tumbos por los caminos, bebiendo vino azulado y durmiendo entre sábanas húmedas—, que él renuncia a su crimen, convencido por las elevadas razones morales de su esposa, y concluye diciendo: «¡Oh madre de familia! ¡Oh poeta! ¡Te amo!»

Esta obra, titulada *Julien*, llegó incluso a ser premiada por la Academia.

Al penetrar en los secretos de esta gran institución, Michel se sentía desfallecer; pero tenía que ganarse el sueldo y no tardaron en cargarle con un trabajo considerable.

Le dieron *Nuestros íntimos*, de Sardou, para que lo rehiciera.

El infeliz sudó a chorros; veía muy bien la obra entre la señora Caussade y sus amigas envidiosas, egoístas y depravadas; es cierto que en último extremo se podía sustituir al doctor Tholozan por una comadrona, y en la escena de la violación, la señora Maurice rompería la campanilla de la señora Caussade. ¡Pero el desenlace! ¡Aquel imposible desenlace! ¡Por mucho que se rompiera la

cabeza, Michel nunca conseguiría que el famoso zorro matara a la señora Caussade!

¡Se vio obligado a renunciar y a confesar su impotencia!

Cuando el director se enteró se quedó bastante decepcionado, y decidieron iniciar al joven en el drama; ¡a lo mejor aportaba algo!

Quince días después de su entrada en el Gran Depósito Dramático, Michel Dufrénoy pasaba de la división de la comedia a la división del drama.

Esta última incluía el gran drama histórico y el drama moderno.

El primero contenía dos secciones de historia enteramente diferenciadas; una en donde la historia real, seria, era saqueada palabra por palabra de los buenos autores; otra, donde la historia se veía vergonzosamente adulterada y falseada, según el siguiente axioma de un gran dramaturgo del siglo XIX: hay que violar a la historia para hacerle un hijo.

¡Y le hacían unos hermosos hijos que no se parecían en nada a su madre!

Los principales especialistas del drama histórico eran los funcionarios encargados de los lances imprevistos, en particular los del cuarto acto; les daban la obra apenas desbrozada, y la socavaban encarnizadamente; el empleado de la gran tirada llamada «de las grandes damas» también ocupaba un puesto elevado en la administración.

El drama moderno comprendía el drama de traje negro y el drama de blusón; a veces ambos géneros se fusionaban, pero a la administración no le gustaba ese matrimonio desigual; se perturbaban los hábitos de sus empleados y, por una pendiente fácil, podían llegar a poner en boca de un niño bien la jerga de un macarra. Y eso era inmiscuirse en la especialidad del conservatorio del argot.

Había cierto número de especialistas en crímenes, asesinatos, envenenamientos y violaciones; uno de estos últimos no tenía rival en hacer que cayera el telón en el momento justo; un segundo más tarde y el actor, cuando no la actriz, podía quedar seriamente comprometido.

Este funcionario, por otra parte bellísima persona, de cincuenta años de edad, padre de familia, honorable y honrado, ganaba unos veinte mil francos rehaciendo escenas de violación desde hacía treinta años, con un incomparable aplomo.

Michel, para su entrada en esta división, fue empleado en la refundición completa del drama de *Amazampo o el descubrimiento de la quina*, importante obra que hizo su aparición en 1827.

No era poca cosa; se trataba de convertirla en una obra esencialmente moderna; ahora bien, el descubrimiento de la quina era singularmente antiguo.

Los funcionarios encargados de este trabajo de apropiación sudaron tinta porque la obra estaba en muy mal estado. ¡Los efectos estaban tan gastados, los

hilos de la trama tan podridos, el esqueleto tan roído por la larga estancia en los almacenes! Hubiera sido mejor hacer una obra nueva; pero las órdenes de la administración eran formales: el gobierno quería recordar este importante descubrimiento al público, en un momento en que en París había fiebres intermitentes. Se trataba de adecuar la obra al gusto del día.

El talento de los funcionarios lo consiguió. Fue una proeza, pero el pobre Michel no participó en absoluto en esta obra maestra; no aportó la menor idea; no supo explotar en modo alguno la situación; su nulidad fue completa en esta materia. Le juzgaron incapaz.

Se presentó un informe al director, nada favorable para él, y después de un mes de drama, hubo que bajarle a la tercera división.

«No sirvo para nada —pensó el joven—; ¡no tengo imaginación ni ingenio! ¡Pero vaya manera tan rara de hacer teatro!»

Y se desesperaba maldiciendo aquella organización; olvidaba que la colaboración en el siglo XIX contenía en germen esta institución del Gran Depósito Dramático.

Era la colaboración elevada a la centésima potencia.

Y Michel cayó del drama al vodevil. Ahí se encontraban reunidos los hombres más alegres de Francia; el empleado de los cuplés rivalizaba con el de las agudezas; la sección de situaciones chuscas y palabras procaces la llevaba un muchacho muy simpático. El departamento de retruécanos funcionaba a las mil maravillas.

Había, además, un despacho central de chascarrillos, réplicas picantes y despropósitos; atendía a todas las necesidades del servicio en las cinco divisiones; la administración sólo toleraba el uso de una palabra divertida si había sido utilizada al menos durante dieciocho meses; de acuerdo con sus órdenes, se trabajaba incesantemente en peinar el diccionario, del que se extraían todas las frases, galicismos y palabras que, desviadas de su sentido habitual, daban pábulo a lo imprevisto; en el último inventario de la sociedad, ésta presentó en su informe un activo de setenta y cinco mil retruécanos, de los cuales la cuarta parte eran enteramente nuevos y el resto todavía presentables. Los primeros costaban más caros.

Gracias a esta hucha, a esta reserva, a esta alianza, los productos de la tercera división eran excelentes.

Cuando se supo el poco éxito de Michel en las divisiones superiores, tuvieron el detalle de reservarle una tarea fácil en la confección del vodevil; no le pidieron que aportara ninguna idea ni que inventara ningún chiste; le proporcionaban la situación y sólo tenía que desarrollarla.

Se trataba de un acto para el teatro del Palais Royal; se basaba en una

situación todavía nueva en el teatro y llena de los efectos más seguros. Sterne ya la había esbozado en el capítulo 73 del libro segundo de *Tristram Shandy*, en el episodio de Phutatorius.

Ya el título de la obra indicaba su sentido; se titulaba: *¡Que te abroches el pantalón!...*

Se imagina uno en seguida el partido que se puede sacar de la picante situación de un hombre que se ha olvidado de cumplir con la más imperiosa exigencia del vestido masculino. El terror de su amigo, que le presenta en un salón del noble faubourg, el embarazo de la dueña de la casa...; únase a ello el hábil juego del actor que podría a cada instante hacer temer al público que... y el divertido terror de las mujeres a que... ¡Aquello era materia suficiente para un éxito memorable!²¹

Pues bien, Michel, enfrentado a esta idea tan original, fue presa de un movimiento de horror y rompió el guión que le habían entregado.

«¡Ay! —pensó—. ¡No me quedará ni un minuto más en esta cueva! ¡Prefiero morirme de hambre!»

¡Tenía razón! ¿Qué hubiera hecho? ¡Sólo le quedaba caer en la división de las óperas y de las óperas cómicas! Pero nunca habría aceptado escribir los versos insensatos que exigían los músicos de la época.

¡Tendría que descender hasta la revista, la fantasía, el tema oficial! ¡Pero había que ser maquinista o pintor, y no autor dramático, y arreglárselas para encontrar un decorado nuevo, y no otra cosa! ¡Se había llegado muy lejos con la física y la mecánica! ¡Se llevaban a escena árboles de verdad, enraizados en sus cajas invisibles, arriates completos, selvas naturales, y se construían edificios con sillares! ¡Se representaba el océano con auténtica agua de mar, que vaciaban todos los días delante de los espectadores y renovaban a la mañana siguiente!

¿Se sentía Michel capaz de imaginar aquellas cosas? ¿Tenía dentro de él materia suficiente para actuar sobre las masas, para obligarlas a pagar en la taquilla de los teatros el sobrante de sus bolsillos?

¡No! ¡Cien veces no!

¡Sólo podía hacer una cosa! Marcharse.

Es lo que hizo.

CAPÍTULO XV

Miseria

Durante su estancia en el Gran Depósito Dramático, de abril a setiembre, cinco largos meses de decepciones y sobresaltos, Michel no había dejado de ver a su tío Huguenin ni a su profesor Richelot.

Pasó muchas y maravillosas veladas en casa de uno u otro; con el profesor hablaba del bibliotecario; con el bibliotecario no hablaba del profesor sino de su nieta Lucy, ¡y en qué términos, y con qué sentimientos!

—No tengo muy buena vista —le dijo un día su tío—, pero me parece ver que la amas.

—Sí, tío, ¡como un loco!

—Ámala como un loco pero despósala como un sabio, cuando...

—¿Cuándo? —preguntó Michel, tembloroso.

—Cuando te hayas labrado una posición; triunfa por ella ya que no por ti.

Michel no respondió nada a estas palabras; experimentaba una ira sorda.

—Pero ¿Lucy te ama? —le preguntó el tío Huguenin otra tarde.

—No lo sé —dijo Michel—, ¿de qué le serviría? Realmente no hay razón para que me quiera.

Y la tarde en que le fue planteada esta pregunta, Michel parecía el más desgraciado de los hombres.

No obstante, la joven no se preguntaba en absoluto si el pobre muchacho tenía o no una posición en el mundo. La verdad es que a ella eso no le importaba; se iba acostumbrando poco a poco a ver a Michel, a oírle cuando estaban juntos, a esperarle cuando no llegaba; los dos jóvenes hablaban de todo y de nada. Los dos viejos los dejaban hacer. ¿Para qué impedirles que se amaran? No se lo decían. Hablaban del porvenir. Michel no se atrevía a abordar la cuestión candente del presente.

—¡Cuánto la amaré a usted algún día! —decía Michel a la joven.

Había ahí un matiz que Lucy apreciaba muy bien, una cuestión de tiempo que no había que resolver.

Luego el joven se dejaba llevar por toda su poesía; se sabía escuchado, comprendido, y se entregaba por entero a aquel corazón de muchacha. Estaba realmente muy cerca de Lucy; sin embargo, no componía versos para ella; era

incapaz, porque la amaba realmente; no comprendía la alianza entre el amor y la rima, ni que sus sentimientos se pudieran someter a las exigencias de una cesura.

Sin embargo, sin que él lo supiera, su poesía se impregnaba con sus queridos pensamientos y cuando le decía algunos versos a Lucy, ella le escuchaba como si los hubiera hecho ella misma; parecían siempre responder a alguna pregunta secreta que ella no se atrevía a plantear a nadie.

Una noche, Michel le dijo mirándola fijamente:

—Está llegando el día.

—¿Qué día? —preguntó la muchacha.

—El día en que la amaré.

—¡Ah! —suspiró Lucy.

Por último, una hermosa noche del mes de agosto:

—Ya ha llegado —le dijo tomándole la mano.

—El día en que usted me amará —musitó la joven.

—El día en que la amo —respondió Michel.

Cuando el tío Huguenin y el señor Richelot se dieron cuenta de que los jóvenes estaban ya en esa página del libro, les dijeron:

—Ya habéis leído bastante, hijos, cerrad el volumen; y tú, Michel, trabaja para dos.

No hubo otros esponsales.

Como podrá comprenderse, en esta situación Michel no habló de sus vicisitudes. Cuando le preguntaban cómo le iba en el Gran Depósito Dramático respondía con evasivas. No era lo ideal; tenía que acostumbrarse; pero lo conseguiría.

Los viejos no se daban cuenta de nada; Lucy adivinaba los padecimientos de Michel y le animaba como mejor podía. Pero se contenía porque se sabía implicada en el asunto.

¡Cuál no sería, pues, el profundo desánimo, la desesperación del joven, cuando se encontró nuevamente a merced del azar! Hubo un momento terrible en que la existencia se le apareció bajo su verdadero aspecto, con sus fatigas, sus decepciones, su ironía. Se sintió más pobre, más inútil, más desplazado que nunca.

«¿Pero qué he venido a hacer a este mundo? —se preguntó—. Sin embargo, ¡no me han invitado! ¡Tengo que irme!»

El pensamiento de Lucy le retuvo.

Acudió a casa de Quinsonnas; le encontró haciendo la maleta, un maletín al que un simple bolso habría mirado por encima del hombro.

Michel le contó su desventura.

—No me asombra nada —respondió Quinsonnas—; no estás hecho para

colaborar a lo grande. ¿Qué vas a hacer?

—Trabajar solo.

—¡Ah! —respondió el pianista—, ¿así que eres un valiente?

—Ya veremos. Pero ¿adonde vas tú, Quinsonnas?

—Me marchó.

—¿Te vas de París?

—Sí, y aún más. No es en Francia donde se labran las reputaciones francesas; los productos extranjeros son los que se importan me marchó para que me importen a mí.

—Pero ¿adónde vas?

—A Alemania; a pasmar a esos bebedores de cerveza y esos fumadores de pipa. ¡Oirás hablar de mí!

—¿Así que has conseguido tus grandes propósitos?

—¡Claro! Pero hablemos de ti; vas a luchar, está bien: ¿tienes dinero?

—Algunos cientos de francos.

—Es poco; toma; te dejo mi alojamiento; está pagado por tres meses.

—Pero...

—Yo perdería si no te quedaras con él. Tengo mil francos ahorrados; repartamos.

—Jamás —respondió Michel.

—¡Qué tonto eres, hijo, tendría que dártelo todo y sin embargo lo reparto! Te debo todavía quinientos francos.

—Quinsonnas... —dijo Michel con las lágrimas en los ojos.

—¡Estás llorando! ¡Vaya, tienes razón! ¡Es la escenificación obligatoria de una partida! ¡Tranquilo! ¡Volveré! ¡Venga, démonos un abrazo!

Michel se lanzó en los brazos de Quinsonnas quien, como había jurado no emocionarse, huyó para no traicionar su juramento.

Michel se quedó solo. Al principio decidió no comunicar a nadie su cambio de situación, ni a su tío, ni al abuelo de Lucy. Era inútil darles un disgusto suplementario.

«Trabajaré, escribiré —se repetía para endurecerse—; otros, rechazados por un siglo ingrato, lo han hecho. ¡Ya veremos!»

Al día siguiente hizo que le trajeran su magro equipaje a la habitación de su amigo y se puso manos a la obra.

Quería publicar un libro de poemas, inútiles, pero hermosos, y trabajó sin descanso, casi ayunando, pensando y soñando y durmiendo sólo para soñar otra vez.

Ya no oía hablar de la familia Boutardin; evitaba pasar por las calles que les pertenecían, ¡creía que querían recuperarlo! Su tutor ya no pensaba en él; se

sentía liberado de un imbécil, y se felicitaba por ello.

Cuando salía de su habitación, su única alegría consistía en visitar al señor Richelot. Ya no salía para nada más; iba a fortalecerse con la contemplación de la joven y beber en aquella inagotable fuente de poesía. ¡Cómo la amaba! Y, hay que confesarlo, ¡cómo le amaba ella! Este amor llenaba su existencia; no comprendía que se necesitara otra cosa para vivir.

Si embargo, sus recursos se irían poco a poco, pero él no pensaba en ello.

Una visita que hizo a mediados de octubre al viejo profesor le afligió mucho; encontró a Lucy triste, y quiso conocer la causa de su tristeza.

Había empezado el curso en la Sociedad de Crédito Instruccional; la clase de retórica no había sido suprimida, es cierto; pero poco faltaba; el señor Richelot sólo tenía un alumno, ¡uno solo! Si le faltara, ¿qué pasaría con el viejo profesor sin recursos? Y ello podía ocurrir en cualquier momento, y entonces despedirían al profesor de retórica.

—No hablo por mí —dijo Lucy—, ¡pero me preocupa mi pobre abuelo!

—¿Acaso no estaré yo aquí? —respondió Michel.

Pero pronunció estas palabras con tan poca convicción que Lucy no se atrevió a mirarle.

Michel sentía que su rostro enrojecía de impotencia.

Cuando estuvo solo, se dijo:

«He prometido estar ahí. ¡Si pudiera mantener mi promesa! ¡Venga! ¡A trabajar!»

Y regresó a su habitación.

Transcurrieron muchos días; muchas y hermosas ideas se abrieron paso en el cerebro del joven y revistieron bajo su pluma una forma encantadora. Por fin terminó su libro, si es que un libro de este tipo puede terminarse. Tituló su poemario *Las Esperanzas*, y había que tener un poderoso temple para esperar todavía.

Entonces Michel empezó la carrera de los editores; es inútil referir aquí la previsible escena que siguió a cada una de sus insensatas tentativas; ni un solo librero quiso leer el libro; se quedó con su papel, su tinta y sus *Esperanzas*.

Volvió desesperado. Sus ahorros se agotaban; pensó en su profesor; buscó un trabajo manual; en todas partes las máquinas sustituían ventajosamente al hombre; se quedó sin recursos; en otra época habría vendido su piel a cualquier hijo de familia llamado a filas; este tipo de tráfico ya no existía.

Llegó el mes de diciembre, el mes de todos los vencimientos, frío, triste, sombrío, el mes que termina el año sin acabar con el dolor, ese mes que casi siempre sobra en todas las existencias. La palabra más espantosa de la lengua francesa, la palabra «miseria», se inscribió en la frente de Michel. Sus ropajes

amarillearon y cayeron poco a poco como el follaje de los árboles al comienzo del invierno, y ya no había primavera que los hiciera renacer.

Empezó a avergonzarse de sí mismo; sus visitas al profesor se hicieron más esporádicas, y también a su tío; olía a miseria; pretextaba trabajos importantes, incluso ausencias; habría causado piedad, si la piedad no hubiera sido expulsada de la tierra en aquella época de egoísmo.

El invierno de 1961 a 1962 fue particularmente crudo; superó a los inviernos de 1789, 1813 y 1829 por su rigor y su duración.

En París el frío empieza el 15 de noviembre y la helada continúa sin interrupción hasta el 28 de febrero; la nieve alcanzó los setenta y cinco centímetros de espesor y el hielo, en los estanques y en algunos ríos, setenta; el termómetro cayó durante quince días a veintitrés grados por debajo de cero. El Sena quedó atrapado durante cuarenta y dos días y la navegación se interrumpió por entero.

Aquel frío terrible fue general en Francia y en gran parte de Europa; el Ródano, el Garona, el Loira, el Rin se helaron por completo; el Támesis se heló hasta Gravesend, a unas seis leguas abajo de Londres; el puerto de Ostende presentaba una superficie sólida que las carretas podían atravesar y hubo coches que cruzaron el Gran Belt sobre el hielo.

El invierno prolongó sus rigores hasta Italia, donde la nieve fue abundante, hasta Lisboa, donde la helada duró cuatro semanas, hasta Constantinopla, que quedó completamente bloqueada.

La persistencia de esta temperatura acarreó funestos desastres; un gran número de personas murieron a causa del frío; tuvieron que suspender las guardias; por la noche, la gente caía muerta en las calles. Los coches ya no podían circular, los ferrocarriles tuvieron que detenerse: no sólo la nieve obstaculizaba su marcha, sino que los maquinistas no podían permanecer en sus locomotoras sin caer muertos.

La agricultura resultó especialmente afectada por aquella inmensa calamidad; las viñas, los castaños, las higueras, las moreras, los olivares de Provenza perecieron en gran número; el tronco de los árboles se hendía instantáneamente por la mitad; incluso los espinos y los brezos sucumbieron bajo las nieves.

Las cosechas de trigo y de heno quedaron totalmente dañadas para el resto del año.

No se pueden juzgar los espantosos sufrimientos de la población pobre, a pesar de los medios adoptados por el Estado para aliviarla; todos los recursos de la ciencia eran impotentes ante tamaña invasión; habían domado el rayo, suprimido las distancias, sometido el tiempo y el espacio a su voluntad, se

habían puesto las fuerzas más secretas de la naturaleza al alcance de todos, contenido las inundaciones, dominado la atmósfera, pero no podía hacerse nada contra ese terrible, ese invencible enemigo: el frío.

La caridad pública hizo algo más, pero todavía fue poco, y la miseria alcanzó sus últimos límites.

Michel sufrió cruelmente; no tenía un fuego para calentarse y el precio del combustible estaba fuera de su alcance. No se calentó.

Pronto llegó a reducir su alimento a lo más estrictamente necesario, y recurrió a los productos de alimentación más miserables.

Durante algunas semanas vivió con una suerte de preparado que se hacía entonces bajo el nombre de queso de patata, pasta homogénea cocida y picada; pero costaba unos ocho soles la libra.

El pobre diablo llegó a comer pan de bellota de roble, hecho con la fécula de esta sustancia secada al aire; le llamaban el pan de las hambrunas.

Pero el rigor del tiempo hizo subir la libra a cuatro soles. Seguía siendo demasiado caro.

En el mes de enero, en lo más crudo del invierno, Michel se vio obligado a alimentarse con pan de hulla.

La ciencia había analizado singular y minuciosamente el carbón de tierra, que parecía ser la verdadera piedra filosofal; contiene el diamante, la luz, el calor, el aceite y mil elementos más, porque sus diversas combinaciones han dado setecientas sustancias orgánicas. Pero encierra también una gran cantidad de hidrógeno y carbono, dos elementos nutritivos del trigo, sin hablar de las esencias que dan aroma y sabor a los frutos más apetitosos.

Con este hidrógeno y este carbono, un tal doctor Frankland hizo un pan que se vendía a dos céntimos la libra.

Hay que confesarlo. Había que estar realmente asqueado para morir de hambre; la ciencia no lo permitía.

¡Así que Michel no murió! Pero ¿cómo pudo vivir?

Porque, por muy poco que sea, el pan de hulla siempre cuesta algo y, cuando no se puede literalmente trabajar, en un franco sólo hay dos céntimos un número limitado de veces.

Michel llegó muy pronto a la última moneda. La examinó durante algún tiempo y se puso a reír con una risa siniestra. Sentía como si su cabeza tuviera un cerco de hierro, influencia del frío, y su cerebro empezaba a desvariar.

«A dos céntimos la libra —pensó—, y a una libra por día, todavía tengo casi dos meses de pan de hulla ante mí. Pero como nunca he regalado nada a mi pequeña Lucy, voy a comprarle el primer ramo de flores con mi última moneda de veinte soles.»

Y, como un loco, el desgraciado bajó a la calle.
El termómetro marcaba veinte grados bajo cero.

CAPÍTULO XVI

El demonio de la electricidad

Michel caminaba por las calles silenciosas; la nieve amortiguaba el paso de los escasos transeúntes; los coches ya no circulaban; era de noche.

«¿Qué hora es?», se preguntó el joven.

«Las seis», le respondió el reloj del hospital Saint-Louis.

«Un reloj que sólo sirve para medir el sufrimiento», pensó.

Prosiguió el camino con su idea fija: pensaba en Lucy; pero a veces, a pesar suyo, la joven escapaba a su pensamiento; su imaginación no conseguía retenerla; tenía hambre sin casi darse cuenta. Era la costumbre.

El cielo brillaba con una incomparable pureza en medio de un frío intenso; la mirada se perdía en las espléndidas constelaciones; Michel, sin darse cuenta, contemplaba los tres Reyes que se levantaban en el horizonte desde el este hasta en medio del magnífico Orión.

Hay mucha distancia entre las calles Grange-aux-Belles y des Fourneaux; casi hay que atravesar el antiguo París. Michel tomó por el camino más corto, llegó a la calle del Faubourg-du-Temple, luego se dirigió en línea recta desde Château d'Eau a los Mercados Centrales por la calle de Turbigo.

Desde allí, en pocos minutos, llegó al Palais Royal y bajó a las galerías por la magnífica entrada que se abría al final de la calle Vivienne.

El jardín estaba oscuro y desierto; un inmenso tapiz blanco lo cubría por entero, sin una mancha, sin una sombra.

«Sería una pena pisarlo», se dijo Michel.

Ni por un instante pensó que sobre todo sería glacial.

En el extremo de la galería de Valois vio una floristería brillantemente iluminada; entró rápidamente y se encontró en un verdadero invernadero. Plantas raras, arbustos verdes, ramos de flores recién abiertas... no faltaba nada.

El aspecto del pobre diablo no era muy alentador; el director del establecimiento no entendía la presencia de aquel muchacho mal vestido entre sus arriates. Desentonaba por completo. Michel comprendió la situación.

—¿Qué quiere usted? —le dijo una voz brusca.

—Las flores que pueda usted darme por veinte soles.

—¡Veinte soles! —exclamó el comerciante con supremo desdén—. ¡Y en el

mes de diciembre!

—Sólo una flor —respondió Michel.

«¡Bueno! ¡Démosle una limosna!», pensó el comerciante.

Y le entregó al joven un ramito de violetas a medio marchitar. Pero le tomó los veinte soles.

Michel salió. Experimentó un singular movimiento de satisfacción irónica después de haber gastado su último dinero.

—Ahora estoy sin un sol —exclamó riendo con los labios, mientras sus ojos permanecían extraviados—. ¡Bueno! ¡Qué contenta se va a poner mi pequeña Lucy! ¡Qué ramo tan bonito!

Y llevó hasta su rostro aquellas pocas flores marchitas; respiraba con ebriedad su perfume ausente.

—¡Le gustará mucho recibir violetas en este crudo invierno!

Y se dirigió al muelle, tomó el puente Royal, se internó en el barrio de los Inválidos y de la Escuela Militar (que había conservado este nombre), y dos horas después de haber dejado su habitación de Grange-aux-Belles llegó a la rue des Fourneaux.

Su corazón latía con fuerza; no sentía ni el frío ni la fatiga.

—¡Estoy seguro de que me está esperando! ¡Hace tanto tiempo que no la veo!

Luego le vino un pensamiento a la cabeza.

«No puedo llegar mientras cenan —pensó—; ¡no sería correcto! ¡Tendrían que invitarme! ¿Qué hora será?»

«Las ocho», respondió la iglesia de Saint-Nicolas, cuya flecha claramente recortada se dibujaba en el aire.

«¡Oh! —prosiguió el joven—, ¡a esta hora todo el mundo ha cenado!»

Se dirigió al número 49 de la calle; llamó suavemente a la puerta de la casa; quería darles una sorpresa.

La puerta se abrió. En el momento en que se lanzaba a la escalera, el portero le detuvo.

—¿Adonde va usted? —le dijo mirándole de pies a cabeza.

—A casa del señor Richelot.

—No está.

—¡Cómo que no está!

—Ya no está, si lo prefiere.

—¿El señor Richelot ya no vive aquí?

—¡No! ¡Se fue!

—¿Que se fue?

—¡De patitas a la calle!

—¡A la calle! —exclamó Michel.

—Era uno de esos inquilinos que nunca tienen el dinero preparado el día del vencimiento. Le han desahuciado.

—Desahuciado... —dijo Michel, temblando con todos sus miembros.

—Desahuciado y expulsado.

—¿Adónde? —dijo el joven.

—Lo ignoro —replicó el empleado del gobierno, que en este barrio sólo era de novena clase.

Sin saber cómo, Michel se encontró nuevamente en la calle; tenía el cabello erizado; sentía que su cabeza vacilaba; daba miedo verle.

—¡Desahuciado! —repetía mientras corría—. ¡Expulsado! Es decir, tiene frío, tiene hambre.

Y el infeliz, pensando en que todo lo que amaba tal vez sufría, volvió a experimentar los dolores del hambre y del frío que había olvidado.

«¿Dónde están? ¿De qué viven? El abuelo no tenía nada, ¡lo habrán echado del colegio! ¡Su alumno se habrá ido, el muy cobarde, el muy miserable! ¡Si lo conociera...! ¿Dónde están? —repetía a cada momento—. ¿Dónde están? —preguntaba a los apresurados transeúntes, que le tomaban por loco—. A lo mejor ella ha creído que yo los abandonaba en su miseria.»

Ante este pensamiento sintió que le flaqueaban las rodillas; estuvo a punto de caer sobre la nieve endurecida; se mantuvo por un esfuerzo desesperado; no podía caminar: echó a correr; el exceso de dolor produce esas anomalías.

Corrió sin un objetivo y sin ideas; pronto reconoció los edificios del Crédito Instruccional. Huyó horrorizado.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Las ciencias! La industria.

Volvió sobre sus pasos. Durante una hora se perdió en medio de los hospicios acumulados en aquel rincón de París: los Niños Enfermos, los Jóvenes Ciegos, el hospital Marie-Thérèse, los Niños Encontrados, la Maternidad, el hospital del Midi, el de la Rochefoucauld, Cochin, Lourcine; no podía salir de aquel barrio del sufrimiento.

—Sin embargo, no quiero entrar ahí —se decía, como si una fuerza le empujara hacia delante.

Entonces encontró los muros del cementerio de Montparnasse.

«Prefiero aquí», pensó.

Merodeó como un borracho en torno al camposanto.

Al fin, sin darse cuenta, llegó al bulevar de Sebastopol en la orilla izquierda, pasó delante de la Sorbona, donde el señor Flourens todavía daba su curso con el mayor de los éxitos, siempre ardoroso, siempre joven.

El pobre loco se encontró por fin en el puente Saint-Michel; la horrible

fuelle, completamente oculta bajo la capa de hielo, totalmente invisible, mostraba así su aspecto más favorable.

Michel, arrastrándose, siguió por el muelle de los Augustins hasta el Pont Neuf, y allí, con la mirada perdida, se puso a examinar el Sena.

—Malos tiempos para la desesperación —exclamó—. Ni siquiera se puede uno ahogar.

En efecto, el río estaba completamente atrapado; los coches podían cruzarlo sin peligro; había numerosos comercios instalados durante el día, y aquí y allá ardían grandes fogatas.

Los magníficos trabajos de la presa del Sena desaparecían bajo los montones de nieve; era la realización de la gran idea de Arago en el siglo diecinueve; una vez embalsado, el río pondría a disposición de la ciudad de París, en tiempo de estiaje, una fuerza de cuatro mil caballos que no costaba nada y que siempre estaría trabajando.

Las turbinas levantaban diez mil pulgadas de agua a una altura de cincuenta metros; y una pulgada de agua significa veinte metros cúbicos cada veinticuatro horas. Así pues, los habitantes pagaban el agua ciento setenta veces más barato que antaño; mil litros costaban tres céntimos y cada habitante podía disponer de cincuenta litros al día.

Además, como las tuberías siempre tenían agua, el riego de las calles se hacía mediante lanzas, y en caso de incendio cada casa se encontraba suficientemente provista de agua a muy fuerte presión.

Michel, al escalar la presa, oyó el ruido sordo de las turbinas de Fourneyron y Koechlin que seguían funcionando bajo la costra helada. Pero ahí, indeciso, porque evidentemente tenía una idea que se le escapaba, volvió sobre sus pasos; se encontró frente al Instituto.

Entonces recordó que la Academia Francesa ya no tenía un solo hombre de letras; que siguiendo el ejemplo de Laprade, que calificó a Sainte-Beuve de chinche a mediados del siglo diecinueve, más tarde otros dos académicos se dieron el nombre de aquel pequeño hombre de genio del que habla Sterne en *Tristram Shandy*, vol. I, cap. 21, p. 156, edición de 1818, de Ledoux y Teuré; como los hombres de letras se habían vuelto excesivamente maleducados, acabaron por meter sólo a grandes señores.

La vista de aquella horrible cúpula con bandas amarillentas lastimó al pobre Michel y subió nuevamente por el Sena; por encima de su cabeza, el cielo estaba atravesado por cables eléctricos que pasaban de una orilla a otra y se extendían como una inmensa tela de araña hasta la Jefatura de Policía.

Michel huyó, solo sobre el río helado; la luna proyectaba ante sus pasos su intensa sombra, que repetía sus movimientos con gestos desmesurados.

Atravesó el muelle de l'Horloge, el Palacio de Justicia; atravesó el Pont au Change, cuyos arcos se llenaban de enormes bloques de hielo; rebasó el Tribunal de Comercio, el puente de Notre-Dame, el puente de la Reforma, que empezaba a plegarse bajo su larga hechura, y volvió al muelle.

Michel se encontró frente al depósito de cadáveres, abierto día y noche tanto a los vivos como a los muertos; entró automáticamente como si buscara a algún ser querido; examinó los cadáveres rígidos, verdosos, hinchados, tendidos sobre las mesas de mármol; vio en un rincón el aparato eléctrico destinado a devolver a la vida a los ahogados que aún tenían un hálito de existencia.

—De nuevo la electricidad —exclamó.

Y huyó.

Notre-Dame estaba ahí; sus vidrieras resplandecían de luz; se oían cánticos solemnes. Michel entró en la vieja catedral. Terminaba la consagración. Al dejar la sombra de la calle, Michel quedó deslumbrado.

El altar resplandecía de luces eléctricas y unos rayos de la misma naturaleza se escapaban de la custodia que levantaba en sus manos el sacerdote.

—Otra vez la electricidad —repitió el infeliz—, ¡incluso aquí!

Y huyó. Pero no tan de prisa que no pudiera oír el órgano rugir bajo el aire comprimido suministrado por la Sociedad de las Catacumbas.

Michel se volvía loco; creía que el demonio de la electricidad le perseguía; se dirigió al muelle de Grèves; se internó por un dédalo de calles desiertas; salió a la plaza Royale, donde la estatua de Victor Hugo había expulsado a la de Luis XIV; se encontró frente al nuevo bulevar de Napoleón IV que se extendía hasta la plaza en medio de la cual Luis XIV avanza galopando hacia el Banco de Francia; y, por un recodo, salió a la calle de Notre-Dame des Victoires.

En la fachada de la calle que hace esquina con la plaza de la Bolsa entrevio el mármol donde se mostraban estas palabras en letras de oro:

*Recuerdo histórico.
Victorien Sardou
residió
en el
cuarto piso de esta casa
de 1859 a 1862.*

Michel se encontró al fin frente a la Bolsa, la catedral del momento, el templo de los templos; la esfera eléctrica marcaba las doce menos cuarto de la noche.

«La noche no avanza», pensó.

Volvió a subir hasta los bulevares. Los candelabros se devolvían sus haces de una blancura intensa, y los rótulos transparentes, en los que la electricidad escribía anuncios con letras de fuego, centelleaban sobre las columnas rostradas.

Michel cerró los ojos; se deslizó entre una multitud bastante considerable vomitada por los teatros; llegó a la plaza de la Ópera y vio la cohorte elegante y dorada de los ricos que desafiaban el frío con sus cachemiras y sus pieles; rodeó la larga cola de los coches de gas y se escapó por la calle de Lafayette.

Ante él había una legua y media en línea recta.

«Huyamos de este mundo», se dijo.

Y avanzó, arrastrándose, a veces cayéndose y volviéndose a levantar, magullado pero insensible; le sostenía una fuerza externa a él.

A medida que avanzaba, el silencio y el abandono renacían a su alrededor. Sin embargo todavía seguía viendo a lo lejos como una inmensa luz; oía un ruido formidable que no podía compararse a nada.

No obstante, continuó; por fin llegó, en medio de un estruendo espantoso, a una inmensa sala donde cabían cómodamente diez mil personas, y en el frontón podían leerse estas llameantes letras:

Concierto eléctrico

¡Sí! ¡Concierto eléctrico! ¡Y qué instrumentos! ¡Según un procedimiento húngaro, doscientos pianos comunicados entre sí a través de una corriente eléctrica tocaban juntos de la mano de un solo artista! Un piano con la fuerza de doscientos pianos.

—¡Huyamos, huyamos! —exclamó el desgraciado, perseguido por aquel demonio tenaz—. ¡Lejos de París! ¡Lejos de París encontraré tal vez reposo!

¡Y se arrastraba de rodillas! Después de dos horas de lucha contra su propia debilidad, llegó al estanque de la Villette; allí se perdió, y creyendo dirigirse a la puerta de Aubervilliers, se adentró en la interminable calle de Saint-Maur; una hora después, rodeaba la prisión para jóvenes, en la esquina de la calle de la Roquette.

¡Allí se ofrecía un siniestro espectáculo! ¡Estaban levantando un patíbulo! Preparaban una ejecución para la madrugada.

Los obreros, cantando, levantaban la plataforma.

Michel quiso huir de aquella visión; pero tropezó con una caja abierta. Al enderezarse, vio una batería eléctrica.

¡Entonces lo comprendió! Ya no cortaban la cabeza a nadie. Le fulminaban con una descarga. Eso remedaba mejor la venganza celeste.

Michel lanzó un último grito y desapareció.

Daban las cuatro en la iglesia de Sainte-Marguerite.

CAPÍTULO XVII

«Et in pulverem reverteris»

¿Qué le sucedió al infeliz durante el resto de aquella terrible noche? ¿Adónde le llevaron sus pasos? ¿Se perdió sin poder marcharse de la funesta capital, de aquel París maldito? ¡Preguntas insolubles!

Hay que suponer que estuvo dando vueltas constantemente en medio de las innumerables calles que rodean el cementerio del Père-Lachaise, porque el viejo camposanto se encontraba en plena población. La ciudad se prolongaba por el este hasta los fuertes de Aubervilliers y de Romainville.

Sea como fuere, cuando el sol del invierno se levantó sobre aquella ciudad blanca, Michel estaba en el cementerio.

Ya no tenía fuerzas para pensar en Lucy; sus ideas se congelaban; era como un espectro errante entre las tumbas y no como un extraño, porque se sentía en su casa.

Subió por la gran avenida y torció a la derecha por los húmedos paseos del cementerio bajo; los árboles, cargados de nieve, lloraban sobre las tumbas resplandecientes; únicamente las piedras verticales, respetadas por la nieve, mostraban el nombre de los muertos.

Pronto apareció el monumento funerario de Eloísa y Abelardo, en ruinas; tres columnas, soportando un arquitrabe roído, se mantenían todavía en pie como la grecostasis del Foro romano.

Michel miraba sin ver; un poco más lejos leyó los nombres de Cherubini, Habeneck, Chopin, Massé, Gounod, Reyer, en aquel rincón reservado a los que vivieron de la música y que tal vez murieron por ella, y pasó sin detenerse.

Pasó ante un nombre incrustado en la piedra, sin fecha, sin lamentaciones grabadas al cincel, sin emblemas, sin fasto, un nombre respetado por el tiempo: La Rochefoucauld.

Luego entró en una ciudad de tumbas limpiísimas como casas holandesas, con su pulida verja delantera y sus escalones frotados con piedra pómez. Le dieron ganas de entrar.

«Y sobre todo de quedarme —pensó—, y reposar para siempre.»

Aquellas tumbas que rememoraban todos los estilos arquitectónicos, tumbas griegas, romanas, etruscas, bizantinas, lombardas, góticas, renacentistas,

del siglo veinte, se unían en un pensamiento de igualdad; la unidad estaba en los muertos, convertidos nuevamente en polvo, bajo el mármol, el granito, la cruz de madera negra.

El joven seguía desfilando; subió poco a poco la fúnebre colina y, roto de cansancio, se apoyó en el mausoleo de Béranger y de Manuel; aquel cono de piedra, sin adorno ni escultura, estaba todavía en pie como la pirámide de Gizeh y cubría a los dos amigos unidos en la muerte.

A veinte pasos, el general Foy velaba sobre ellos y, envuelto en su toga de mármol, parecía seguir defendiéndolos.

De pronto se le ocurrió al infeliz rebuscar entre aquellos nombres; ninguno de los que el tiempo había respetado le sugería nada; muchos, y de entre los más fastuosos, eran ilegibles en medio de los emblemas desaparecidos, de las manos unidas y ahora separadas, de los blasones roídos, sobre esas tumbas muertas a su vez.

Sin embargo, iba, se perdía, volvía, se apoyaba en las verjas de hierro; vio a Pradier, cuya *Melancolía* de mármol se deshacía en polvo, a Desaugier, mutilado en un medallón de bronce, y el recuerdo sepulcral de sus alumnos a Gaspard Monge, y la velada plañidera de Etex todavía agarrada a la tumba de Raspail.

Siguió subiendo y rodeó un monumento soberbio, de un estilo puro, de un mármol bravio, rodeado de muchachas ligeras de ropa que corrían y saltaban en tomo al friso, y leyó:

*A Clairville
sus conciudadanos agradecidos.*

Continuó. No lejos, se veía la tumba inacabada de Alejandro Dumas, que se había pasado la vida pidiendo para la tumba de los demás.

Volvió a encontrar el barrio de los ricos, que todavía se permitían el lujo de opulentas apoteosis; allí, los nombres de las mujeres honradas se mezclaban despreocupadamente con los de las cortesanas célebres que supieron ahorrar para un mausoleo; algunos de esos monumentos podían parecer casas de mala nota. Más lejos, se veían algunas tumbas de actrices en las que los poetas de la época arrojaron vanidosamente sus versos desesperados.

Por último, Michel se arrastró hacia el otro extremo del cementerio, donde un Dennery magnífico dormía el sueño eterno en un sepulcro teatral, junto a la sencilla cruz negra de Barrière, donde los poetas se daban cita como en la esquina de Westminster, donde Balzac, saliendo de su mortaja de piedra, seguía esperando su estatua, donde faltaban Delavigne, Souvestre, Bérat, Plouvier, Banville, Gautier, Saint-Victor, reposaban junto a otros muchos de quienes ya ni

figuraba el nombre.

Más abajo, Alfred de Musset, mutilado sobre su estela funeraria, veía morir junto a él el sauce que había pedido en sus versos más suaves y mejor suspirados.

En aquel momento, el infeliz recuperó el hilo de su pensamiento; su ramo de violetas cayó de su pecho; lo recogió y lo colocó llorando sobre la tumba del poeta abandonado.

Luego subió más arriba, aún más arriba, recordando y sufriendo, y a través de un claro de cipreses y de sauces divisó París.

Al fondo se erguía el Mont Valérien, a la derecha Mont-martre, esperando todavía el Partenón que los atenienses hubieran colocado en aquella acrópolis, a la izquierda, el Pantéon, Notre-Dame, la Sainte-Chapelle, los Inválidos, y, más lejos, el faro del puerto de Grenelle, elevando su aguda punta a quinientos pies sobre los aires.

Por debajo, París y sus cien mil casas hacinadas, de las que surgían las humeantes chimeneas de diez mil fábricas.

Aún más lejos, el cementerio bajo; desde allí, algunos grupos de tumbas parecían pequeñas ciudades, con sus calles, sus plazas, sus casas y sus enseñas, sus iglesias, su catedral, representada por una tumba más ostentosa.

Por último, hacia arriba, los globos provistos de pararrayos que quitaban al rayo cualquier pretexto para caer sobre las casas desguarnecidas y alejaban a todo París de sus desastrosas iras.

¡Michel hubiera querido cortar las cuerdas que retenían cautivos a aquellos globos y que la ciudad desapareciera bajo un diluvio de fuego!

—¡Oh París! —exclamó con un desesperado gesto de cólera—. ¡Oh Lucy! —murmuró, y cayó desvanecido sobre la nieve.



JULIO VERNE Y SU ÉPOCA

NOTAS DEL EDITOR

Estas notas sólo pretenden facilitar la lectura de *París en el siglo XX*, aclarando capítulo por capítulo el contexto literario, social y científico en el que fue escrito. Por un afán de simplificación nos hemos abstenido, excepto cuando era necesario, de mencionar las fechas de nacimiento y defunción de los personajes citados.

Capítulo I

Paul Louis COURIER: texto extraído de las *Lettres au rédacteur du Censeur* (1819-1820), carta IX. Panfletista brillante y erudito, Courier es una de las figuras sobresalientes de la oposición intelectual a la reacción legitimista y clerical surgida después de 1815.

El Crédito Instruccional, caricatura de los establecimientos de crédito industrial que, sobre el modelo del Crédito Mobiliario de los hermanos Isaac y Émile Pereire, fundado en 1852, contribuyeron de forma decisiva a la expansión económica de Francia bajo el Segundo Imperio, al precio de una gestión a veces arriesgada. Los gigantescos trabajos dirigidos por Haussmann, que aparece aquí bajo la transparente denominación de «ministro para el Embellecimiento de París», reposaban en una estrecha y fructífera asociación entre dichos establecimientos de crédito y el Estado, cuya extensión a la cultura y a la educación Julio Verne enfoca con verbo inspirado.

Maître MOCQUART: este nombre quizás evoque el de Mocquart, uno de los principales íntimos de Luis Napoleón Bonaparte, abogado y periodista que se convirtió en jefe de gabinete del Príncipe Presidente, uno de sus cómplices en la preparación del golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851. Conservó esta función bajo el imperio, hasta su fallecimiento en 1864.

FRAPPELOUP: relacionarlo con Justin-Prosper de Chasseloup-Laubat, miembro del Consejo de Estado y ministro de Marina bajo el Segundo Imperio.

Alphonse KARR: literato francés, amigo de Hetzel, conocido por su vena satírica.

Capítulo II

A partir de este capítulo Julio Verne muestra su capacidad para extrapolar las técnicas de su época. Su descripción de un ferrocarril metropolitano automatizado, silencioso y propulsado por un sistema electroneumático no tiene nada de absurdo ni utópico si se le compara con algunos logros recientes como el Val²², como tampoco la atención que presta a las posibilidades del recientísimo motor Lenoir.

Adolphe JOANNE: geógrafo francés, fundador de las guías Joanne, precursoras de las Guías Azules, a partir de una descripción sistemática de los trayectos por ferrocarril.

Jean-Baptiste JOBARD: ingeniero belga de origen francés, inspirador de numerosas innovaciones.

Étienne LENOIR: inventor de un motor de gas del que proceden todos los motores de los automóviles actuales.

Capítulo III

Thomas Russell CRAMPTON: ingeniero inglés, inventor de una de las primeras locomotoras de alta velocidad que sigue siendo legendaria.

Capítulo IV

Paul de KOCK: prolífico autor de novelas anecdóticas y humorísticas muy apreciadas por el público popular, pero que sufrieron las burlas constantes de los medios cultivados de la época romántica.

Aimable Jean-Jacques PELISSIER: mariscal de Francia, se distinguió especialmente durante la guerra de Crimea con la toma de Sebastopol el 9 de septiembre de 1855, después de un asedio de once meses, y la conquista, el 8 de septiembre, de la fortaleza de Malakoff, que defendía la ciudad.

Capítulo V

Claude PERRAULT: sabio y arquitecto francés, hermano del fabulista Charles Perrault.

Charles, conde de STANHOPE: erudito y escritor inglés.

Thomas de COLMAR: inventor en 1819 de una máquina de calcular

bautizada como «Aritmómetro».

MAUREAL y JAYET: inventores de una máquina de calcular con cuatro esferas, presentada en 1849 en la Academia de Ciencias.

Henri MONDEUX: calculador prodigio, era un simple pastor de Touranges; cayó en el olvido tras una efímera celebridad.

Charles WHEATSTONE: inventor inglés, constructor de uno de los primeros aparatos telegráficos eléctricos, inventor también del reóstato.

Giovanni CASELLI: sabio italiano, inventor en 1859 del «Pantelégrafo», que permitía la reproducción telegráfica de la escritura y del dibujo.

El 5 de febrero de 1865 fue inaugurada, en la oficina central de telégrafos en la calle de Grenelle, una sala reservada a cuatro pantelégrafos Caselli que unían París con Le Havre y con Lyon. Este notable procedimiento se basa en la lectura en líneas paralelas del documento original, escrito sobre una hoja metálica mediante una tinta no conductora de electricidad, por un estilete que, al contacto con la tinta, transmite un impulso a un estilete receptor que a su vez recorre simultáneamente una hoja de papel sensible a la que marca con el trazo correspondiente. A pesar del gran éxito, fruto de la curiosidad inicial, este procedimiento cayó en el olvido hasta la aparición del belinógrafo, que permitía la lectura del documento por una célula fotoeléctrica.

WATT y BURGESS: este procedimiento del tratamiento de la madera con sosa, procedente de las investigaciones del célebre ingeniero escocés y elaborado por el papelero Burgess en 1851, sigue en uso y permite pasar en pocas horas del tronco de árbol a la bobina de papel.

Capítulo VI

QUINSONNAS: Este nombre puede relacionarse con el del pueblo de Quinson, cerca de Digne, en el Verdon. Hay que señalar la existencia de un caballero François de Quinsonnas (1719-1768), oficial y poeta, autor de epigramas contra Voltaire, entre los cuales figura *La capirotada, poema o todo lo que se quiera*, aparecido en 1745, que es una parodia de *La batalla de Fontenoy* de Voltaire. Además, un nombre que «suena a quinta» es muy adecuado para un músico...

CALINO: es el personaje principal de un vodevil de gran éxito de Barrière (autor citado más abajo por J. Verne), en 1856, cuyo papel de ingenuo y de bobo se ha hecho proverbial.

Capítulo VII

JEANSELME: conocida familia de ebanistas del siglo XIV. La asociación que imagina J. Verne con el célebre fabricante de pianos Erard refleja muy bien la «pianomanía» del siglo XIX. El extraño instrumento descrito por Julio Verne se parece mucho al que patentará un tal Millward en 1866, quien consiguió integrar una cama, un armario, un buró con cajones, un aseo con jarro y jofaina, una caja de herramientas, un espejo, un escritorio y una pequeña cómoda...

Capítulo VIII

Claude GOUDIMEL: compositor francés, protestante, asesinado en Lyon durante la Noche de San Bartolomé.

Los hugonotes: famosa ópera de Meyerbeer, compuesta en 1836.

THILORIER: físico famoso por sus experimentos públicos sobre la licuefacción del gas carbónico mediante un aparato inventado en 1835. El 29 de diciembre de 1840, la explosión de este aparato costó la vida a Hervy, su preparador en la Escuela de Farmacia de París. A propósito de la «Thiloriana» se observará que Charles-Valentin Alkan, figura excéntrica del romanticismo musical francés, compuso en 1844 un estudio opus 27 llamado «El ferrocarril», que evoca de manera precisa el arranque, la aceleración del tren y la llegada del convoy a la estación.

Sigismond THALBERG: famoso pianista virtuoso y compositor, que fue rival de Franz Liszt por algún tiempo.

Émile PRUDENT, Jules SCHULHOFF: pianistas y compositores estimados en la época en que escribe Julio Verne.

Guillermo Tell: ópera de Rossini compuesta en 1829.

Roberto el Diablo: ópera de Meyerbeer, compuesta en 1831.

Louis Joseph HEROLD: compositor lírico.

Daniel François Esprit AUBERT: compositor lírico.

Félicien DAVID: compositor francés, miembro de la orden sansimoniana hasta su disolución en 1833, viaja seguidamente a Oriente Medio. Admirado por Berlioz, fue objeto de un verdadero culto a partir de la ejecución de su *Desierto*, seguido de un olvido bastante rápido.

Victor MASSÉ: compositor de óperas (*Pablo y Virginia*, en particular) y operetas (*Las bodas de Jeanette*). Sólo esta última obra ha sobrevivido un poco al olvido.

Enfin Wagnerbe vint (Por fin llegó Wagnerbe), juego de palabras descabellado y jugoso sobre el célebre verso de Boileau en el *Arte poética*: *En*

fin Malherbe vint (Por fin llegó Malherbe).

Capítulo X

Este capítulo ilustra de manera muy curiosa los gustos y afinidades literarias de Julio Verne y revela su relación con su editor, P. J. Hetzel. Julio Verne intenta aquí crear una complicidad con él y aparecer como un buen conocedor de los medios literarios de la época. Hetzel, editor de Hugo, Balzac, George Sand, Musset, Baudelaire, era un hombre respetado que mantenía con la mayoría de los editores de su época relaciones de amistad a veces selladas por la solidaridad del exilio o de la oposición al Segundo Imperio. Visiblemente poco enterado de los matices y las complejidades de esta red intelectual y amistosa, Julio Verne perora con aplomo, multiplica los elogios hiperbólicos de aquellos a quienes cree cercanos al editor y se carga atropelladamente a los demás. Al cabo, termina por irritar aquel cuyo reconocimiento busca con tanto ahínco, como lo atestiguan las anotaciones del editor al margen de su manuscrito así como su carta de rechazo.

Jacques AMYOT: escritor francés del Renacimiento, autor en particular de traducciones de Plutarco y de Longo.

Mathurin RÉGNIER: escritor francés del siglo XVI, autor de *Sátiras* y de *Epístolas*.

ANCILLON: familia de protestantes franceses emigrados a Alemania después de la revocación del Edicto de Nantes, y que ha producido varias generaciones de escritores, historiadores y políticos.

Joseph PRUDHOMME: personaje creado por el escritor Henri Bonaventure Monnier en *Grandeza y decadencia del señor Joseph Prudhomme* (1853). Tipo de burgués sentencioso y satisfecho de sí mismo.

Vincent VOITURE: poeta y escritor francés, una de las figuras de la corriente preciosista del siglo XVII, considerado en la época de Julio Verne como el arquetipo de autor de frases ingeniosas y alambicadas.

Charles NODIER: uno de los primeros escritores románticos franceses, próximo al espíritu del romanticismo alemán.

Pierre-Jean de BÉRANGER: autor de canciones patrióticas de inspiración liberal y napoleónica cuya popularidad fue inmensa durante la Restauración.

Saint-Point: pueblo del Maconnais donde se encontraba el castillo de Lamartine.

Jules JANIN: novelista y crítico, amigo de Hetzel.

Charles MONSELET: periodista, literato y gastrónomo. Autor de un *Almanaque de los golosos*, amigo de Hetzel.

Frédéric SOULIÉ: novelista y autor dramático, amigo de Hetzel.

Léon GOZLAN: periodista y literato francés, ex secretario de Balzac, autor de novelas (*Las Emociones de Polydore Marasquin*) y de comedias. Amigo de Hetzel.

Prosper MÉRIMÉE: el ácido comentario de Julio Verne (un general de antecámara) se refiere tal vez a su vinculación con el Segundo Imperio. Mérimée fue uno de los principales íntimos de la corte imperial.

SAINTE-BEUVE: citado aquí por Julio Verne con una ironía bastante desdeñosa, estaba sin embargo en términos muy cordiales con P. J. Hetzel.

Étienne ARAGO: químico, y posteriormente literato y autor de vodeviles, republicano inveterado, alcalde de París a la caída del Segundo Imperio.

Victor COUSIN: filósofo francés, profesor de historia de la filosofía en la Sorbona desde 1828, posteriormente académico, par de Francia y ministro de Instrucción Pública en la monarquía de Julio, obligado a retirarse después del golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851.

Pierre LEROUX: uno de los principales pensadores del socialismo francés del siglo XIX, muy admirado por Hugo y por George Sand. Fundador del diario *Le Globe*, convertido transitoriamente al sansimonismo en 1830, muy activo en 1848, forma parte de los proscritos del 2 de diciembre de 1851.

Ernest RENAN: filólogo y escritor, profesor de hebreo en el Collège de France en 1862. La publicación de *La vida de Jesús*, que sitúa a Cristo en su contexto histórico y en sus dimensiones humanas, desencadenó en contra de él una campaña de los medios católicos tan violenta que causó su revocación del Collège de France en 1864.

Émile de GIRARDIN: periodista, fundador de *La Presse* en 1836, brillante polemista. Una de las figuras más sobresalientes de la historia del periodismo en Francia.

Louis VEUILLOT: periodista católico y fogoso polemista pero respetado por su integridad.

François GUIZOT: historiador de primera fila, hombre político. De 1840 a 1848, fue primer ministro de Luis Felipe. Su austeridad y su intransigencia respecto al partido liberal contribuyeron sin duda a la crisis de 1848 y a la caída de la monarquía de Julio.

Adolphe THIERS: Primer ministro de Luis Felipe de 1836 a 1840. En 1871 se convirtió en el jefe del ejecutivo y luego en el presidente de la República provisional. Su *Historia de la Revolución francesa* (1824-1827), que treinta años después fue seguida por una *Historia del Primer Imperio*, le valió una duradera celebridad de historiador durante el siglo XIX.

Claude Antoine Noriac: literato y autor dramático, uno de los directores del

teatro de Variedades, luego director de los Bouffes Parisiens en 1867. Es autor de una obra titulada *La estupidez humana*, de 1860, cuando Flaubert aún maduraba el proyecto de su *Enciclopedia de la estupidez humana*, que se convertiría en *Bouvard y Pécuchet*.

Alfred ASSOLANT: autor en particular de las *Aventuras del capitán Corcoran*, que sigue siendo un clásico de la literatura juvenil.

PARADOL: Se trata sin duda de Lucien Anatole Prévost-Paradol, escritor y publicista político, periodista de oposición al Segundo Imperio, al que se adhirió tardíamente; siendo ministro de Francia en Washington, se dio muerte en 1870 cuando se anunció la declaración de guerra a Prusia.

Aurélien SCHOLL: cronista y novelista. Amigo de Hetzel.

Edmond ABOUT: escritor brillante y cáustico, de quien hoy todavía se recuerda *El Rey de las montañas* y *El hombre que tenía la oreja rota*. Amigo de Hetzel.

Francisque SARCEY: crítico teatral del periódico *Le Temps*, fue una figura familiar de la vida intelectual parisina durante más de cuarenta años. Apoyado desde sus principios por P. J. Hetzel.

Ernest FEYDEAU: autor dramático, poeta, novelista, padre del autor de vodeviles Georges Feydeau.

Jean-Baptiste LOUVET DE COUVRAI: novelista y político del siglo XVIII. Autor en particular de una famosa novela licenciosa, *Las aventuras del caballero de Faublas*.

CHAMPFLEURY (Jules HUSSON, llamado): crítico y novelista. Figura importante y curiosa que durante los años 1850 inició una batalla a favor del realismo en la literatura, pero también en las artes plásticas, donde apoyó a Courbet y publicó un ensayo sobre los hermanos Le Nain. Mantenía unas relaciones muy cordiales con P. J. Hetzel.

Jean MACÉ: de familia pobre, Jean Macé se dedicó a la enseñanza primaria, después de 1848 se hizo periodista y desarrolló sus conceptos de la enseñanza. Establecido en Alsacia después del 2 de diciembre de 1851, conoce a Hetzel, con quien fundó, en 1864, el *Magasin d'éducation et de récréation*. Fundador de la Ligue Française de l'Enseignement en 1866. Autor en 1861 de la novela pedagógica *Historia de un pedazo de pan*. El elogio encendido que Julio Verne hace de él, como de todos los amigos de Hetzel, no parece alcanzar su objetivo, ya que este último anota precisamente en este lugar, al margen del manuscrito, «encuentro toda esta revista pueril»...

Joseph MÉRY: poeta, novelista, autor dramático fecundo y a menudo paradójico.

P. J. STAHL: fue el nombre de pluma del propio Hetzel, quien lo publicó

evidentemente muy «cuidadosamente».

Arsène HOUSSAYE: periodista, crítico, novelista. Autor fértil y amable, que siempre busca la frase ingeniosa, de ahí el comentario ácido de Verne que le relaciona con los preciosistas del siglo XVII.

Paul BINS, conde de SAINT-VICTOR: escritor y crítico literario. Reputado, efectivamente, por su estilo a veces excesivamente fastuoso...

Capítulo XI

El *Great Eastern*: Caprichosamente ortografiado *Great Esthern* por Julio Verne, este buque legendario medía 110 metros de largo y fue durante mucho tiempo el más grande del mundo; en 1865-1866 sirvió todavía para la inmersión del cable telegráfico que une Europa a América. Fue durante esa época cuando Julio Verne llevó a cabo una travesía del Atlántico que le inspiró *Una ciudad flotante*.

Capítulo XII

La batalla de los amalecitas: episodio sacado del antiguo Testamento, *Éxodo*, 17,12.

Capítulo XIII

Los pájaros de Zeuxis: historia proverbial sobre el pintor griego Zeuxis (464-398 a. de C.). Se decía que su habilidad era tal que cuando pintaba un racimo de uvas los pájaros intentaban picotearlo.

«Es que era auvernés...», hay que recordar que en el teatro de bulevar, y en particular en el vodevil, los personajes auverneses, aguaderos o vendedores de carbón, eran los encargados de regocijar al público por su acento, su zafia rusticidad y su ingenua rapacidad.

«La yegua de Rolando»: adornada proverbialmente con todas las virtudes, al parecer sólo le faltaba... existir.

Capítulo XIV

François PONSARD: autor dramático, amigo de Jules Hetzel.

Émile AUGIER: autor dramático de moda. Fue autor en particular de

Gabrielle, citado más abajo.

Victorien SARDOU: autor dramático (*Madame Sans Gêne*, *La Tosca*, así como *Nuestros íntimos*, citado más abajo).

Théodore BARRIÈRE: vodevilista prolífico, autor en particular de *Calino*, citado más arriba.

Paul MEURICE: literato y dramaturgo, amigo de Victor Hugo.

Auguste VACQUERIE: literato y autor dramático, hermano de un yerno de Victor Hugo.

Le demi-monde, de Dumas hijo, *Gabrielle*, de Émile Augier, *Nuestros íntimos*, de Victorien Sardou, están aquí curiosamente «invertidos» para satisfacer los gustos del público en 1960: Julio Verne convierte a los personajes femeninos en personajes masculinos, y viceversa, según los criterios de un feminismo cuya visión le hace estremecerse visiblemente.

Este mecanismo de «inversión» merece algunas aclaraciones. Éstos son los elementos de la intriga correspondientes a las adaptaciones realizadas por el Gran Depósito Dramático, en *París en el siglo XX*:

— *Le demi-monde*, de Dumas hijo, fue un gran éxito de escena. La pérfida señora de Ange atrae en sus redes al cándido Nanjac y sólo la intervención de su fiel amigo Jalin, antiguo amante de la señora de Ange, salva a este último de una unión deplorable. Hay que observar que los comentarios de la época se asombraban de «ese mundo de mujeres casadas cuyos maridos no aparecen nunca», fórmula que Julio Verne invierte jocosamente.

— *Gabrielle* es una comedia en alejandrinos de Émile AUGIER. Gabrielle, casada con el austero y trabajador Julien Chabrière, de profesión procurador, se aburre y bovariza peligrosamente, hasta pensar en abandonar marido e hijos en los brazos del joven Stéphane. El procurador, adivinando su proyecto, revela a la vez la grandeza de su alma y su madurez como jefe de familia al dar a los dos culpables un sermón velado pero elocuente sobre la decadencia que espera a la mujer adúltera. Gabrielle, conmovida, renuncia a su proyecto, echa a su seductor y cae en los brazos de su esposo exclamando: «¡Oh padre de familia! ¡Oh poeta! ¡Te amo!»

— *Nuestros íntimos*, de Victorien SARDOU, es una comedia construida con bastante ingenio sobre el tema de la verdadera y de la falsa amistad. A pesar de las amargas advertencias de su amigo Tholozan, médico escéptico y aparentemente misántropo, el ingenuo y cordial Caussade invita en su propiedad de Ville d'Avray a unas personas que acaba de conocer y a quienes considera sus amigos. Pronto, todos rivalizarán en ingratitud y bellaquería respecto a él, en particular el joven Maurice, que desea a su mujer, Cécile, hasta llegar una sabrosísima escena en la que la intenta forzar, después de haber roto el cordón de

la campanilla para impedirle que pida auxilio. La obra termina con una pirueta: Caussade manifiesta su intención de suicidarse porque sospecha una infidelidad de Cécile. Se oye un disparo entre bastidores... y Caussade vuelve, encantado de haber podido matar por fin a un zorro que devastaba su corral.

Amazampo o el descubrimiento de la quina: obra de Adolphe LEMOINE-MONTIGNY, impresa en 1836.

Vida y opiniones de Tristram Shandy: Verne cita en varias ocasiones la obra de Laurence STERNE (1713-1768).

La alusión de Verne concierne aquí, en las ediciones actuales, al capítulo 27 del volumen IV, particularmente truculento, en la vena más rabelesiana de Sterne, y empieza así²³: «Cristos!... C...!, exclamó Phutatorius...» Al señor Phutatorius, cuyo nombre significa más o menos «que se dedica a la copulación», se le acaba de caer una castaña aún caliente en la bragueta que ha dejado abierta sin darse cuenta... Se comprende que el casto Michel se negara a construir una obra a partir de esto, como también se comprende la anotación estupefacta de Hetzel al margen del manuscrito en ese lugar: «¡está usted chiflado!».

Capítulo XVI

Aunque tras la producción del primer arco eléctrico por Davy (1778-1829) ya se presentía la posibilidad del alumbrado eléctrico, éste no se generalizó realmente hasta finales de siglo con la aplicación de las ampollas de incandescencia de tipo Edison, que suplieron a los candelabros de arco, potentes pero de funcionamiento delicado. Se puede observar que en 1861, a título experimental, se instaló en la puerta del Palais Royal de París una lámpara eléctrica de arco, alimentada por un motor de tres caballos, y su luz, al parecer, suplía todas las farolas de gas de la plaza. También a título experimental, se utilizaron proyectores de arco para iluminar por la noche los trabajos de construcción del Hotel du Louvre, y después los de la exposición de 1867. Las primeras aplicaciones regulares del alumbrado eléctrico se hacen a partir de 1885.

Gustave FLOURENS: brillantísimo universitario que con veinticinco años sustituyó a su padre en el Collège de France a partir de 1863 en la cátedra de historia natural: participó en la Comuna de 1871 y murió durante un combate contra las tropas de Versalles.

Benoît FOURNEYRON: ingeniero y político, inventor en 1834 de la turbina hidráulica que lleva su nombre.

KOECHLIN: familia de industriales franceses.

«... un procedimiento húngaro»: broma sobre Franz Liszt, por supuesto, cuyo legendario virtuosismo desafiaba el entendimiento...

Capítulo XVII

La «grecoctasis» era en el Foro romano el lugar donde se hacía esperar a las delegaciones extranjeras ante el Senado de Roma.

Luigi CHERUBINI: compositor nacido en Florencia, director del Conservatorio de París en 1821, autor en particular de *Medea*.

François Antoine HABENECK: compositor, ilustre director de orquesta, fundador de la Sociedad de Conciertos del Conservatorio, principal introductor de la obra sinfónica de Beethoven en Francia.

Ernest REYER: compositor lírico francés, autor de *Sigurd*.

Jacques Antoine MANUEL: político francés, diputado en la Restauración, se convirtió en el símbolo de la oposición liberal en la primera Restauración después de su expulsión de la Cámara de los diputados durante un proceloso debate sobre la guerra de España en 1823.

Maximilien FOY: general francés, diputado en 1819 y en 1824. Como Manuel, se convirtió en una figura emblemática de la oposición liberal en la primera Restauración.

James PRADIER: escultor francés, autor en particular de las dos musas de la fuente Molière en París, así como de obras de tema mitológico.

Marc Antoine DESAUGIER: autor de vodeviles francés.

Gaspard MONGE: geómetra, principal fundador de la Escuela Politécnica.

Antoine ETEX: escultor y arquitecto francés. Autor de uno de los relieves del Arco de Triunfo de la plaza de l'Étoile, y de numerosos monumentos funerarios, género en el que era particularmente apreciado. Autor de un proyecto para un «monumento al vapor» para la plaza de l'Europe, cerca de la estación Saint-Lazare.

François Vincent RASPAIL: biólogo y político republicano, exiliado hasta 1863.

Louis François CLAIRVILLE: autor de vodeviles, fértil y apreciado. Autor en particular de *Las campanas de Corneville*.

Adolphe DENNERY: autor fértil de melodramas (*Las dos huerfanitas*) y adaptador en 1875 de *La vuelta al mundo en ochenta días* de Julio Verne.

Casimir DELAVIGNE: dramaturgo, autor de *Las vísperas sicilianas* (1819), de *Marino Faliero* (1829).

Eustache BÉRAT: autor de canciones francés.

Émile SOUVESTRE: literato, novelista y autor dramático.
Édouard PLOUVIER: autor dramático.

notes

Notas a pie de página:

1. Publicado en 1989 en París por Le Cherche-midi Éditeur, con el título: *Voyage à reculons en Angleterre et en Écosse*. [Viaje maldito por Inglaterra y Escocia, traducción de María José García Ripoll, Debate, Madrid, 1989. (N. de la t.)]

2. Charles Lemire, *Jules Verne. 1828-1905. L'Homme. L'Écrivain. Le Voyageur. Le Citoyen. Son Œuvre. Sa Mémoire. Ses monuments*, París, Berger-Levrault & Cie, 1908.

3. Col. Gondolo della Riva, Turín. Carta publicada en *Un éditeur et son siècle. Pierre-Jules Hetzel (1814-1886)*, obra colectiva, Saint-Sébastien, ACL Édition, 1988, pp. 118-119.

4. Cf. a este respecto la carta de Julio Verne a Hetzel fechada «Sábado noche» (principios de 1864): «¡Caramba, querido maestro, necesitaba su carta para fustigarme! [...] Admitido que soy una bestia que me (sic) tiro elogios a mí mismo (sic) por boca de mis (sic) personajes. Ahora mismo voy a callarlos de la mejor manera» (Bibliothèque Nationale, Correspondance Verne-Hetzel, tomo I, ff. 7-8).

5. Se trata de un discurso pronunciado por Julio Verne en la Academia de Amiens el 12 de diciembre de 1875 y publicado en las *Mémoires* de dicha Academia (segundo tomo del año 1875). Apareció como opúsculo, en T. Jeunet, en Amiens, durante ese mismo año. Este texto suele citarse bajo el título *Amiens en l'an 2000*, título que sólo figura en una edición de 1973.

6. *Le mariage de M. Anselme des Tilleuls*, publicado en el volumen «Manuscrits Nantais», tomo 3, Le Cherche-midi Éditeur/Bibliothèque Municipale de Nantes, 1991 (edición provisional). Vuelto a publicar, también en 1991, en Porrentruy, en las Éditions de l'Olifant.

7. «In the year 2889», cuento escrito por Michel Verne pero firmado por su padre, apareció primero en la revista *The Forum* de Nueva York (febrero de 1889). Este texto, muy probablemente revisado por Julio Verne, se volvió a publicar bajo el título «La journée d'un journaliste américain en 2890», en *Mémoires de l'Académie d'Amiens* (año 1890) y en el «Supplément illustré» del *Petit Journal* (29 de agosto de 1891). Michel Verne lo recogió en el volumen póstumo de cuentos de Julio Verne titulado *Hier et Demain. Contes et Nouvelles* (París, Hetzel, 1910), bajo el título: «Au xxix siècle: la journée d'un journaliste américain en 2889». [Ayer y mañana, Ediciones Orbis, Barcelona, 1987, sin mención del traductor, y *La jornada de un periodista americano en el año 2889*,

traducción de Mauro Armiño, Ediciones Altea, Madrid, 1988. (N. de la t.)]

8. Verne se refiere a un tipo de diccionarios poéticos, llamados así por el *Gradus ad Pamassum*, diccionario de prosodia latina, del siglo XVIII. (N. de la t.)

9. Competición entre los mejores alumnos de los institutos de enseñanza media (liceos). (N. de la t.)

10. Aunque un electroimán pueda soportar un peso de 1.000 kilogramos al contacto, su fuerza de atracción sigue siendo de 100 kilogramos a una distancia de 5 milímetros. (N. del a.)

11. «Entonces, Pelissier, cuyo destino estaba suspendido en la torre de Malakoff, / es abandonado por Júpiter en la ciudad de Sebastopol.»

12. Falta el nombre en el manuscrito. (N. del editor.)

13. Mantengo esta palabra para mantener también el juego de palabras que hace Verne en francés. Expedicionario, aquí, significa escribiente, más exactamente «empleado encargado de hacer copias», de acuerdo con la definición dada en el *Dictionnaire classique universel* (Librairie classique d'Eugène Belin, París, 1876), acepción recogida también en la actualidad en la lengua francesa y que en español correspondería a «expedicionero»: «El que trata de la solicitud y despacho de las expediciones solicitadas en la curia romana» (*Diccionario de la Real Academia Española*.) (N. de la t.)

14. Literalmente: «Por fin Wagnerbe vino.» Como indica el editor de este libro en el apéndice, se trata de una referencia maliciosa al verso de Boileau *Enfin Malherbe vint* (*fin* y *vint* «suenan» igual en francés). (N. de la t.)

15. *Farce* aquí significa «relleno». De haberlo traducido habría dilatado la obra de ese autor hasta la R, desbaratando las intenciones de Verne. Por supuesto, todo este episodio de la muerte de Dumas por envenenamiento es una jocosidad invención de Verne, como también lo son muchas de las otras muertes que relata en este capítulo. (N. de la t.)

16. A vuela pluma, Julio Verne ha olvidado un verbo. Utilizamos a propósito el verbo caer que ya ha utilizado más arriba. (N. del editor.)

17. «Un día para señalar con una piedra blanca.»

18. «Notable por el resplandor de su blancura.»

19. «Me estremezco al pensarlo.»

20. «Guardián de un monstruoso rebaño.»

21. Esta obra fue representada algunos meses más tarde y dio mucho dinero. (N. del a.)

22. Metro de aire comprimido sin conductor. (N. de la t.)

23. Véase *La vida y las opiniones del caballero Tristram Shandy. Los sermones de Mr. Yorick*. Traducción y notas de Javier Marías, Ediciones Alfaguara, Madrid, 1978, pp. 279-285. (N. de la t.)